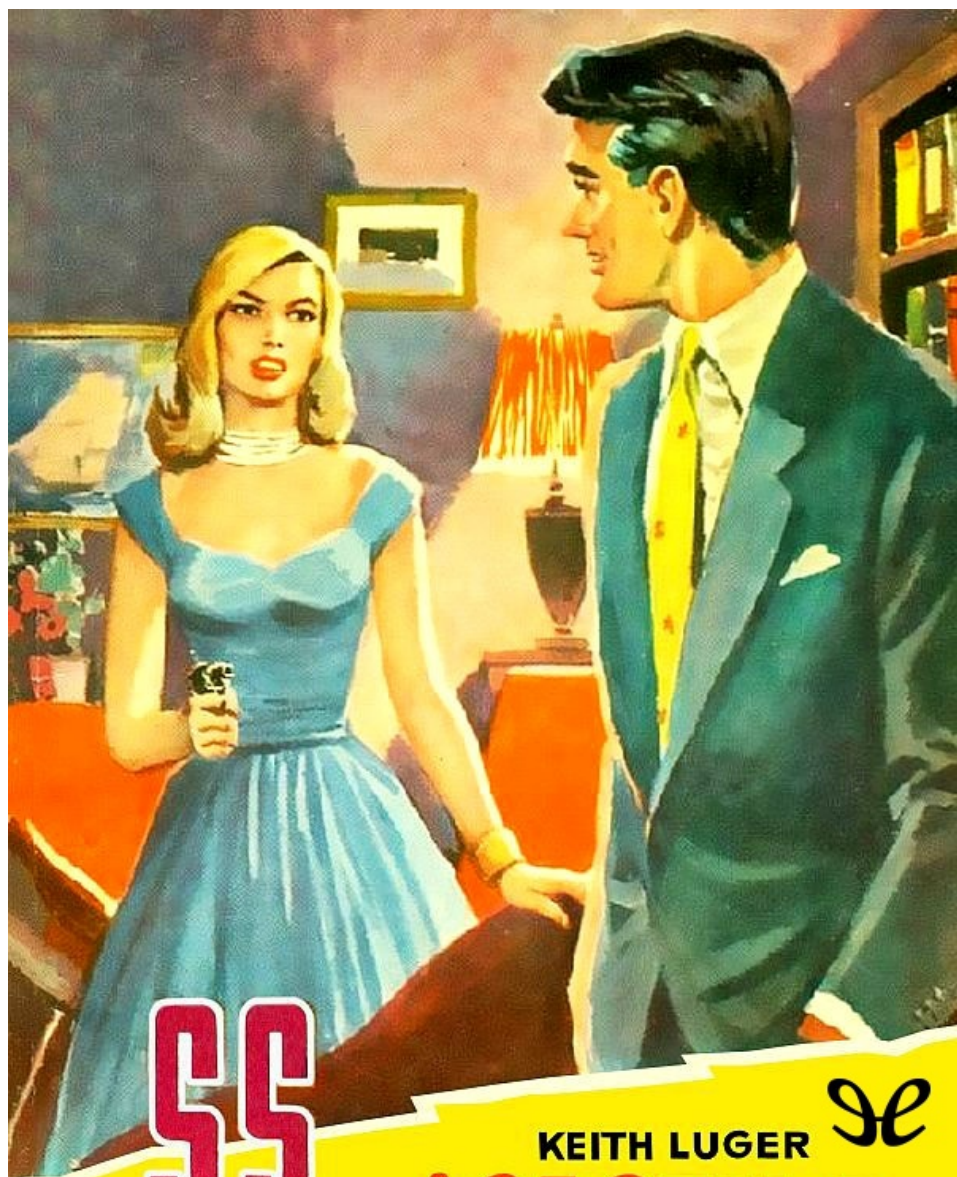




SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER



**¡CACEN A
ESE ESPIA!**

Bob pisó el embrague y el coche comenzó a deslizarse sorteando obstáculos. De pronto, cuando doblaba la curva de la Avenida Madison, un coche, otro taxi, que venía en dirección contraria, se le echó encima. Bob hizo girar el volante en un movimiento brusco, pero no pudo evitar la colisión. Sonó un chasquido, chillaron los frenos entre el ruido de los cristales rotos y los dos vehículos quedaron detenidos.

Clark bajó del coche vociferando. El otro conductor no quiso ser menos y también se puso a la altura de las circunstancias. Unos cuantos peatones se aproximaron al lugar del accidente.



Keith Luger

¡Cacen a ese espía!

Bolsilibros: Servicio Secreto - 406

ePub r1.0

jala y xico_weno 09.12.17

Título original: *¡Cacen a ese espía!*
Keith Luger, 1958

Editor digital: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Keith Luger

¡Cacen a ese espía!

1ª. EDICIÓN

MAYO - 1958

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Kent Lubi se encasquetó el sombrero y apretó el paso. Por aquel callejón desierto ululaba el viento estrellando contra su rostro los copos de nieve. Hacía muchos años que Lubi no conocía una nevada tan intensa en Nueva York. Y precisamente aquella noche había sido la elegida por el jefe para sacarlo de su hogar. Torció el gesto al recordar la grata emisión de radio que estaba escuchando, con un vaso de *whisky* en la mano, junto al radiador, cuando el teléfono repiqueteó.

—¿Lubi? —había preguntado el jefe como siempre. Y como siempre él contestó—. F H 20.

—Urgente. Lo espero dentro de una hora. No utilice el coche.

¡A pie en una noche como aquélla!

Dio la vuelta al chaflán y desembocó en la amplia avenida. Instintivamente hizo una mueca al ver en la puerta de una farmacia a un policía de servicio. Pasó junto a él mirando el suelo y no levantó la cabeza hasta encontrarse a unos veinte metros de la farmacia. Un poco más allá un coche tomó una curva sobre dos ruedas. Por un momento Lubi creyó que se estrellaría al patinar sobre la nieve, pero, milagrosamente el conductor logró dominar el vehículo. Del interior salieron unas risotadas.

—¡Borrachos! —pensó Kent viendo cómo se alejaba el automóvil.

Unos minutos después llegaba a su destino, el número 323 de la Avenida. Subió los cinco peldaños de la escalera, y apretó el botón. Levantó la cabeza cuando la mirilla fue abierta y unos ojos le observaron.

Le franquearon la entrada y el criado, un hombre de unos 55 años, de ojos grises, Je ayudó a quitarse el abrigo.

—El señor lo espera en la biblioteca —dijo, al tiempo que tomaba el sombrero de Lubi.

El jefe parecía de buen humor, a juzgar por la sonrisa con que le recibió. Y Lubi Sabía que cuando Grummer sonreía, era porque «se preparaba algo en grande». —Siéntese, Lubi— dijo con voz sonora. —Kent obedeció mientras observaba al jefe.

Frisaba en los cincuenta años y se diría que acababa de salir de Harvard o Yale. Su fuerte complexión y su agilidad de movimientos le hacían parecer un jugador de *baseball* en su mejor forma.

Su elegancia y largas piernas, un bailarín profesional. Pero sus ojos despiadados, su barbilla erguida y sus labios sensuales daban la nota de su verdadero carácter. Un hombre sin escrúpulos al servicio del mejor postor.

—¿Lo quiere con soda? —preguntó Grummer echando unos cubitos de hielo en los vasos de *whisky*.

—No, lo prefiero solo.

Lubi encendió un cigarro mientras el jefe preparaba la bebida. Más tarde se sentó frente a él y bebieron en silencio.

—Habría supuesto que cuando lo sacaba de su casa a estas horas y con este tiempo sería por algo... extraordinario... —dijo Grummer, recalcando la última palabra.

—Así es.

—Pues acertó usted a minias... porque no es extraordinario, ¡es simplemente asombroso!

Esperó unos segundos, contemplando el rostro de Lubi.

—¡Nos mandan al Agente F X 3!

El torso de Kent se irguió del sillón.

—¿El Agente... FX3?

—El mismo, el que preparó el atentado contra Hitler, el que logró hallar el tesoro del Tercer Reich, el autor del plan W. Palais... en fin, el espía más grande de todos los tiempos... —habló con énfasis Grummer.

—¿Pero aquí... a Estados Unidos? Es... es inaudito.

—Aquí, en los Estados Unidos de Norteamérica... ¡en Nueva York!

—Es... es inaudito.

Grummer sonrió y echó una mirada a su reloj.

—En estos momentos está desembarcando del «Queen Elizabeth»

y muy pronto se encontrará en nuestras calles. Tengo el honor de comunicarle que ha sido elegido usted por el alto mando para que le de la bienvenida...

—¿Yo... pero yo?

—Comprendo su emoción, Lubi. Hasta el presente usted no ha hecho otra cosa que prestar pequeños servicios a la causa. Pero su actuación ha sido intachable, por lo que me he apresurado a dar su nombre cuando se me ha pedido un enlace para el Agente F X 3.

Kent carraspeó, pero Grummer hizo un gesto con la mano que le obligó a seguir escuchando.

—Su trabajo por ahora, es sencillo y fácil. No tiene más que esperar junto a la barra de un bar hasta que se siente a su lado un hombre con un periódico bajo el brazo izquierdo. Cuando el barman se acerque a preguntarle qué va a tomar, él deberá decir claramente para que usted lo oiga: «Ha sido un día fatal». Recuérdelo bien porque esto es esencial.

«Ha... sido... un día... fatal».

Inmediatamente, usted contestará: «Vaya al número 231 de la calle Oeste. Allí dan comida y bebida gratis». Escríbale en un papel. Apréndalo de memoria y rómpalo luego.

Lubi garrapeó durante un minuto con un bolígrafo sobre un bloc. Miró atentamente el escrito y lo introdujo en el puño derecho de su camisa.

Grummer cruzó sus largas piernas y encendió un cigarrillo.

—Para que el Agente F X 3 lo reconozca —dijo—, deberá llevar usted en la mejilla izquierda un trozo circular de esparadrapo. El lugar donde se encontrarán es el bar Durban, en la calle 77. Deberá estar allí a las once de la noche. Procure que su rostro quede bien reflejado en el espejo del bar para facilitar su reconocimiento. Lubi hizo un movimiento con la cabeza, asintiendo.

—Ha de tener en cuenta que aparte de la misión especialísima que el Agente F X 3 tiene que cumplimentar en nuestro país, inspeccionará nuestra red de espionaje al objeto de... de «suprimir» los elementos que constituyan un freno a nuestra labor. Los últimos acontecimientos han disgustado al alto mando hasta el punto de dudar de nuestra capacidad. Todo esto le hará ver la ineludible necesidad de que no se de un paso en falso.

—¿Cuál es la identidad del agente F X 3 en los Estados Unidos?

—preguntó Lubi—. Sólo puedo decirle que se llamará Lewis Hom, procedente de Cincinnati. Es lo único que me han comunicado. Su profesión precisamente forma parte de su genialidad. Lo mismo se le puede presentar a usted como un viajante que como un médico, o abogado, o contratista de obras... Su enorme cultura le permite desempeñar todos esos papeles y aún los más inverosímiles. Últimamente fue profesor de lenguas muertas en Turquía e Ingeniero de Ferrocarriles en Suecia. Grummer se levantó.

—Creo que no tengo más que decirle, Lubi. Su cometido no tiene ninguna dificultad. Vuelva a casa, aféitese, póngase el esparadrapo y diríjase inmediatamente a la calle 77. Utilice su coche. A las once treinta espero su llamada anunciándome que todo ha salido bien.

Lubi se incorporó y estrechó la mano que le tendía el jefe. A continuación dio media vuelta y se encaminó hacia el vestíbulo.

* * *

Bob Clark detuvo su taxi en el apeadero del muelle, en la calle Veinticinco. Se apeó dirigiendo su mirada hacia el «Queen Elizabeth» que acababa de atracar. Continuaba nevando, aunque con menos intensidad que a mediodía. Si tenía suerte podía «pescar» un buen pasajero. Con un dólar de propina que le diesen tendría bastante para completar los tres que contaba aquel impermeable para nene que había visto por la mañana en los Almacenes Macy. Y si el viaje era largo podría quedarle un beneficio que le supusiese el poder invitar a Nora, su esposa, a ver aquella función que daban en el Musicall.

Los primeros pasajeros hicieron su aparición. Había mucha competencia. Bob calculó que serían más de cien los taxis que se hallaban esperando ser ocupados. —¿Está ocupado?— dijo una voz a su espalda. Se volvió, encontrándose con un hombre de unos treinta y cinco años, de rostro anguloso y mirada indiferente. —Libre, señor— dijo, al mismo tiempo que abría la portezuela del coche. Una vez ante el volante, Bob, volvió la cabeza hacia el pasajero.

—¿A dónde, señor?

—Calle 77, bar Durban.

Bob pisó el embrague y el coche comenzó a deslizarse sorteando

obstáculos. De pronto, cuando doblaba la curva de la Avenida Madison, un coche, otro taxi, que venía en dirección contraria, se le echó encima. Bob hizo girar el volante en un movimiento brusco, pero no pudo evitar la colisión. Sonó un chasquido, chillaron los frenos entre el ruido de los cristales rotos y los dos vehículos quedaron detenidos.

Clark bajó del coche vociferando. El otro conductor no quiso ser menos y también se puso a la altura de las circunstancias. Unos cuantos peatones se aproximaron al lugar del accidente.

—¡Hay un pasajero herido! —gritó un hombre mientras echaba una ojeada al interior del coche de Bob. Éste se apresuró a abrir la portezuela.

Contempló a su pasajero. Estaba sin sentido, echado del lado izquierdo. Tenía una herida en la frente de la que manaba abundante sangre.

—¡Abran paso!... ¿Qué ocurre aquí? —dijo un policía empujando a los curiosos. Llegó hasta donde se encontraba Bob.

—Está herido. Hay que sacarlo de aquí —dijo el chófer.

—Tengo mi coche veinte metros más arriba. Tráiganlo —se ofreció uno de los curiosos.

—De acuerdo. Ayúdenme a sacarlo —asintió el policía.

Unos minutos después, Bob Clark, veía alejarse el «Mercury» que transportaba al pasajero con el que había pensado realizar sus deseos. Dio una patada en el suelo, arrojando la gorra, y luego se sentó desconsolado sobre el estribo de su coche.

CAPÍTULO II

Jimmy Cronin, leyó una vez más el anuncio:

«Preciso hombre acostumbrado a todo. No más de 1,70 de talla y 65 kilos de peso. Abstenerse mayores de treinta y cinco años. Pasar de 4 a 7 por edificio Molkis, despacho 114».

Apartó los ojos del periódico y contempló el cielo. Aquella nevada había sido el complemento de su maravillosa situación. Tenía las manos heladas y la impresión de que en su estómago media docena de arañas pasaban el rato tejiendo. Recordaba vagamente que el día anterior había ingerido un mejunje, que cierto barman bautizó con las ya casi desconocidas palabras de «café con leche», juntamente con una tostada. Se miró los zapatos y sonrió. Una arruga en el empeine derecho le indicaba que, de un momento a otro, iba a encharcársele aquella extremidad inferior. Hacía más de treinta y seis horas que había comenzado su peregrinaje a través de cuantas casas, agencias, sociedades, establecimientos y extraños lugares anunciaban en el periódico sus demandas de nuevos empleados. Y en ninguno le había acompañado el éxito.

Caminó durante treinta minutos pegado a la acera.

Quando se detuvo se encontraba frente al edificio Molkis. Ofrecía un brillante aspecto con todas sus ventanas iluminadas. Cruzó la calle y penetró en el interior. Cronin se dirigió a un ascensor que esperaba llenarse.

—¿Despacho 144? —preguntó al encargado, un joven uniformado, no mayor de veinte años y colorado como una

zanahoria.

—Piso 22 —contestó la zanahoria sin mirarle.

Cuando estuvieron bien apretados empezó la ascensión.

—Piso 22... usted —murmuró con voz cansada el rojizo muchacho.

Cronin se apresuró a salir. Caminó por un pasillo en el que existían numerosas puertas. Al llegar a la señalada con el número 144 se detuvo. Hizo girar el picaporte y penetró.

Una rubia que estaba tecleando cesó de hacerlo y miró al hombre. Fue de su agrado porque inmediatamente le ofreció una cálida sonrisa.

—Viene por lo del anuncio... ¿no?

—Seguro —replicó Jimmy.

—¿Quiere sentarse...? En seguida le anunciaré.

Cronin se sentó en una silla frente a la joven. Ésta dio la llave al dictáfono y dijo:

—Míster Roberts... el decimoquinto acaba de llegar, ¿lo hago pasar...? ¿No...? Bien. Cerró la conexión y levantó sus ojos hacia Jimmy.

—Míster Roberts va a tomar sus píldoras... el estómago, ya sabe... En cuanto termine lo recibirá.

Cronin asintió con la cabeza. No por lo de que sería recibido, sino por lo del estómago.

Él ya sabía lo que era. Tragó saliva y tuvo la sensación de que le caía una piedra.

—Mal día para buscar trabajo, ¿no, míster?

—Cronin, James Cronin.

—¡Oh!, no será de los Cronin de la calle 70...

—No, de los Cronin de Somerset, Virginia.

—¿De Virginia? —chilló la rubia—. ¡Qué sueño! ¡Si parece mentira! —Abrió unos ojos como platos y se llevó las manos al rostro. Al hacerlo la falda se le subió hasta las rodillas y Jimmy no pudo menos que admirar unas bonitas piernas. Pensó que si le daban el empleo no haría mal negocio invitando a la rubia al cine. Siempre le habían gustado las buenas relaciones de vecindad.

Zumbó el dictáfono la joven conectó.

—Que pase ese individuo —dijo una voz ronca.

El individuo se levantó y dirigióse hacia una puerta de vidrio

esmerilado en la que destacaba la palabra Dirección.

Cuando entró, se encontró con un hombre de pelo grisáceo, mirada gris y traje del mismo color. Había celebrado ya el cuarenta aniversario de su llegada al mundo en un día probablemente gris. Estaba de pie, junto a la ventana, observando al nuevo aspirante. Empezó a andar y dio una vuelta alrededor de Cronin. Luego, se detuvo y se acarició la barbilla.

—Le hará falta un nuevo traje, otros zapatos, una camisa, otra corbata... —dijo en voz baja.

—Sí, creo que usted es el hombre que necesito. No es del todo feo y después del afeitado puede incluso llegar a enamorar a una mujer...

—¿Es ése el trabajo? —preguntó Jimmy.

—No, eso se supone que ya lo hizo... oiga, no irá a tener ahora prejuicios... Apuesto cinco dólares contra un dedo de *whisky* a que se encuentra sin blanca. —¿Por qué no me habla ya de lo que tengo que hacer?

—Claro, hijo, claro —susurró Roberts.

Jimmy quedó en silencio esperando la explicación.

—Pues, verá... aún no sé su nombre...

—James Cronin.

—Bien, Cronin. El asunto es éste. Hace unos años, en plena guerra, una jovencita acaudalada se enamoró perdidamente de uno de nuestros soldados que iba a combatir a Europa. El idilio duró seis semanas porque inmediatamente el Romeo tuvo que embarcar. Esas relaciones se mantuvieron en secreto porque la familia de la chica no hubiese tolerado un advenedizo. Durante un año los jóvenes se cartearon. Ella las recibía a través de una amiga. Las cartas de la muchacha son verdaderos poemas de amor, un amor realista, y en ellas se dicen cosas que harían salir de sus tumbas a sus bisabuelos. El joven no tuvo suerte, una bala lo dejó sin vida en Normandía. La pollita es de suponer que lo lloraría desconsoladamente, pero por aquello de «a rey muerto, rey puesto», empezó pronto a alternar en la sociedad a que pertenece. Hace dos meses contrajo matrimonio con el heredero de una de las más sólidas fortunas de la Quinta Avenida. Supongo que se hace cargo de la situación.

Míster Roberts dejó de hablar mientras sacaba un cigarro del bolsillo superior de su americana. Lo encendió mientras observaba a

Cronin. Éste permanecía de pie y los músculos de su rostro empezaban a endurecerse.

—¿Y qué más? —preguntó.

—Está claro, hijo. A esa gente le sobran los dólares. ¿Qué importa que se aligeren de unos cuantos? Las cartas de la muchacha están en mi poder. Conocí a un soldado sentimental que las traía para devolverlas a su dueña, por encargo del Romeo. Como él tenía que salir de Nueva York el mismo día, después de unas horas de tomar *whisky*, no le daba tiempo más que a dirigirse a la estación de autobuses y tomar asiento. Le prometí que entregaría las cartas personalmente. Las pagará a buen precio. Esa muchacha se cortaría el brazo izquierdo antes que una de ellas llegase a poder de su marido. Naturalmente, precisaba de un hombre de buena facha para que haga de enlace. Yo prefiero permanecer en la sombra. Y no me gustan los profesionales. Usted es ideal.

Cronin dio unos pasos hacia míster Roberts.

—Es usted el bicho más asqueroso con que me he tropezado en mi vida... —Despacio, Cronin, despacio... aún no le he dicho que tendrá un veinticinco por ciento...

El puño derecho de Jimmy se hundió en el estómago de míster Roberts. Éste dio un quejido y escupió el cigarro al tiempo que se contraía. Estuvo así dos décimas de segundo, que fue el tiempo en que la izquierda de Cronin chocó contra sus mandíbulas. Sonó un chasquido y míster Roberts voló hacia atrás. Dio la vuelta de campana sobre la mesa y fue a caer sentado.

Jimmy salió del despacho y pasó junto a la rubia con rapidez. Esta que se había levantado al oír el ruido, lo miraba con ojos asombrados. Desde la puerta Cronin se volvió.

—Vaya junto a su jefe, rubia. Y téngale preparadas unas cuantas píldoras para el estómago. Las necesitará.

Cerró la puerta y pocos minutos después se encontraba de nuevo en la calle. La nevada no era tan intensa. Transitaba más gente por las aceras. Había oscurecido por completo. Andaba pensativo. No tenía suerte.

Decididamente tendría que pasar otra noche en la estación del Gran Central. Hacia allí dirigió sus pasos. Cuando llegó le fue difícil encontrar un sitio donde sentarse. Al fin, se levantó un anciano y él ocupó su lugar. Se entretuvo en mirar una bombilla que se encendía

y apagaba a intervalos en la pared situada frente a él. Llegó a sus oídos un sonido metálico pero no le prestó atención. Contempló a un marinero que se despedía de una mujer. Debía ser su novia a juzgar por el cariño con que la abrazaba. Se dieron un beso y ella no dejó de mirarlo mientras se alejaba.

Fue entonces cuando Jimmy recordó haber oído el sonido metálico. E instintivamente lo comparó con el producido por una moneda al rebotar en el suelo. Agachó la cabeza y, efectivamente, allí estaba, junto a su zapato izquierdo. Una moneda de cinco centavos. Echó una ojeada a su alrededor. Ninguna de las personas cercanas daba señales de haber perdido nada. Estiró el brazo y cuando sus dedos la aprisionaron los cerró. Aún estaba caliente del bolsillo o la mano de su dueño.

No era cuestión de ponerse a preguntar quién había perdido una moneda de cinco centavos. Y hasta algún vivales podría decir que era suya. ¿Qué destino le daría? Estaba cansado necesitaba dormir. Podía alquilar una buena cama. Pero su estómago protestaba. Necesitaba urgentemente iniciar su tradicional labor. Venció el estómago. Tomaría auténtico café con leche y unas tostadas con abundante mantequilla.

Recorrió varias calles alejándose del Gran Central. Cuanto más lejos, mejor.

Parecía que le habían crecido alas. Tropezó varias veces con los transeúntes. Vio unas luces de neón, color rojo. Bar Durban, Sí, aquel sitio debía ser bueno. Se detuvo junto al escaparate de una confitería y examinó su figura reflejada en el cristal. Se arregló la corbata y colocó el sombrero que había llevado algo ladeado. Sacó el periódico y lo colocó bajo el brazo izquierdo. Entró en el bar Durban y se dirigió directamente a la barra. Tomó asiento en un taburete. Uno de los mozos se acercó.

—Mal día, amigo, para andar por la calle —dijo, contemplando los restos de nieve en el sombrero y hombros de Jimmy.

—Sí, ha sido un día fatal.

—¿Qué le sirvo?

—Un café con leche con tostadas.

—En seguida.

Cronin metió su mano derecha en el bolsillo y acarició la moneda bienhechora.

—Eh... oiga... usted.

Jimmy giró la cabeza a su izquierda. En el taburete cercano un desconocido le guiñó un ojo. Tenía un esparadrapo en la barba.

—¿Qué quiere? —preguntó Cronin.

—Vaya al número 231 de la calle Oeste. Allí dan comida y bebida gratis —dijo el otro recalcando las palabras.

Jimmy quedó emocionado por la noticia.

—Su servicio, señor —dijo el mozo.

—Sí, gra... gracias —tartamudeó Jimmy.

Y luego se dirigió otra vez al hombre del esparadrapo, mientras el mozo se acodaba sobre la barra dispuesto a no perderse la conversación de la clientela. —Y dice usted que en ese número... de esa calle... dan comida y bebida gratis...— Naturalmente —murmuró sonriente el desconocido.

—¿Y quién da la fiesta?

—Pues... no lo sé.

—¿Y me dejarán entrar libremente? —inquirió Jimmy.

—Seguro que sí —dijo el mozo—. A veces tienen que pagar al personal para que vaya. Jimmy asintió con la cabeza y comenzó a engullir una tostada. El hombre del esparadrapo sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció a Cronin. Éste tomó uno.

—Debe haber caminado mucho para estar así —le dijo el mozo.

—He estado buscando un empleo todo el día —replicó antes de dar un bocado a la segunda tostada.

—Ahora empiezan a ponerse mal los empleos.

—Bueno, será mejor que me deprisa o no llegaré ni a los postres. ¿Qué le debo? —Cuatro centavos, amigo— dijo el mozo.

Jimmy depositó sobre el mostrador su única moneda diciendo:

—Quédese con la vuelta... y gracias a ustedes por la información.

Inmediatamente, se dirigió hacia la puerta de salida, por donde desapareció.

* * *

Kent Lubi entró en la cabina y marcó un número. Aún tenía en el rostro la sonrisa.

—Míster Grummer.

—¿Qué hay? —dijo una voz al otro extremo del hilo.

—F H 20 al habla.

—Dígame.

—Genial, jefe, genial. Todavía estoy emocionado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se presentó como un excombatiente en busca de empleo. Es la representación más enorme que he visto en mi vida. Daba la impresión de que hacía dos días que no había comido y de que no tenía más de cinco centavos en el bolsillo.

—Ha tenido usted suerte en conocerlo.

—Sí, señor. Trabajar a su lado es sentirse en el cielo. Hace tres minutos que se ha marchado a la calle Oeste.

—Bien, ya le dije que es el mejor agente secreto del mundo. Llame mañana a las doce. Tendré algo para usted.

Probablemente no será la última vez que vea a ese genio.

—De acuerdo, jefe. Hasta mañana.

Kent Lubi colgó el aparato y salió de la cabina.

CAPÍTULO III

Casi todos los números siguientes al 150 de la calle Oeste eran ocupados por almacenes de maderas. Existían muy pocas viviendas. El lugar estaba solitario a la hora en que Jimmy Cronin transitaba por él. Había cesado de nevar y las calles ofrecían un fantástico aspecto, con su manto blanco bajo las débiles luces del alumbrado público.

Cronin quedó perplejo cuando al llegar al número 231 se encontró ante la entrada de un garaje. Garaje Lieverman. Anduvo unos pasos más arriba, hasta el 233. Era una gran nave o almacén sin rótulo. Se detuvo pensando que había hecho demasiado caso de las palabras de aquel desconocido. Sí, se había portado como un colegial. Y la culpa era de su estómago, que se había dilatado ante la sugestiva panorámica de comer y beber gratis. No tuvo tiempo de imaginar que quizá lo estuviesen bromeando o que aquel sujeto del esparadrapo pudiese estar borracho o con leves síntomas de esquizofrenia.

Retrocedió hasta llegar de nuevo ante el garaje. El interior estaba muy oscuro. No acertaba a ver el fondo. Dio unos pasos para curiosear.

—¡Eh, usted!... ¿Qué busca?

La voz resonó ampliada. Cronin dio un respingo e intentó penetrar con sus pupilas las tinieblas. Las palabras procedían del lado derecho. Oyó unos pasos fuertes que se aproximaban hasta que de las sombras surgió un hombre de gran estatura que vestía un mono de trabajo. Al ver su rostro, Jimmy pensó en un paisaje lunar. Lo tenía lleno de hoyitos.

—¿Qué busca? —repitió con voz seca.

—Un amigo me dijo que... aquí daban una fiesta y... —Jimmy

titubeó.

—¿Y qué más? —preguntó el otro.

—Bueno, me dijo que... podría comer y beber gratis... sin pagar un centavo.

Respiró cuando lo hubo soltado. Así terminaba antes. Ahora, que se riese aquel hombre hasta desternillarse o que lo tirase a patadas. Le importaba todo un ardite después de la decepción sufrida.

Pero el picado de viruelas no reaccionó en ninguno de los dos sentidos. Lo miró de pies a cabeza detenidamente y luego, volviéndose, echó a andar hasta desaparecer en la oscuridad.

Cronin meditó unos segundos sobre la estupidez humana. Sus palabras habían obtenido la respuesta adecuada. Él, indiferente, vacío, iba a marcharse cuando, de pronto, se encendieron las luces del garaje.

Vio una pared frontal con tres grandes puertas. A la izquierda un par de automóviles. Hacia la derecha, a unos cinco metros de él, había una cabina acristalada con la puerta abierta. En el interior estaba el hombre.

—¡Acérquese! —gritó.

Jimmy obedeció, andando lentamente.

El encargado del garaje echó mano a un teléfono y se lo puso al oído.

—¿Eres tú; Danilo?... Avisa a Olivia —pasaron unos segundos y de nuevo habló—: Aquí está ese Lewis Hom que esperaba... sí, sí, ahora sube.

Cronin volvió la cabeza para ver al Lewis Hom que acababa de llegar, pero quedó sorprendido. ¡Continuaba solo!

El encargado salió de la cabina y miró hacia la pared donde se encontraban las tres puertas. Una bombilla roja situada encima de la central parpadeó dos veces.

—Sígame —dijo a Cronin.

Jimmy lo siguió sumido en un mar de confusiones. Antes de que empezase a coordinar sus pensamientos, el hombre del garaje había abierto la puerta del centro y con la mano le invitaba a entrar. Era un ascensor con capacidad para un automóvil.

Una vez Jimmy dentro, fueron cerradas las puertas desde fuera por el picado de viruela y el ascensor se puso en movimiento.

Calculó que había subido tres pisos cuando se abrieron las

puertas. Un individuo vestido con un elegante *smoking* lo estaba esperando. Tenía el cabello tan aplastado y brillante que hubiera servido para la publicidad de un fijador.

—¿Quiere seguirme, caballero? —dijo con voz severa y la sonrisa en los labios. Jimmy asintió con la cabeza.

Recorrieron un largo pasillo hasta que el del *smoking* se detuvo ante una puerta. Hizo girar el picaporte, abriéndola.

—Pase usted.

Jimmy se quitó el sombrero y penetró en el interior. La puerta se cerró a sus espaldas. La habitación era espaciosa y estaba iluminada con luces indirectas.

Había una chimenea en la que crepitaban unos leños. Tres sillones hacían juego con un diván rojo. Detrás del diván, adosada a la pared, la biblioteca. Junto a cada sillón había un hombre. Los tres, de pie, vestidos de *smoking*. Y al lado derecho de la chimenea estaba una mujer con un escotado traje de noche azul.

Jimmy sólo prestó atención a la mujer. Instintivamente vino a su memoria lo que le había contado en cierta ocasión un amigo que se sintió tentado a fumar opio. Había visto una mujer esbelta, de finas piernas, amplias caderas y busto erguido. Su rostro era esplendoroso, enmarcado en una brillante cabellera negra, frente abombada, ojos grandes y negros, nariz recta y labios sensuales, rojos como la grana. Y la había visto dirigirse hacia él sonriendo y con los brazos desnudos y fascinadores, invitándole a que la estrechase contra su pecho.

Sí, allí estaba la mujer de aquel sueño de opio. Y como en el sueño de su amigo, hacia él, Jimmy Cronin, se dirigía con los brazos extendidos.

—Mi querido míster Hom —dijo con voz cálida mientras se aproximaba.

Jimmy despertó a la realidad. ¡Conque aquella hembra era la tal Olivia!

La mujer tomó de su mano el sombrero y lo depositó en una silla cercana a la puerta. A continuación estrechó los diez dedos de Jimmy. A éste, el contacto le hizo el mismo efecto que una sacudida eléctrica.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Olivia sonriente, sin esforzarse en separar las manos de donde estaban.

—Bien..., bien —acertó a decir Cronin correspondiendo con una sonrisa de compromiso.

—Pase usted, quiero presentarle a tres colaboradores.

La dama se colgó de su brazo derecho.

Dieron unos pasos hacia los sillones, junto a los que permanecían en pie y actitud expectativa los tres hombres vestidos de *smoking*.

—Caballeros —dijo Olivia—. Creo que este momento lo recordaremos mientras vivamos. El alto mando nos ha deparado el inmerecido honor de enviarnos a nuestro muy querido y admirado F X 3.

Los caballeros doblaron el espinazo y Cronin tuvo la serenidad suficiente para mantenerse de pie.

—El agente F X 3 —continuó Olivia—, durante su permanencia en Estados Unidos, tiene la identidad de míster Lewis Hom, de Cincinnati.

Los caballeros volvieron a inclinarse.

—Y ahora, míster Hom, le presentaré a estos señores. Éste es míster Cunigam. Tiene un establecimiento de instrumentos musicales acreditadísimo y es admitido en los salones de nuestra más alta sociedad.

El primer hombre de la derecha dio un paso al frente extendiendo la mano, que fue estrechada por Cronin. Tendría unos cuarenta años, estaba a punto de quedarse calvo y llevaba unas gafas montadas al aire. Parecía un sujeto incapaz de hacer daño.

—Éste es míster Joyce. Habrá oído hablar de él. Uno de nuestros mejores arqueólogos. Sus conferencias son solicitadas por las principales universidades del país.

El aludido, un hombre de rostro aceitunado, ojos verdes de mirada brillante y nariz aguileña, se adelantó y estrechó la mano de Jimmy.

—Y por último —habló Olivia—, aquí tiene a nuestro brazo armado. Danilo Benetti. Es propietario de tres clubs nocturnos y controla el abastecimiento de *whisky* de medio Nueva York.

—Sí, el otro medio bebe cerveza... je, je —replicó el llamado Danilo.

Pero el chiste no fue bien recibido. Olivia le dirigió una mirada furibunda y el contrabandista carraspeó un poco turbado.

Cronin le ofreció la mano y Danilo la estrechó con tanta fuerza que sonaron un par de nudillos. Jimmy sonrió apretando los dientes.

Danilo tenía una estatura cercana al metro ochenta y pesaría alrededor de los noventa y cinco kilos. Era de cabeza grande, con un pelo corto y encrespado, unos ojos negros bailarines y un hocico saliente.

De pronto, a Cronin se le aflojaron las piernas. En aquella habitación, sobre una pequeña mesa, había una bandeja con media docena de bocadillo de jamón. —¿Qué le parece si nos sentamos?— preguntó Olivia.

—Sí, sí, claro —repuso Jimmy.

Calculó los pasos suficientes para llegar primero junto al sillón más próximo a la bandeja. Los otros dos sillones fueron ocupados por Olivia y Joyce. Cunigam y Danilo tomaron asiento en el diván. —Danilo, puedes preparar uno de tus combinados en honor de nuestro huésped— dijo la dama.

—¡De perlas! —replicó el aludido levantándose.

Jimmy dirigía miradas a la bandeja mientras tenía la sensación de que en su estómago reñían media docena de gatos.

—¿Qué impresión le ha producido Norteamérica, míster Hom? —preguntó Olivia—. Pues... que es el país de la sorpresa —repuso Jimmy.

—Una opinión muy acertaba, míster Hom —asintió míster Joyce—. Gracias. Llevo poco tiempo y cualquier cosa que pudiera decir temo que más tarde tuviera que rectificar.

Jimmy clavó unos ojos suplicantes en los bocadillos.

—¡Vamos, señores! ¡Aquí tienen la bomba de hidrógeno! —exclamó Danilo plantándose en medio del grupo, llevando en una mano una bandeja. Cada cual cogió un vaso. Olivia brindó:

—Por míster Hom y porque su estancia entre nosotros sea duradera.

—¡Por la causa! —brindó Jimmy, y a renglón seguido apuró el contenido de su vaso.

Se sentaron de nuevo y Olivia pulsó un timbre empotrado en la pared. Apareció una muchacha por la puerta.

—¿Desea la señora?

—Llévese esa bandeja —dijo Olivia señalando a los bocadillos—.

Usted, no tendrá apetito, ¿verdad, míster Hom? Si mal no recuerdo, en el «Queen Elizabeth» habrá cenado alrededor de las seis.

—¡No! ¡Sí!... Quiero decir que no tengo apetito y que, efectivamente, he cenado a las seis —replicó Cronin con el alma hecha pedazos.

Mientras la sirvienta se alejaba con la bandeja, guardaron silencio. Una vez que hubo desaparecido, habló Joyce, el arqueólogo:

—¿Le parece, míster Hom, que sigamos conversando en alemán?

Jimmy creyó que el suelo se hundía bajo sus pies. Carraspeó y por fin dijo sonriendo a Olivia:

—No me parece oportuno habiendo una dama entre nosotros.

—Gracias. Es usted muy galante —repuso la hermosa mujer.

—Además —intervino Cunigam—, creo que por lo avanzado de la hora debemos abordar el asunto principal.

—Sí, ya tendrán ustedes tiempo de hablar en el idioma que quieran —sentenció Danilo.

—Me parece muy bien —asintió Jimmy—. Creo que debemos ir al grano.

—De acuerdo. En ese caso, empezaremos por señalarle el lugar donde nos encontramos —dijo Olivia—. ¿Esperaba encontrarnos en una casa así? —No es muy original refugiarse en un garaje— repuso Cronin. Sus interlocutores sonrieron y cambiaron miradas entre sí.

—Es que no es un garaje, míster Hom —dijo la mujer.

—¿Qué es entonces?

—Una casa de juego.

—¿Una casa de juego?

—Exacto, míster Hom. Le parecerá a usted un poco absurdo. Una casa de juego, un lugar al margen de la Ley, convertido en refugio de espías. Es algo que, a pesar de su perspicacia, no podría imaginar. Pero es lógico, puesto que usted es europeo. Y este aparente absurdo sólo puede darse en los Estados Unidos de Norteamérica. El hecho es que aquí, no obstante existir leyes prohibitivas y severas sobre el juego, existe una afición sorprendente al mismo. *Poker*, dados, bacará, ruleta, por citar los más conocidos en Europa. Es necesario que esa afición tenga una válvula de escape. ¿Qué cosa mejor para los organismos fiscalizadores que consentir ciertas casas perfectamente conocidas

donde se juegue? Con ello se consigue su control. Infinidad de delincuentes son cazados en las casas de juego después de haber perpetrado sus delitos. Cada tres o cuatro años se emprende una campaña de moralización, en cuanto un par de periódicos ponen el grito en el cielo. Entonces, cierran las casas de juego y cuando ha pasado la marea, después de un par de meses, aparecen en otros lugares, tras el consentimiento oficial. Esto constituye también, como es natural, una fuente de ingresos para unos cuantos personajes de la alta política que prestan el apoyo necesario. A estas casas de juego acuden gentes de muy distintas clases. Pero abundan, principalmente, las personas sin escrúpulos. Aquellas que después de haber perdido su fortuna personal echan mano a dinero que no es suyo, o que están dispuestos a vender lo que se les pida, a cualquier precio. Y entre estas personas se encuentran muchas que ocupan cargos importantes en diversos Departamentos, muy interesantes... para nosotros.

Olivia cesó de hablar unos segundos mientras cogía un cigarrillo de la pitillera que le ofrecía Joyce. Danilo le acercó su encendedor. Encendió y lanzó una bocanada de humo.

—Como verá —continuó hablando—, estamos más seguros que en ninguna parte.

Gozamos de la protección oficial y este garaje consta como casa de juego. Si algún día aparecen los puritanos, la cerramos y nos largamos a otro sitio. Nosotros no somos más que jugadores. La casa está regentada por el señor que lo ha traído a esta habitación. Carson Welson se llama. Un hombre incondicionalmente a nuestras órdenes. Venimos todas las noches que no estamos de servicio, jugamos unas horas, casi siempre perdiendo, y cambiamos las impresiones oportunas.

Joyce desplegó una hoja sobre la mesita.

Jimmy, que se había olvidado de su estómago, prestó atención al arqueólogo. —Éste es el plano de la casa— empezó diciendo. —Aquí está la entrada por la calle Oeste. Ésta es la cabina del encargado del garaje y éstas son las puertas de los ascensores. Abajo sólo hay dos o tres automóviles para darle apariencia al garaje. No obstante el conocimiento oficial, es imprescindible un camuflaje mínimo incluso por el buen nombre de las personas que acuden a jugar. Usted ya sabe que en nuestro país es rara la persona que no

tiene automóvil. El noventa y ocho por ciento de nuestros clientes lo tienen. El otro dos por cien está integrado por algunos agentes que tienen orden de venir a pie, y por los hombres que tiene a su servicio Danilo. Llega un automóvil, el encargado le echa un vistazo y da la conformidad con un timbrado que es recibido en esta habitación del segundo piso. Desde aquí se controlan los ascensores, se pulsa otro de los tres timbres que están en contacto con cada una de las bombillas rojas que están en la parte superior de los ascensores, sobre la pared. Con ello se indica el ascensor que está vacío. Penetra el coche y es subido al mismo segundo piso, donde existen unos departamentos individuales para guardarlos. En el primer piso está instalada la sala de juego y algunos reservados. Cuando el cliente se marcha se le hace pasar a éstas a las bajas del edificio, cada una de ellas comunica con una calle distinta que desembocan en la Oeste, adonde se le traslada su automóvil por esta plataforma rodante y por estos ascensores. Cuando la policía tiene que hacer una investigación, se nos anuncia previamente por teléfono la visita, e inmediatamente Carson procede a la evacuación de las personalidades cuya presencia en este lugar podría ser motivo de escándalo para los contribuyentes.

—No está mal, no está mal —comentó Jimmy—. Han alcanzado ustedes la mayoría de edad.

—Nos conforta que aprecie nuestra labor, míster Hom —dijo Olivia con voz suave—. En cuanto al motivo de su viaje, míster Hom... —repuso Joyce titubeando—. Sí, eso, el motivo de mi viaje —asintió Jimmy resueltamente.

—Pues..., pues aún no sabemos nada.

—¿Cómo que no saben nada? —chilló Cronin. Joyce pidió auxilio con la mirada a Olivia.

Ésta acudió en su ayuda.

—Verá usted, míster Hom. El agente que tenía que servir de enlace nos comunicó esta mañana que era imposible pudiera actuar hoy. Inconvenientes de última hora. —Mañana, a las diez, estaré en el «Carlton» para ponerle en antecedentes sobre lo conseguido hasta ahora— habló Joyce.

—¿En el «Carlton»?

—Sí, tenemos pedida la habitación 232 para usted —aclaró Olivia.

—Bien, bien, pero venga... usted, Olivia, tráigame esas noticias usted.

La hermosa dama asintió sonriente. En aquel momento dieron tres golpes acompasados en la puerta.

—¡Adelante! —gritó Danilo.

La puerta se abrió y apareció un sujeto de largas patillas que cojeaba al andar. —¿Qué hay, «Medio Paso»? —preguntó Danilo.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —inquirió a su vez el cojo.

—¿Qué cadáver? —chilló otra vez Jimmy.

—Es uno del

F. B. I.

—dijo Danilo con voz indiferente—. Andaba husmeando desde hace dos días. Menos mal que lo liquidamos antes de que mandase el informe que encontramos en uno de sus bolsillos.

—¿Del

F. B. I.?

—preguntó otra vez Cronin.

—Sí, no tiene importancia. Les damos el pasaporte a un par cada año. Tíralo al río, «Medio Paso».

«Medio Paso» se marchó por donde había venido.

—Bueno, usted estará cansado —dijo Olivia.

—Sí, me voy —repuso Jimmy levantándose—. «Hotel Carlton», habitación 232, ¿no es eso?

—Exacto. Aquí tiene quinientos dólares para sus necesidades —dijo Cunigam sacando del bolsillo de su americana un fajo de billetes.

Jimmy los tomó. Después de guardarlos, estrechó las manos de los presentes, reservándose para el final la de Olivia.

—Hasta mañana, Olivia.

—Hasta mañana —replicó ella con suavidad.

—Le acompañaré hasta la salida —dijo Cunigam, yendo detrás de Cronin.

CAPÍTULO IV

El coronel Smith avanzó resueltamente por el pasillo que conducía a su despacho. Conservaba la flexibilidad en las piernas, a pesar de sus cincuenta y cinco años. La mirada fija de sus ojos castaños y el fruncimiento de su frente, denotaban que una grave preocupación le conturbaba.

Mabel Broock, la secretaria del coronel, una rubita almibarada, se preparó para entrar en acción. Sabía por experiencia que cuando el viejo llegaba a la oficina antes de las nueve y media de la mañana, era porque preparaba «uno de los planes que electrizaban al Departamento del Estado», según frase feliz del mismo coronel. Y sabía, también por experiencia, que el coronel Smith seguiría caminando con rapidez hasta detenerse a la puerta del despacho, que, una vez allí, pondría su mano derecha sobre el picaporte y entonces, sólo entonces, se volvería y diría con voz grave y solemne:

—Señorita Broock, la espero.

Por cierto, que el coronel se iba haciendo más presumido con los años.

Con aquel terno gris no estaba mal. Aunque, la verdad, no hacía tiempo para trajes grises. Ya había llegado el coronel ante su despacho. Ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta. Ya estaba vuelto.

—¡Señorita Broock!...

¿Qué le pasaba al coronel? Aquel tono no era el de siempre. Estaba mirándola con ojos inquietos. ¡Y no había añadido «la espero»!

—¡Señorita Broock!

—¡Dígame, coronel!

—¡Que se presente en mi despacho inmediatamente Linda Donovan!

—Lo siento, coronel..., pero la señorita Donovan no está en el Departamento, no acostumbra a venir antes de las doce.

—¿Y dónde demonios está?

—Supongo que en su casa..., durmiendo.

—¡Pues sáquela de la cama!

—En seguida, señor.

—¡Llame también a Mac Gregor y a Jessup!

—Bueno, creo..., creo que tampoco están.

—¿Y dónde diablos...?

—Anoche dijeron que iban a la fiesta que daba el embajador de Pakistán y que vendrían tarde porque probablemente trasnocharían.

—¡Eso está bien! ¡Nuestros enemigos minando el país y ellos haciendo el indio! ¡Los tenemos en nuestras propias barbas!... ¡Mientras mis geniales agentes se divierten alegremente! ¡Pónganse en contacto con ellos y deles media hora para comparecer! ¡Ni un minuto más! —Sí, señor.

El coronel desapareció tras la puerta de su despacho y Mabel Broock dio un suspiro de alivio.

Empleó cinco minutos en despertar a los tres agentes y en notificarles la razón por la que lo hacía. Luego de cumplido este deber, preparó el bloc de notas y el lápiz, por si los necesitaba. Empezó a pensar en las razones poderosas que habrían influido en el ánimo del coronel, para hacerle olvidar lo que durante tantos años había venido realizando todas las mañanas de trabajo.

Quizá fuese la guerra de Corea o aquel otro jaleo del petróleo persa o cualquier otro lío. ¡Había tantas cosas que tenían relación directa con el coronel!

Seguía cavilando cuando llegó el atlético Mac Gregor.

La obsequió con una palmadita en la mejilla y se dirigió hacia el despacho del jefe. Mac Gregor era moreno, alto, de amplio tórax y rostro risueño y bello.

Tres minutos después de Mac Gregor llegó Jessup. Saludó a Mabel y se quedó en jarras frente a ella. Era regordete, con grandes entradas en la cabeza y una cicatriz en la barbilla. Había servido en la Marina antes de ingresar en el

F. B. I.

y en su época de civil había publicado dos tomos de poesías sobre el mar.

—¿Qué mosca le ha picado al viejo? —preguntó.

—Yo preguntaría más bien qué avispa —dijo Mabel.

—¿Tan feo está?

—Ajá.

Jessup se irguió de hombros, dirigiéndose a continuación hacia el despacho. Pocos segundos después, Mabel oía los gritos con que el coronel se desahogaba. Se veía que el asunto era de envergadura.

Y fue entonces cuando apareció Linda Donovan. Una mujer fuera de serie, como había escrito cierto periodista atrevidillo. Era de estatura regular y pesaba cincuenta y seis kilos proporcionalmente repartidos. Sus curvas constituían un canto a la libertad, según el mismo periodista. El rostro, de una belleza clásica mezclada con la insolencia de la punta de la nariz respingona.

Vestía un traje de chaqueta a cuadros muy entallado, que la favorecía mucho y cubría su cabeza, de cabello negro y corte, con un caprichoso sombrerito rematado con una borlita negra. En la mano derecha, un bolso gris.

—Ya oigo cómo gruñe el oso —dijo displicentemente, deteniéndose ante la baranda que separaba la mesa de Mabel del pasillo.

—Se habrá clavado una espina en la garra y nadie mejor que tú para arrancársela. Un par de carantoñas y se convertirá en un corderillo.

—Siempre tan gentil, Mabel.

Y Linda echó a andar. Abrió la puerta del despacho y penetró.

—... Les digo a ustedes ¡Ah, es usted, Linda!... Pase, pase... magnífico, ya está completó el equipo del Servicio de Defensa de Ordenación Estratégica... ¡el flamante equipo!

El coronel Smith andaba por el despacho gesticulando y gritando, mientras Mac Gregor y Jessup aguantaban de pie el chaparrón. Linda se sentó sobre el brazo de un gran sillón de cuero, sacó del bolsillo una pitillera-encendedor y prendió fuego a un cigarrillo.

—¡Bien! Aquí tienen el regalito. Papá Noel llegó con adelanto este año —dijo el coronel alargando un papel escrito que cogió Mac Gregor—. Léalo en voz alta para que se enteren sus compañeros.

Mac Gregor carraspeó y leyó:

«Telegrama en clave, traducido para coronel Bernard Smith, del Servicio de Defensa de Ordenación Estratégica. —Departamento de Estado. —Nueva York —. Urgentísimo. Agente F X 3 embarcó puerto inglés rumbo Nueva York. “Queen Elizabeth”. Identidad, Lewis Hom, de Cincinnati. Firmado Knotts».

Durante unos segundos reinó el silencio en el despacho. Fue roto por el propio coronel:

—¿Se dan cuenta de lo que eso quiere decir? ¡El espía más audaz del mundo! Indudablemente, se trata de la operación más trascendental de la posguerra. Si no, no lo hubieran enviado. ¡No se hubieran expuesto a perderlo! Saben perfectamente qué carta jugar y en qué momento deben jugarla. Pero esta vez... ¡por mil diablos! —No creo que tenga tanta importancia— dijo Mac Gregor.

—No, ¿verdad? —murmuró Smith.

—Todo se reduce a que nos traslademos al muelle, esperemos el «Queen Elizabeth» y en cuanto desembarque el agente F X 3 le echemos el guante. —¡Magnífico! Le felicito. Todo eso estaría bien si el «Queen Elizabeth» no hubiese llegado a Nueva York en la tarde de ayer. ¿SE ENTERA?

Mac Gregor inclinó la cabeza, avergonzado.

—Pero sabemos que se llamará Lewis Hom —dijo Linda arrojando una bocanada de humo.

—Exacto, señorita Donovan. Sabemos que se llamará Lewis Hom. Y hace un rato, en vista de que ustedes estaban durmiendo, he tenido que ocuparme personalmente de la cuestión. He puesto a trabajar a quince hombres en el asunto. Y lo primero que les he encargado es que revisen todas las entradas de la noche pasada en todos los hoteles. Ya veremos si conseguimos algo.

—Ellos ignoran la potencialidad y eficacia de nuestro contraespionaje en Europa. Y no me creo equivocar al vaticinar que el tal Lewis Hom, habrá inscrito, con toda petulancia, su nombre en cualquier hotel importante de nuestra ciudad. Creerán a pies juntillas que así pasará mejor desapercibido.

El dictáfono dio un zumbido. El coronel conectó.

—Dígame, Mabel.

—Un agente con noticias.

—Que pase.

Transcurrieron unos segundos. Dieron unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Smith.

Un hombre de unos treinta años, de aspecto vulgar, entró en el despacho.

—¿Qué hay? —preguntó el coronel.

—Hemos localizado a Lewis Hom —dijo el recién llegado.

—¡Formidable! ¿Dónde?

—En el «Hotel Carlton». Habitación 232. Llegó a las once de la noche. Se retiró inmediatamente. La habitación había sido reservada con antelación.

—Bien, bien, bien.

—Nada más llegar pidió dos docenas de bocadillos de jamón y...

—¿Dos docenas?

—Sí, señor, y dos litros de cerveza.

—Bien, bien. ¿Continúa en el hotel?

—Sí, señor. Está durmiendo. Antes de acostarse pidió que anotasen el desayuno para las diez.

—¿Quién se quedó allí? —preguntó el coronel.

—Quedaron vigilando la entrada de todas las puertas cinco agentes. Pierda cuidado. No se escapará.

El jefe del

S. D. O. E.

empezó a pasear por el despacho mientras los agentes guardaban silencio. Con la cabeza baja, una mano en la barbilla y la otra tras la espalda, daba la impresión de lo que era, un estratega disponiéndose a una batalla decisiva.

Así estuvo durante tres minutos. Al fin, se detuvo.

—Señores, no se traía de la captura del agente F X 3. Ése es uno de los fines. Pero lo esencial de la cuestión planteada es el desenmascaramiento de ese grupo de traidores, que pretenden entregar a nuestro país.

»Sería absurdo que por aprisionar al agente F X 3 perdiésemos esta oportunidad que nos ofrecen las circunstancias. Por lo tanto, a

la audacia de ellos tenemos que oponer nuestra sagacidad. Ustedes tres, Linda, Mac Gregor y Jessup, llevarán el peso de la investigación y estarán secundados por el resto de los agentes. El coronel dio la vuelta a su espléndida mesa de roble y tomó asiento en la silla giratoria. —Póngase en campaña inmediatamente. Tienen ustedes suficiente experiencia para que no vaya a trazarles un plan. Gozarán de autonomía, bien entendido que para dar un paso trascendental o decisivo necesitarán de mi aprobación. Usted, Linda, es veterana, a pesar de su juventud, en estos menesteres, pero tenga en cuenta que esto de ahora es bastante superior a lo que hasta el momento ha manejado. Usted, Mac Gregor, tiene una hoja de brillantes servicios. Pocos agentes podrán igualarla y ninguno superarla. Pero en esta ocasión necesitará más la inteligencia que sus puños. Y en cuanto a usted, Jessup, espero que de una vez entre en calor. Me desespera esa aparente sangre fría, que no es otra cosa que pereza.

En este momento, uno de los cinco teléfonos repiqueteó. El coronel cogió el auricular.

—¿Qué hay?... ¿Cómo?... Sí, sí, dentro de unos minutos iré a verlo. Colgó lentamente. Los agentes esperaban con expectación.

—Señores —el coronel hizo un inciso mientras secaba su frente con el pañuelo—, señores, siento comunicarles que el agente Harmon lo han sacado hace media hora del Hudson... cadáver. Dos balas en el estómago.

Tardaron un largo minuto en reaccionar.

—¡Esos puercos...! —gritó Mac Gregor—. Vil bazofia... —murmuró Jessup.

—Debe ser la tarjeta de presentación de nuestro ilustre huésped míster Lewis Hom —sentenció el coronel.

—¿Qué esperamos para empezar? —preguntó Linda, con el rostro enrojecido por la ira.

—Ahora deben tener más paciencia que nunca —dijo Smith—. Ya saben qué ciase de enemigos tienen enfrente. No se detienen ante nada. El asesinato es una simple bagatela, un deporte más. Les sugiero que vigilen concienzudamente al agente F X 3. Dentro de unos minutos despertará y comenzará su trabajo. Sostendrá entrevistas, visitará casas, tomen buena nota de todos sus pasos y pongan un par de hombres detrás de cada persona con quien hable.

Cuiden extremadamente el no ser descubiertos. ¿Alguna pregunta?

—¿Sabe algo de lo que hacía Harmon? —preguntó Linda.

—Anteayer me visitó en este despacho. Se mostró optimista. Me dijo que tenía entre manos algo que iba a armar revuelo. Le pregunté qué era y dijo que prefería concretar y confirmar sus sospechas antes de emitir un informe que pudiera ser juzgado de injurioso por ciertas personas. Su muerte nos muestra que estaba en el buen camino. Informen aquí cada tres horas.

Linda asintió y Mac Gregor y Jessup se incorporaron. Los tres, juntamente con el agente que había traído las noticias de Carlton, se dispusieron a salir. Mac Gregor se volvió cuando estaban junto a la puerta.

—¿Y si ese F X 3 intenta abandonar el país? —preguntó.

—Entonces... si eso ocurre... ¡tiren a dar!... ¡Hasta convertirlo en un colador! ¡Suerte, hijos!

CAPÍTULO V

Olivia pasó los brazos por su cuello y él no hizo otra cosa que lo que, ella deseaba, besar sus labios. De pronto, se abrió la puerta. Él se soltó de Olivia y miró hacia el umbral. Allí estaban Joyce, Cunigam, Danilo y por detrás asomaba la cabeza de «Medio Paso». Danilo esgrimía una automática y sonreía complacidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Olivia.

—Ese hombre que te abraza no es el agente F X 3, ¡es un impostor! —gritó Joyce—. ¡Es del F. B. I.!

—chilló amenazadoramente Cunigam.

Olivia se llevó las manos a las mejillas lanzando un quejido y mirando, con ojos como platos, al hombre por el que sentía aquella arrebatadora pasión.

—Déjame hacer —intervino «Medio Paso». —En el río hay un lugar para él—. Cállate, «Medio Paso» —dijo Danilo, con una sonrisa diabólica—. Es asunto mío. Aquí tienes tu merecido, polizonte.

Y apretó el gatillo de la automática. Pero algo ocurrió. ¡Del agujero del arma empezó a salir un chorro de sustancia blanca! Danilo la miró estupefacto y dio una patada en el suelo, echándose a llorar.

—¡Otra vez me he equivocado!... ¡Me traje la máquina de hacer churros en lugar de la pistola!

* * *

En aquel instante, despertó Jimmy Cronin. Se irguió sobre la

cama y echó una ojeada a la habitación. No, no había nadie. Todo había sido una pesadilla. Tenía la boca seca. Consultó el reloj de la mesilla de noche. Las diez y media. Y había dicho que lo llamasen a las diez. Tomó el teléfono.

—Oiga.

—Diga, señor.

—¿Es ésa la atención que les merecen sus clientes? Dije que me despertasen a las diez y...

—Perdone, señor. Cuánto lo siento.

Ahora mismo le suben el desayuno.

Jimmy colgó, desperezándose a continuación. Recordó que Olivia no tardaría en llegar, pues ya llevaba media hora de retraso. Se levantó y entró en el cuarto de baño. Se puso bajo la ducha y dio vuelta a la llave. El agua helada le hizo estremecerse como un epiléptico.

Cuando volvió al dormitorio, llamaron a la puerta.

—Adelante.

Un camarero entró empujando una mesita sobre la que venía el desayuno. Jimmy frunció la frente.

—¿Y la chica de anoche? —preguntó.

—¿Qué chica, señor?

—La que me trajo el..., el refrigerio.

El camarero, que no era otro que el agente Jessup, del F. B. I.,
tosió un par de veces.

—Empezó sus vacaciones hoy —replicó.

—¡Caramba! ¿En este tiempo?

—Es que verá... tiene una tía en Cleveland y le gusta pasar las Navidades con ella. Jessup acercó una silla a la mesa y Jimmy tomó asiento, preparándose a engullir el contenido de las bandejas.

—Me han dicho que el señor llegó anoche. ¿Quiere que le deshaga el equipaje? —preguntó Jessup esperanzado.

—¿No le han dicho que no traje equipaje? No me gusta viajar con él. Y solamente estaré en Nueva York unos días. A propósito, ¿no sabe de una casa donde vendan trajes y zapatos...? Quiero decir, una casa elegante, naturalmente. —Sí, señor. Saliendo del hotel, siga su izquierda. A menos de cincuenta metros encontrará una.

—Bien, amigo. —Jimmy metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó un fajo de billetes. Separó uno de dólar y lo alargó hacia el mozo—. Tome.

Jessup cogió el billete.

—Gracias, señor. Llámeme si me necesita. Mi nombre es Jeremías.

—De acuerdo, Jeremías.

Estaba llenando por segunda vez la taza de café cuando llamaron de nuevo.

—Bien, ¡pase!

En el marco de la puerta apareció la gentil figura de Olivia. Llevaba un abrigo de visón y estaba realmente hermosa. Cuando se despojó del abrigo, dejándolo sobre una silla, Jimmy quedó admirado al contemplar el espectáculo que ofrecía su cuerpo cubierto por un vestido de lana azul, tan ceñido que elevaba a pluscuamperfecto sus líneas. La falda, dos dedos por debajo de las rodillas, ofrecía un agudo contraste con las finas piernas enfundadas en unas medias, apenas perceptibles, color carne.

—Mi querida Olivia... —dijo Cronin acudiendo a su encuentro con el brazo derecho extendido.

La mujer sonrió encantada y estrechó la mano del joven. Pero éste la soltó enseguida y pasó su brazo por la espalda de ella, abarcándola y apretándola contra sí.

—Pase usted. Me hará el honor de acompañarme en mi desayuno.

—Gracias. Ya he desayunado. Pero tomaré una taza de café. Me gusta a todas horas.

Jimmy le ofreció una silla. Se sentaron y él llenó de café otra taza.

—¿Cuántos terrones?

—Dos.

Mientras ella sorbía, Jimmy la contemplaba.

—Debe usted conseguir lo que desee —dijo.

Olivia separó la taza de sus labios sonriendo con picardía.

—¿A qué se refiere? —preguntó suavemente.

—A su hermosura. Es algo definitivo. ¿Cuántos hombres de Estado, tiene en la lista de caídos?

Olivia soltó una carcajada.

—No sea tonto. Va a lograr azorarme.

—¿Enrojecidas las mejillas? ¡Más bonita todavía!

—¿Sabe que no me lo imaginaba a usted... así? ¡El temible agente F X 3, un piropeador! Jimmy carraspeó.

—Bueno. Siempre he sido partidario de alternar el trabajo con lo otro..., ya me entiende.

—Sabía que era peligroso y audaz en el trabajo, pero desconocía que lo fuese en... lo otro.

Jimmy tomó una mano de ella entre las suyas apretándola suavemente. —Tenga en cuenta que me gusta lo excepcional— dijo.

Olivia encajó el apretón y las palabras. Miró a Cronin con ojos dulces y todo pareció indicar que esperaba sus audacias. Él acercó su cabeza a la de ella y cuando solamente mediaban cuatro centímetros entre sus bocas, murmuró:

—¿Por qué no empieza a contarme lo de ese agente?

Y se separó de ella, dejándola sorprendida.

—Pues..., pues, sí, lo del agente —titubeó la mujer.

Jimmy tomó su taza de café, haciendo desaparecer de su rostro la menor señal de interés por la dama que tenía junto a sí. Esperaba que surtiese efecto la estratagema. El hacerse dueño de la voluntad de aquella hembra acostumbrada a disponer a su antojo de los demás hombres. La observó con indiferencia mientras bebía, llegando a la conclusión de que el primer *round* lo había ganado por amplio margen de puntos.

Olivia, aún turbada, sacó una pitillera de oro grabada, cogió un cigarrillo y ofreció a Jimmy.

—¿Y bien? —preguntó él cuando hubieron encendido.

—En primer lugar —empezó a decir Olivia, ya repuesta—, el Alto Mando habrá mostrado sorpresa al exigírsele aquí un agente especializado en «filtraciones» fronterizas. Cuando se nos preguntó la razón contestamos que el caso lo necesitaba ineludiblemente, hasta el punto de que la «operación» no se haría sino con esa condición.

—Eso es —afirmó Jimmy.

—Ningún agente estábamos dispuestos a correr el riesgo de conseguir lo que perseguíamos, si no teníamos la plena seguridad de que un hombre se atrevería, con un porcentaje de probabilidades de éxito abrumador, a llevar el plano al Alto Mando.

—¿El plano?

—Sí, míster Hom, el plano. Pero no es un plano más.

Es el plano más trascendental de todas las épocas. ¿No lo adivina?

Jimmy echó el busto hacia delante.

—El Alto Mando no me ha mandado aquí para jugar a acertijos.

—Perdone, no me doy cuenta de que es usted distinto a los demás. Me estoy refiriendo al plano en que constan los depósitos de bombas atómicas y la situación geográfica de lo que se planean en las cinco partes del mundo para un futuro inmediato.

—Conque es eso... Depósitos yanquis de bombas atómicas, No está mal. Hay que reconocerlo. No está mal. Es un buen trabajo. Deme el plano.

—Por Dios, míster Hom. Aquí no operamos tan rápido. Además, no se trata exactamente del plano.

—¿Una reproducción fotográfica? —Exacto. Una fotocopia. El plano original es completamente imposible de sacar del lugar donde se guarda. Sólo tienen acceso a él un grupo reducidísimo de hombres, de los cuales es inútil que intentemos conseguir algo. Por lo tanto, era preciso ingeniárselas de algún modo. En realidad, el problema era insoluble y ya habíamos abandonado toda idea de éxito cuando míster Joyce, con motivo de sus necesidades arqueológicas, se puso en contacto con un viejo fotógrafo, con las apariencias de estar medio chiflado. Un buen día, míster Joyce, al entrar en el laboratorio del fotógrafo, lo sorprendió con uno de esos cristales que usan los relojeros para ver la maquinaria. Trabajaba sobre un objeto que, en un principio, le pareció un reloj de pulsera, por su tamaño. Mostró su sorpresa cuando el viejo le comunicó que se hallaba en presencia de la máquina fotográfica más diminuta del mundo. Pero lo más curioso del caso era que llevaba adosado, precisamente, la maquinaria de un reloj, con el que poniéndolo a una hora_ determinada, se disparaba sólo hasta consumir el pequeño carrete.

Inmediatamente míster Joyce captó la importancia que tal artefacto podía alcanzar en nuestro trabajo. Refiriéndolo concretamente al asunto de los depósitos de bombas atómicas. Imaginó que el invento del viejo colocado discretamente en una lámpara bajo la cual, sobre la mesa, se extendiese un plano, éste

podía ser fotografiado. Conseguimos la cooperación de un individuo afecto a la causa que hacía limpieza en el edificio donde el plano se guardaba. Nos enteramos de que la comisión que tenía a su cargo la formación del plano se reunía los martes y viernes, a las once de la mañana. Por lo tanto, había que calcular la hora aproximada en que el plano estaría sobre la mesa. Pero hasta el segundo intento no conseguimos lo que buscábamos. La primera vez se disparó antes de tiempo. Naturalmente, el aparato produce unos latidos solamente perceptibles a un oído que estuviese a tres centímetros de él. El hombre colocó sobre la lámpara la pequeña máquina y ella hizo el resto. Sólo se corría el riesgo de que fuese descubierto en el instante de ponerla o quitarla. Cosa que no llegó a ocurrir porque a él le era fácil, en virtud del cometido que en el edificio desempeñaba. Eso es casi todo, míster Hom.

—¿Casi todo? —preguntó intrigado Jimmy—. ¿Qué quiere decir?

—Pues... que ese hombre de la limpieza, llamado Walter Cooch, se ha esfumado con el aparatito fotográfico y su carrete. —Explíquese— dijo impaciente Jimmy. —Cooch tenía que haber ido a casa de uno de nuestros agentes a entregar la máquina y no acudió. Al principio pensamos que había surgido algún contratiempo. Por eso nos mostramos anoche reservados con usted, respecto a este asunto. Pero después que se vino al hotel recibimos otra llamada del agente. Nos dijo que Cooch le había telefonado diciendo que el carrete lo había revelado en el laboratorio de un amigo y que estaba conforme a nuestros deseos. Que le diésemos medio millón de dólares y lo tendríamos. La respuesta la tenemos que insertar en los anuncios por palabras del «Star», en el plazo de tres días a partir de hoy. En caso afirmativo, nos volverá a llamar por teléfono para indicarnos el lugar donde se ha de hacer efectiva la cantidad y la entrega de la máquina con el carrete.

Dieron unos golpes en la puerta.

—¿Qué hay? —inquirió Jimmy.

Apareció el rostro regordete de Jeremías.

—¿Ha terminado el señor de desayunar?

—Sí, puede retirar el servicio.

Jeremías empezó a maniobrar con la mesita.

—¿Y qué tal el invierno en Cincinati, míster Hom? —preguntó

con interés Olivia.

—Regular nada más. Han caído unas cuantas granizadas que nos han estropeado la mitad de las cosechas —repuso Cronin.

Jeremías desapareció, cerrando tras él la puerta.

Durante unos segundos guardaron silencio. Jimmy se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

—La cosa está clara —dijo, deteniéndose—. No hay más remedio que darle a ese Coock su medio millón de dólares. Es una lástima que nos cueste tanto, pero el objeto los vale. —No tenemos a mano esa cantidad.

—Pues tendrán que sacarla de donde sea. Yo no puedo marchar sin ese carrete. Olivia encendió otro cigarrillo.

—Desde luego, podemos conseguir el medio millón, pero no aquí. Se tendría que trasladar alguien a Washington.

—¿Quién es el que tiene que dar el medio millón?

—No lo sé. Míster Joyce es el único que está relacionado con él. Nunca ha consentido que sepamos su identidad.

—Está bien. Váyase y dígame a míster Joyce que se ponga en camino. Y haga insertar en ese periódico nuestra conformidad a la propuesta de Coock.

Olivia se incorporó.

—¿Cuándo le veré a usted, míster Hom? Jimmy se acercó a ella.

—Si me dice dónde se aloja... a lo mejor tengo un rato libre y voy a hacerle compañía.

—¿La desea?

La respuesta de Jimmy fue rodearla con un brazo por el talle y atraerla hacia él, besándola en los labios. Siete segundos después, retiró dos centímetros su boca de la de ella y dijo:

—Sí, deseo su compañía.

Y volvió a besarla. Esta vez fueron nueve segundos. Olivia se puso el abrigo y se marchó.

Cronin salió de su habitación. Tenía que equiparse en la casa que le había indicado Jeremías.

Descendió en el ascensor y atravesaba el vestíbulo cuando a sus oídos llegó el sonido cantarino de una coctelera. Dirigió su vista a la izquierda, descubriendo el bar del hotel que la noche anterior, con tantas emociones y con los deseos de atiborrar el estómago, le había pasado desapercibido. No estaría mal que se animase con un *whisky*

doble. Después de todo, para lo que iba a vivir, a juzgar por el lío donde se había metido...

Se sentó sobre un taburete y pidió lo que había pensado. Mientras lo servían encendió un cigarrillo. El ruido de un taburete al ser movido desvió sus ojos hacia la derecha. Quedó perplejo. Un monumento de mujer estaba acodada sobre la mesa a menos de dos metros de él. Había creído que Olivia era única, pero allí estaba aquella morena para darle la réplica. Vestía un traje chaqueta y tenía sobre su cabecita un cucurucho. Su belleza de rostro y de formas, era realmente impresionante y tenía su contrapunto en el extremo de la nariz respingona. Pensó inmediatamente en que Olivia y aquella mujer eran completamente distintas. Olivia era una aventurera cargada de hipocresía, una hembra dispuesta a todo antes que renunciar a sus bajos instintos. Y aquella otra criatura, estaba rodeada de una aureola de dulzura, de candor. Sí, sólo le faltaban un par de alas para ser un angelito.

Oyó unos pasos fuertes que se acercaban. Un hombre de estatura media se detuvo detrás de la preciosa chiquilla. Puso su mano sobre el brazo izquierdo de ella y le hizo dar media vuelta violentamente. La chica estuvo a punto de perder el equilibrio y el «Martini» salió disparado por encima de la cabeza de Jimmy.

—¿Con quién te crees que estás tratando? —gritó groseramente el hombre—. Por Dios, Peter. Que no estamos solos —susurró débilmente la mujer.

—¡Estoy harto de tus estupideces!

Jimmy sintió hervir la sangre en sus venas.

—¡Vamos a terminar como querías! —siguió gritando el hombre—. ¡Y éste es el punto final!

Al mismo tiempo, propinó una estentórea bofetada en el rostro de la chica.

Jimmy saltó del taburete como impulsado por un resorte. Antes de que el otro tuviese tiempo de percatarse de lo que se le venía encima, el puño de Cronin se estrelló con fuerza en su mandíbula.

Salió despedido dando traspiés hasta caer sobre el suelo, donde quedó exánime. La chica, de pie al lado de Cronin, contempló el cuerpo y el rostro de su salvador. —¡Oh! ¡Oooh!— murmuró en un quejido, y echó a correr hacia la salida del hotel. Cronin arrojó un par de billetes sobre el mostrador, ante la sorpresa de los que

habían presenciado el incidente y salió, también corriendo, en pos de la ultrajada criatura.

La espléndida mujer estaba junto a la puerta giratoria, en la acera, con las manos en el rostro. En sus ojos aparecían las lágrimas y no cesaba de decir: «¡Oh, oooh!». —Venga conmigo. Debe calmarse— dijo Jimmy tomándola del brazo y acercándola al bordillo de la acera. Hizo una señal a un taxi y unos segundos más tarde, éste arrancó transportando a los dos.

La chica se echó a llorar desconsoladamente. Era una de las cosas que mejor sabía hacer Linda Donovan. El coronel Smith le había dicho varias veces que, si algún día se cansaba de ser Agente Auxiliar Femenino del

F. B. I.,

su carrera estaba en las tablas.

Jimmy, pasó el brazo por encima de sus hombros en un gesto que supuso juzgaría ella paternal. Y no se equivocó, porque la chica apoyó confiadamente su hermosa cabecita.

—Es un bruto, es un bruto..., eso es lo que es —dijo continuando con sus sollozos. El conductor del taxi, un hombre con muchas espaldas y nariz achatada por unos cuantos centenares de puñetazos disparados en el *ring*, echó una mirada preocupada a sus pasajeros.

—Vamos, vamos, ahora no tiene que temer nada. Está al lado de un amigo que la protegerá —dijo Cronin.

La muchacha sacó un pañuelo del bolso y aplicó una de las puntas a sus ojos, suspirando acompasadamente.

—¡Qué desgraciada soy!... ¡Y ahora estoy sola en esta terrible ciudad!

El corazón de Jimmy aceleró su marcha. El taxista volvió la cabeza, dirigiéndole una mirada interrogante.

—No diga eso, criatura —dijo con vehemencia Cronin—. No estará sola. Yo soy un amigo. No estará sola.

La chica se fue calmando, pero Jimmy continuo apretándola contra sí. De pronto, ella pareció recobrar el conocimiento, hizo un movimiento brusco y gritó:

—¿A dónde me lleva?

Jimmy quedó perplejo unos segundos, reaccionó y exclamó dirigiéndose al chófer:

—¿A dónde nos lleva?

El conductor pisó el freno, deteniendo el coche. Se volvió con gesto cansado y preguntó, chasqueando la lengua:

—¿A dónde vamos?

—Sí, es verdad. ¿Tiene predilección por algún sitio, señorita?

—No, no me importa. Pero que no sea un sitio malo. Ya me entiende.

—Sí, sí, claro —repuso Cronin, observando los movimientos de asentimiento que hacía con la cabeza el exboxeador—. Llévenos entonces al bar... «Durban». Calle 77.

Fue la primera dirección que se le ocurrió a Cronin, porque tenía sobrados motivos para no olvidarla.

El taxi se puso de nuevo en marcha. La chica guardó el pañuelo en el bolso y sacó un espejito y una polvera, iniciando un somero maquillaje.

Cuando consideró que su belleza estaba convenientemente retocada se volvió hacia Cronin, iniciando una dulce sonrisa.

—Debe creer que estoy loca, ¿verdad?

—En absoluto, señorita. La escena en el «Carlton» no ha sido agradable para usted..., ni para mí. —Le doy las gracias por su oportuna intervención. Hombres como usted van quedando pocos en el mundo.

—No ha tenido importancia. Olvídelo.

—Mi nombre es Betty Adams.

—El mío..., el mío Hom, Lewis Hom.

El conductor silbó por lo bajo los compases conocidos de la Marcha Nupcial, de Mendelshon.

—¿Qué era ese hombre para usted? —preguntó Jimmy.

—Mi prometido.

—¿Su prometido? Caramba, pues ha tenido suerte en que se haya exteriorizado antes de casarse.

Betty Adams guardó silencio.

—¿Y por qué dijo que estaba sola en esta terrible ciudad?

—Ha sido mi estado de ánimo. Trabajo en una Editorial de secretaria. Es que Peter ha sido el primer amor de mi vida. Y el último. Nos conocimos de chiquitines y ya sabe lo que pasa. Nos tomamos cariño y siempre íbamos juntos a todas partes. Yo era su mascota. Conforme fuimos creciendo, los lazos se fueron

estrechando. Él está colocado en una compañía de Bienes Raíces.

Pensábamos casarnos en la próxima primavera... y ahora todo ha terminado.

—No se aflija. Un hombre que pega a una mujer merece la silla eléctrica —dijo Cronin inhalando el humo del cigarrillo.

El taxi se detuvo y el exboxeador saltó a tierra abriendo la portezuela.

Betty se dirigió hacia la entrada del «Durban», mientras Jimmy preguntaba al taxista:

—¿Qué le debo?

Pero los ojos del conductor se habían clavado en las pantorrillas de su pasajera y estaba abstraído.

—Ah, sí..., cuarenta y cinco centavos... —dijo, levantando la mano, abriéndola y desviando de nuevo su mirada hacia las piernas de la tal Betty.

Jimmy separó un billete de dólar y se lo dejó en la mano al otro, dando media vuelta y dirigiéndose hacia su nueva amiga. Tomó a esta del brazo y cuando trasponía el umbral del «Durban», giró la cabeza hacia el taxista. Continuaba detenido, con la mano extendida, observando a Betty y con la boca abierta, Jimmy no resistió la tentación de guiñarle un ojo.

No fue menor el asombro del mozo que le sirvió la tarde anterior. Se sentaron en una mesa y un camarero acudió enseguida.

—¿Whisky? —preguntó Jimmy a Betty.

—Bien.

—Dos *whiskies*. El mío doble.

El camarero se retiró para cumplimentar la orden.

—¿Qué va a hacer esta tarde? ¿Seguir pensando en su Peter? —preguntó Cronin—. No. ¿Por qué lo dice?

—Podíamos merendar juntos y luego ir a una sesión de cine o de teatro o a bailar. —No sé si debo.

—Déjese de tonterías. Le interesa divertirse, para olvidar a ese zascandil. Le prometo que conmigo lo conseguirá.

—De acuerdo. Pero ahora tengo que marcharme. Aún no me he presentado esta mañana en la oficina —dijo ella levantándose.

Jimmy se incorporó, y dejó un billete sobre la mesa.

—¿Quiere que la acompañe? —preguntó a Betty cuando estuvieron en la calle—. No, gracias. Llame a las cuatro a la

Editorial Colman —dijo ella haciendo una señal a un taxi.

El coche se alejó y Cronin tomó otro taxi, dando la dirección del «Carlton». Cuando llegó, entró en el hotel y se detuvo en la Conserjería, preguntando si había algún recado para él. Le dieron una respuesta negativa. Salió otra vez dirigiéndose hacia la casa de confecciones que Jeremías, el camarero del «Carlton» le había indicado.

Adquirió un traje de lana, Príncipe Alberto, que venía a la medida, un par de zapatos color marrón, calcetines y ropa interior. Se cambió allí mismo y con el paquete de todo lo viejo se encaminó, una vez más, hacia el hotel.

Subió en el ascensor y recorrió el pasillo que conducía a su aposento, silbando una canzoneta napolitana.

Penetró en su cuarto y cerró la puerta atrás él. No dio ningún paso más. Allí se quedó detenido.

Sentado en una silla, frente a la misma puerta, había un hombre, de rostro anguloso y mirada fría. Tenía la frente rodeada por una venda y sobre su cabeza destacaba, junto a la blancura de la venda, un flexible negro. En su mano derecha brillaba una pistola automática. —¿Quién es usted?— preguntó Jimmy.

—Míster Lewis Hom, de Cincinati —dijo el otro con voz ronca.

CAPÍTULO VI

El silencio en que habían quedado sumidos se hacía más pesado al llegar, a través de la ventana, el ruido de la circulación por la calle.

El hombre del flexible negro se levantó sin dejar de apuntar con su pistola el pecho de Jimmy.

—Arroje ese paquete a la silla —ordenó. Cronin obedeció—. Ahora vuélvase de espaldas, con las manos bien altas.

Jimmy se enfrentó con la puerta y a continuación el verdadero agente F X 3 lo cacheó concienzudamente.

—Ya puede mirarme. Cronin giró otra vez.

—Es usted bastante ingenuo al no llevar ninguna arma. ¿Cree que esto iba a durar mucho tiempo?

—No sé de qué está hablando —dijo Jimmy.

—¿No? Pues es mal comienzo. Me gusta que la gente me comprenda. Me irritan las personas torpes. Pero no es una de ellas, ¿verdad?

Cronin guardó silencio.

El agente F X 3 sonrió, dio dos pasos hacia atrás y lo intentó de nuevo.

—No, no es torpe. Ha demostrado mucha inteligencia. Y sobre todo valor, un valor que me inquieta. Confieso que tenía una pobre idea del Servicio Americano de Contraespionaje. Una verdadera calamidad. Burlarlo, siempre ha sido para mí un juego de niños. Y usted lo ha revalorizado ante mis ojos.

Debo tenerlo en cuenta para lo sucesivo.

¡Ah!... Puede bajar las manos.

Mientras Jimmy descansaba los brazos, el agente F X 3 sacó un paquete de cigarrillos turcos con su mano libre. Se puso uno en los labios, guardó el paquete y luego encendió.

—Y ahora vamos a hablar usted y yo.

¿Espera a alguien? Cronin mantuvo su mutismo.

El hombre de la venda inhaló del cigarrillo y sonrió mientras lanzaba una bocanada de humo. Sin dejar de mirar a los ojos de Jimmy, se levantó, se acercó a él y con rapidez meteórica descargó un culatazo en su rostro.

Jimmy se estrelló contra la pared cercana y cayó en el suelo. Durante unos segundos le pareció ver que la habitación se ensanchaba y contraía como si fuese de goma. Los muebles parecían envueltos en nubes esponjosas. Movi6 la cabeza de un lado a otro, para no perder el conocimiento. Sintió entonces un tremendo dolor en la mejilla derecha, junto a la boca. Tuvo la sensación de que le sacaban las muelas con una palanqueta. Algo caliente le corría por la barbilla. Una gota cayó sobre su mano. La miró. Era sangre. Un pequeño circulito rojo. Un par de gotas más cayeron sobre la manga de su flamante Príncipe de Gales. Una mano que no era suya hurgó en los bolsillos de la chaqueta. Oyó pasos que se alejaban y más tarde el ruido característico de la cerradura cuando se echa la llave. Tuvo la esperanza de que el hombre de la venda se hubiese marchado dejándolo encerrado. Ya saldría de cualquier forma. Pero cuando levantó la cabeza le vio la misma sonrisa despiadada con que se había acercado a él antes de golpearle.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó, siguiendo apuntándole con la pistola. Jimmy se incorporó dando traspiés.

—No haga diabluras, yanqui. No me gustaría echarle a perder ese traje nuevo. Cronin sacó el pañuelo y lo aplicó a la boca, de donde le manaba la sangre. —Quiero ser el primero en olvidar este incidente— siguió hablando el agente F X 3 —No sabe cuánto me gusta guardar las debidas composturas cuando visito una nación. Y en este caso mi deseo se acrecienta por tratarse de su admirable país, el pilar de la democracia.

Jimmy consideró, mientras restañaba la sangre, que se encontraba ante un hombre inteligente que sabía su oficio, pero que tenía un grave defecto. Su petulancia. Se recreaba hablando. Probablemente estaría maravillado de su propio cerebro y de su audacia. Un completo egoísta, sin el menor sentimiento humano para sus semejantes. Puede que ganase tiempo si enfocaba la cuestión desde un punto de vista que permitiese al otro seguir

fanfarroneando. Probó suerte. —¿Puede decirme cómo ha dado conmigo?— preguntó aparentando interés. El agente F X 3 arrojó la colilla del cigarrillo al suelo y la aplastó con el pie.

—Ha sido más fácil de lo que había supuesto. Por lo visto, ustedes me esperaban en el bar «Durban» para detenerme... o, mejor, para seguirme, dándome cuerda, como ustedes dicen. Sí, tenían la esperanza de que yo les fuese descubriendo nuestra red de espionaje para, en el momento oportuno, practicar una serie de detenciones que hubiera colmado de honores al

F. B. I.

Un éxito sensacional que hubiera hecho conmover al mundo. Por ello, debió ser, paradójicamente, una contrariedad para ustedes el choque del taxi que me transportaba a la calle 77. Todo el plan, tan minuciosamente trazado, se vino abajo en un instante. Mi incomparecencia en el «Durban» llevaría aparejada una serie de inconvenientes que debió decidirles a pensar en algo sustitutivo. Y llegaron a la conclusión de que un abnegado y valeroso agente, usted, acudiese a la cita tomando mi identidad. Aumentaba el peligro, pero también serían más interesantes los resultados. Como siempre ocurre, cometieron un error. Dejaron que me llevasen a curar a una clínica particular y creyeron a pies juntillas el parte facultativo, según el cual era imposible que saliese a la calle en un plazo mínimo de tres días por la intensa conmoción cerebral sufrida y la pérdida de sangre. El médico se equivocó. Afortunadamente, tengo una naturaleza fuerte y estoy acostumbrado a pasar por situaciones bastante más difíciles que la de convalecer de un simple golpe incidental. Como resultado de dar fe a ese parte, no extremaron la vigilancia y esta mañana he podido escapar de la clínica con toda comodidad. Y cometerían un segundo error si pensasen que yo libre, no tendría otra aspiración que la de huir de su país. Sí, se equivocarían si eso pensasen. Yo he venido a cumplir una misión y ese hecho no ha variado a pesar de tener al

F. B. I.

tras mis talones. He luchado contra departamentos policíacos de diversas naciones y he salido triunfante. No quiero que ustedes sean la excepción. El agente F X 3 descansó de hablar unos segundos. Jimmy Cronin mantenía su mirada fija en los ojos que tenía frente a sí. Procurando aparentar en su rostro el asombro admirativo que le

producían las palabras que estaba escuchando. —Aún no me ha dicho cómo dio conmigo— insinuó.

—A eso llego ahora. Escapé de la clínica y me encaminé al «Durban». Era la única dirección que tenía. Estuve más de quince minutos observando, sin saber qué plan poner en práctica para ponerme en contacto con los míos. No tenía más remedio que preguntar a alguno de los mozos si había reparado en usted o en el hombre del esparadrapo, la noche anterior. Cuando estaba decidido a iniciar la investigación en ese sentido, uno de los barmans se acercó a donde yo estaba con otros clientes y nos dijo que reparásemos en usted y en la mujer que tenía al lado. Soltó la espita y contó lo ocurrido ayer. Luego todo fue sencillo. Le seguí hasta el hotel, lo vi meterse en el almacén de ropas y, supuse que vendría aquí, una vez efectuada la compra. Pregunté por su habitación, subí y abrí con una llave maestra. Eso es todo.

—Ha tenido usted un poco de suertecilla —dijo Jimmy.

—No puedo decir lo mismo de usted. Se le acabó la racha.

Cronin sonrió. Tenía que sacar partido del equívoco en que se encontraba el agente F X 3 al creerlo del

F. B. I.

—¿Se da cuenta de que si me elimina no se hallará en un lecho de rosas precisamente? Hay otros agentes que están atentos a mis movimientos. Me parece raro ya que no se haya presentado alguno.

El agente F X 3 señaló la puerta con la pistola.

—Si esa puerta se abriese desde fuera, no encontrarían más que un cadáver.

Puede tenerlo por seguro.

Si algo tiene que pedir al cielo, ruegue que no se dejen caer por aquí ninguno de sus amigos.

Jimmy apretó los labios y se maldijo a sí mismo. Había obrado como un estúpido creyendo que él solo podía contra toda una banda de espías de la peor calaña. Lamentó no haber puesto en conocimiento del

F. B. I.

lo que se tramaba o lo que había descubierto, en cuanto salió del garaje Lieverman la noche anterior. ¿Qué pasaría si a él lo quitaban de en medio? La respuesta era simple, pensó. Que conseguirían el plano y el agente F X 3 se marcharía con él hacia Europa más

petulante que nunca.

—¿Qué le parece si ahora me cuenta su actuación? —dijo su contrincante—. Espero que no me hará poner nervioso y le recuerdo que llevo cerca de diecisiete horas de retraso en mi trabajo. Usted me va a poner al corriente de todo lo que yo debería haber hecho, que será, poco más o menos, lo que habrá hecho usted.

—Bien, creo que no tengo otra alternativa —dijo Cronin.

—Exacto. O hablar o... esto —murmuró el hombre del flexible dirigiendo una mirada rápida a la pistola.

Jimmy levantó los hombros, como convencido. La única perspectiva que tenía era la de abalanzarse sobre el agente F X 3 y tratar de desarmarlo. No era optimista. Sabía que tenía todas las probabilidades en contra.

—Voy a contarte lo sucedido. Después de todo, lo importante es salvar el pellejo. El agente F X 3 sonrió complacido. Jimmy pasó las palmas de las manos por su pantalón para tomar impulso. Respiró hondamente hasta llenar sus pulmones de aire.

¡Adiós América!, gritó interiormente.

En aquel instante, un segundo antes de que Jimmy fuese a iniciar su mortal salto, empezó a repiquetear el teléfono.

Los dos hombres quedaron igualmente sorprendidos.

Así lo denotaban sus rostros.

El hombre de la venda en la cabeza fue el primero en reaccionar.

—¡Coja el teléfono! —ordenó con energía, apretando con más fuerza la culata de la pistola.

Cronin echó a andar lentamente. El timbre seguía sonando con sus peculiares intervalos.

—¡Estoy apuntándole, yanqui! ¡A la menor palabra que me resulte sospechosa le vacío el cargador en el cuerpo!

Jimmy descolgó el auricular y, sin dejar de mirar al agente F X 3 que estaba a dos pasos de él, fue acercándose al oído. Tragó saliva.

—Dígame.

—¿Es usted, querido?

—Sí, jefe.

—¿No reconoce mi voz? Soy Olivia. No tiene por qué asustarse. Le llamo para decirle que mister Joyce ha salido para Washington. Creo que estará de vuelta esta madrugada. En la edición de la tarde

del «Star» saldrá, en la sección de asuntos personales, nuestra conformidad al precio puesto por Walter Coock. Danilo parece un león enjaulado. No cesa de maldecir a Coock y de jurar que en cuanto le ponga la mano encima lo enviará al infierno. No me gusta la jugarreta de ese cerdo, pero tampoco me agrada la actitud de Danilo. Es un montón de kilos de carne sin células grises y temo sus reacciones. Sería conveniente que usted hablase con él y lo metiese en cintura.

—Bien, bien —afirmó Jimmy.

—Eso es todo lo referente al asunto.

—Bien, bien.

—Oiga, ¿es que no sabe decir otra cosa que bien, bien?

—Bueno, bueno.

La carcajada de Olivia cosquilleó en el oído de Jimmy. El agente F X 3 permanecía mirándole fijamente mientras tenía los músculos de su rostro y cuello en tensión. Jimmy oyó cómo colgaban al otro extremo. Con toda la rapidez que pudo, golpeó con el auricular la pistola que esgrimía el agente F X 3. Éste, cogido de sorpresa, no pudo sostener la embestida. El arma cayó sobre la alfombra. El puño izquierdo de Jimmy no permaneció ocioso. Se hundió en el hígado del otro. Éste se dobló de un lado, agarrándose a ciegas del cuerpo de Jimmy y le metió la rodilla en el estómago. Cronin se arqueó intentando respirar y entonces recibió una serie de puñetazos en la cara y pecho. Fue dando traspiés hasta la pared. Cuando su contrincante se le echaba encima para rematarlo, le disparó su puño derecho en el plexo solar. El agente F X 3 cayó hacia atrás arrastrando una silla a su paso. Jimmy se apoyó sobre el muro, descansando unos segundos. No imaginaba que su rival fuese tan rápido. Ya estaba de pie lanzándole la silla. Se agachó y fue a estrellarse contra la pared, haciéndose astillas. Falló lamentablemente un izquierdazo, por la hábil esquivas del F X 3 y, a cambio, recibió un directo en la mejilla herida y otros golpes en el pecho. El dolor lo encorajinó. Recordó sus enseñanzas en los comandos y, aprovechando el cuerpo a cuerpo, ensayó un gancho con la derecha. El chasquido de la mandíbula de su enemigo le anunció el éxito. No le dio cuartel. Lanzó una serie en corto, alcanzándole varios puñetazos en la cara. Notó que sus manos estaban manchadas de la sangre que al otro le manaba por la

comisura de los labios. Pero no era enemigo fácil. Se dejó caer al suelo y estirando las piernas aprisionó con ellas, en una llave, los tobillos de Jimmy, arrastrándole en su caída. Cronin pensó que aquello ya no era boxeo; era lucha libre. Uno de los zapatos del agente F X 3, aplastó su nariz. No pudo evitar un quejido de dolor, revolviéndose como si le hubiesen puesto en contacto con una corriente eléctrica. Recorrió varios metros dando vueltas, se detuvo y se levantó rápidamente. Su rival ya estaba también incorporado, respirando con fatiga. El traje Príncipe de Gales, estaba marcado con grandes manchas rojas. Sangre suya y del agente. Éste avanzó con los brazos caídos. Jimmy esperó hasta tenerlo encima. No podía más.

Había estado casi tres días sin comer y el haberse atiborrado el estómago unas horas antes, aumentaba su hándicap. Esquivó como pudo dos golpes de su rival y, a renglón seguido, lanzó un puñetazo ciego. Un puñetazo en el que reunió las pocas energías que le quedaban. Vio como el otro se desplomaba fulminantemente. Quedó quieto, en el suelo, con los ojos cerrados y los brazos en cruz.

Jimmy sonrió, mientras se pasaba el brazo por el rostro, secándose la sangre y el sudor. Dando traspiés se dirigió a la habitación vecina, el dormitorio. Sacó una sábana de la cama y volvió con ella al saloncito donde se había desarrollado la lucha. Hizo la sábana a tiras y ató las manos y los pies de su enemigo.

Lo arrastró de las piernas, hasta el cuarto de baño, dejándolo en un rincón. Se desnudó, entró en el cuartito de la ducha y sintió la caricia confortante y fresca del agua. Cuando salió, el agente F X 3 lo miraba con ojos rabiosos.

—Me veo obligado a amordazarle. Si promete ser bueno, pronto se verá libre..., para entrar en una cárcel.

Después de amordazarlo lo cogió por debajo de los hombros, levantándolo, y lo metió dentro de la bañera.

—Ahí estará mejor. Hasta puede dormir.

Pasó al salón y limpió todo vestigio de lucha, guardando los restos de la silla en la misma habitación donde se encontraba, fuera de la circulación, el agente F X 3. Guardó la pistola en el bolsillo interior de su chaqueta, después de asegurarse de que tenía el cargador intacto.

Tomó el teléfono.

—Oiga, señorita. ¿Quiere ponerme con los Almacenes Drogo?

—...

—¿Almacenes Drogo? Soy el hombre que hace un rato adquirió un traje.

Príncipe de Gales y otras cosas, ¿me recuerda?, bien... quisiera que enviasen a la habitación 232 del «Carlton» otro traje de la misma talla... Sí, mi nombre es Lewis Hom. Sí, en seguida... ¡Ah!, mande también un par de camisas y un par de corbatas, se me olvidaron antes. Las camisas del número treinta y nueve.

Jimmy colgó. Encendió un cigarrillo mientras esperaba. Llamaron a la puerta. Era el enviado de los Almacenes Drogo. Cogió el paquete y pagó el importe.

Cambió su vestimenta en cinco minutos. El nuevo traje era también a cuadros, pero de color marrón.

Abandonó la habitación y pasó de largo por el bar. Tomó un taxi y dio la dirección de Olivia. El edificio donde ésta se alojaba estaba enclavado en un lugar tranquilo, de poco tránsito.

Subió en el ascensor ordenando su detención en el cuarto piso. Pulsó el timbre del apartamento 74.

Abrió la puerta Olivia. Más hermosa que nunca. Cubría su cuerpo con un batín rojo acolchado. Sonreía mientras sostenía abierta la puerta. En su mano izquierda humeaba un cigarrillo.

—Pase —dijo.

Jimmy había pensado en la primera escena durante el viaje en el taxi. Entró, arrojó el sombrero y el abrigo sobre la primera silla que vio y cuando Olivia se dirigía, de espaldas a él, hacia el centro de la habitación, pasó su brazo por la cintura y la atrajo con violencia.

Antes de que la mujer pudiese darse cuenta, tenía sobre su boca la de Jimmy. Éste hizo todo lo posible porque el beso fuese apasionado. Cuando separó sus labios, Olivia respiró con dificultad.

—¿Dónde le enseñaron? —preguntó ella con sonrisa picaresca.

—Lo patenté en un país centroeuropeo.

—Pues es lástima que los expenda al por menor... me ha gustado.

Sus labios volvieron a juntarse. El cigarrillo de Olivia se desprendió de sus dedos, cayendo sobre la alfombra.

Pasó sus brazos por el cuello de Jimmy. Fue él el que se separó.

—¡Caramba! No querrás que ardamos vivos —dijo agachándose

y recogiendo el cigarrillo.

Se adelantó y lo depositó en el cenicero que había sobre una mesita.

La habitación no era muy amplia, pero se había aprovechado hasta el máximo sus posibilidades. Tres sillones, un diván, una mesa, cuatro sillas, un mueble bar, y sobre las paredes unos cuantos cuadros de flores. Había una puerta que conducía al interior.

—Tienes un pisito muy mono, Olivia —dijo Jimmy echándole una mirada al cuarto—. ¿Te gusta?

—A tono con tu belleza.

Olivia sonrió mientras tomaba asiento en el diván.

—Creí que no llegaría nunca.

—¿Qué? —preguntó Cronin sentándose a su lado.

—Que nos llegásemos a tutear. Pareces tan arisco a veces...

—Es muy grande mi responsabilidad para no darme cuenta de que entre el amor y el trabajo debe existir siempre una separación —dijo solemnemente.

—Ajá.

—Hay momentos en los que pienso que pudiera fracasar en la delicada misión que se me ha confiado. Y eso es lo que me hace... arisco, como tú dices.

—¿No te sientas? —preguntó la mujer con seriedad. Cronin tosió.

—¿No vendrá nadie?

Olivia movió la cabeza de derecha a izquierda. Jimmy se sentó junto a ella. —Lamento tener que tocar este asunto ahora, pero es muy importante— dijo. Olivia hizo un mohín de disgusto.

—¿Más trabajo?

—Sí, y créeme que hay momentos en que lo odio. Momentos... como éste.

—Está bien, genio. Terminemos cuanto antes. ¿Es referente a lo de Coock? —No, eso ya está claro. Es respecto a la organización en los Estados Unidos—. Oh..., ya salió lo de la inspección.

—¿Lo Sabes? —preguntó Jimmy.

—Nos imaginamos que el Alto Mando aprovecharía tu viaje para encargarte nos echases un vistazo. Y no sabes cómo temen ese trabajo los muchachos. —Si cumplen con su deber no tienen por qué temer. Bueno, ¿qué hay?

—Pues, aunque sea inmodestia, creo que la organización en los Estados Unidos no tiene precedente en la historia del espionaje —dijo Olivia.

—Eso lo juzgaré yo.

—Bien, júzgalo. Nuestra red se extiende por todo el país y comprende políticos, industriales, comerciantes, artistas y un sinfín de individuos que escapan a toda clasificación. Naturalmente, estos últimos hacen de peones y no tienen la menor relación con los jefes. Es una organización completamente diferente a la que pueda existir en cualquier país. Muchas de esas personas no participan de nuestra ideología y sin embargo nos prestan servicios inestimables por rencillas de carácter personal, por dinero, o por simple vanidad. Una vez nos han confiado su secreto o efectuado su trabajo, desaparecen del mapa para nosotros. Claro que hay quienes continuamente están a nuestro lado. Pero son los menos. Ellos forman el Estado Mayor propiamente dicho. Los Joyce, Cunigam, Danilo, etc., son los miembros activos.

—Necesito los nombres de éstos —dijo Jimmy con firmeza. Olivia pareció asombrada.

—¿Nombres? Hasta ahora el Alto Mando solo pedía resultados. Uno de sus principios era el de que prefería ignorar nombres. ¿Es por los últimos descubrimientos del F. B. I.?

Cronin se agarró al clavo ardiendo.

—Exacto. El Alto Mando está alarmado. Los procesos contra algunos de nuestros miembros relacionados precisamente con la energía atómica, les ha hecho pensar que deben abandonar esa posición de ignorar identidades. Es preciso fiscalizar y eliminar aquellos elementos que puedan constituir un peligro para nosotros, no obstante estar de nuestro lado. Antes de emprender el viaje me recomendaron tuviese mano dura.

—Bien, de acuerdo. Pero no soy yo quien te puede complacer. Míster Joyce guarda una agenda en la que constan todos los nombres de los miembros activos. Ahora que, no veo la posibilidad de que puedas realizar esa labor que dices. Tendrías que pasar más de un mes en los Estados Unidos viajando de un lado para otro. Hay productores, técnicos y artistas de Hollywood, dueños de garitos en Chicago, industriales en Detroit, funcionarios en Washington,

comerciantes en Virginia, ganaderos en Texas...

—No sigas, no se trata de mí. La lista será estudiada por el Alto Mando y él ordenará la investigación de cada una de las personas que constituya un peligro mantenerla en la organización.

—Bueno. Así se lo comunicaré a míster Joyce mañana. ¿O prefieres decírselo tú? —No, mejor que lo hagas tú— replicó Jimmy con indiferencia. —¿Se terminó el trabajo?— preguntó Olivia.

La contestación de él fue besarla en los labios. Mientras lo hacía, zumbó el timbre de la puerta. Jimmy se separó bruscamente y Olivia hizo un gesto de contrariedad.

—¿Quién será ese aguafiestas? ¿Quieres abrir?

Cronin se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando la abrió, contempló la carne de Danilo embutida en un abrigo azul. Detrás de él había dos hombres cuya condición saltaba a la vista. Guardaespaldas. Uno de ellos bizqueaba del ojo derecho y tenía una boca grande como un buzón. El otro era un barril, su barbilla desaparecía en una papada vacilante y sus ojos denotaban la indiferencia que le producía cuanto le rodeaba.

—¿Se puede pasar? —preguntó Danilo.

—¡Claro que se puede pasar! —dijo Cronin, a quien la llegada del trío le había librado de una escena que se le presentaba difícil de resolver—. ¡Adelante, muchachos! —asintió Danilo. Cronin cerró la puerta.

—Hola, preciosa —dijo Danilo echándole una mirada ardiente a Olivia.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas? —preguntó la mujer—. Creí que estabas en el gimnasio.

—Iba de paso y río he querido perderme la oportunidad de beber un *whisky* contigo. —Ya te he dicho que no te quiero ver por aquí. ¿Cómo quieres que te lo diga?—. No hace falta que te pongas así. Ese Coock ha logrado ponerme nervioso. Me repugna la traición. Pero no vivirá mucho tiempo, ¡te quiero!

Olivia miró a Cronin significativamente.

—No eres tú quien ha de decidir lo que se ha de hacer.

—El que yo despache a ese escorpión no tiene que ver con el asunto principal una vez tengamos el carrete. Ni creo que le importe a nadie. Es cuestión personal. —Aquí no hay nada personal —intervino Jimmy— usted se estará quieto y hará lo que le

manden.

—¿Sí?

—Sí. ¿Quiere echar a la policía de la ciudad contra nosotros por un estúpido asesinato? Usted aténgase a las órdenes, que hay otros que piensan por usted. El rostro de Danilo se tornó rojo. Echó una mirada a sus guardaespaldas, que contemplaban la escena esperando el final. Y Danilo pensó que si el final eran aquellas palabras del agente F X 3, su autoridad se relajaría. No tardarían en enterarse los demás muchachos en cuanto aquéllos diesen el soplo. No, no podía consentir aquella humillación ante los que él humillaba.

—Cuando yo liquide a Coock, la Brigada de Homicidios no tendrá el menor rastro para investigar —dijo con voz ronca.

—Usted no liquidará a nadie —recalcó Jimmy.

Danilo distendió los labios en una sonrisa.

—¿Quién lo va a impedir?

La mano derecha de Cronin abofeteó por dos veces el rostro de Danilo. Éste dio dos pasos vacilantes y echó mano a la sobaquera. Pero cuando rozó la culata de su pistola, Jimmy lo apuntaba con la suya. Los guardaespaldas permanecían sin intervenir.

—¿Qué estáis esperando para coserle a tiros, par de imbéciles? —gritó furioso el contrabandista.

—Los muchachos tienen la cabeza en su sitio, Danilo —dijo Jimmy muy sonriente. Los muchachos no pudieron menos que sentirse halagados, al mismo tiempo que, interiormente, se relamían por la escena que habían presenciado.

—Ahora se va a marchar y va a seguir siendo un buen chico. Danilo apretó los labios con rabia.

—¡Vamos! —ordenó.

Salió de la habitación dando grandes zancadas, seguido por la pareja de buitres. —¿Te has dado cuenta de lo que has hecho?— preguntó Olivia cuando estuvieron solos.

—¿Qué es?

—Has conseguido crearte el peor enemigo.

—¿Danilo?

—No tiene seso, pero su rencor es eterno. No desaparece ni cuando ha tomado cumplida venganza de quien lo ha ocasionado. Deberás tener cuidado con él. —Estoy acostumbrado a los peligros.

No me asusta uno más— dijo Jimmy tomando su sombrero.

—¿Te vas? —preguntó sorprendida Olivia.

—No podría quedarme después de lo que ha pasado. Y, además, quiero redactar un informe.

Olivia fue hasta él y pasó sus manos por los hombros.

—¿Hasta cuándo?

—Vendré en cuanto tenga otro rato libre. El último beso lo dio ella.

Jimmy fue andando hasta encontrar un bar. Entró en la cabina telefónica, buscó el número de la Editorial Colman y lo marcó. Un minuto después llegó a sus oídos la voz dulce de la angelical Betty.

—Creí que se olvidaría de mí —dijo risueñamente.

—Eso es imposible. ¿Sale ya de la oficina?

—Sí. Espéreme en el número 367 de la calle 80.

—Bien. Hasta ahora —terminó Jimmy, colgando el auricular.

Si se hubiese visto en un espejo al salir del bar, se hubiera asustado al observar la sonrisa beatífica que inundaba su rostro.

CAPÍTULO VII

—Aquí el agente Mac Gregor, coronel.

—Informe.

—Una vez llegué al «Carlton», di orden de que no se despertase a nuestro querido míster Hom. Mandé retirar a la chica de servicio, ocupando su lugar Jessup. A las diez treinta, míster Hom se quejó a la Dirección del hotel por no haber tenido en cuenta su aviso. Jessup le subió el desayuno. Míster Hom estaba de buen humor y echó de menos a la doncella. Jessup intentó sonsacarle, pero el agente enemigo se escurrió hábilmente. Le preguntó dónde podía comprarse un traje y zapatos. A las diez cuarenta y cinco entró en el departamento de nuestro amigo una mujer no apta para cardíacos. Quiero decir, que es de una hermosura escalofriante. Como tardaba en salir, Jessup entró con el pretexto de retirar el servicio. No pescó nada porque la señora y míster Hom hablaban del tiempo que hacía en Cincinnati. A las once y veinte se marchó la dama. La seguí acompañado de los agentes. Se aloja en el número 125 de la calle 70, cuarto piso, apartamento 74. Su nombre es Olivia Bronfield y lleva un par de años en la casa. Viaja con alguna frecuencia. La mayoría de las veces a Miami. A las doce y quince subió al piso míster Hom. Doce minutos más tarde se detuvo un «Mercury» en la calle, del que bajaron tres hombres con el mismo destino del agente F X 3. Sólo reconocí a uno de ellos. Se trata de Danilo Benetti, creo que lo recordará. Es aquel que estuvo relacionado con la muerte de Kate Gay, la bailarina del «Tiger Club». Danilo es el dueño del *cabaret* y de media docena de lugares parecidos. No estuvieron más de diez minutos en el edificio. Cuando salieron, disparamos una foto desde nuestro coche.

—Bien, Mac Gregor. Le mando a Mabel para recoger la máquina.

Y ahora daré las órdenes oportunas a fin de conocer mejor a nuestros amigos. Repito que tengan mucho cuidado de no ser descubiertos.

—Descuide, coronel.

—¿Coronel? Aquí Linda.

—Informe.

—Ha resultado más fácil de lo que creía. Me arrimé al agente F X 3 en el bar del «Carlton». Entre Spencer y yo hicimos una escena enternecedora. Se la tragó con piel y todo. Claro que, el Departamento cargará con la cuenta de farmacia de Spencer. Recibió un puñetazo de mister Hom y aún no sé si ha despertado. El chico parece fuerte, aunque demasiado sensible para ser el espía más audaz de los cinco continentes. Tomamos un taxi y derramé media docena de lágrimas. Mi hombre estuvo a punto de acaramelarme. No parece tonto con las mujeres y sabe aprovechar las ocasiones. Pero le paré los pies a tiempo. Me llevó a la calle 77, bar «Durban». Tomamos un *whisky* e insinué que tenía que marcharme a la Editorial Colman donde le he dicho que trabajo de secretaria. Me invitó a almorzar y yo he aceptado. Hace unos minutos me ha telefoneado y yo le he citado donde usted sabe. Espero conseguir algo esta tarde.

—Buen trabajo, Linda. Pero tenga mucho cuidado. Ya sabe a lo que se expone si la descubren.

—No se preocupe, jefe. Está resultando delicioso.

—Comunique en cuanto se separe de él.

—De acuerdo, hasta luego.

El coronel dejó el teléfono, sacó del bolsillo superior de su chaqueta un cigarro y, después de encenderlo, tomó el «New York Times», enfrascándose en la lectura del tratado de paz con el Japón.

* * *

Jimmy cogió de la mano a Linda, abriéndose camino por entre el grupo de personas que casi llenaban el restaurante.

—¡Siga al fondo! ¡Allí hay menos gente! —gritó la joven.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Jimmy mientras se secaba el sudor.

Linda resopló, colocándose en su sitio el sombrerito que había

quedado ladeado en la refriega.

Un hombre no más alto que un paraguas, tropezó con la hermosa muchacha.

—Oh... perdone, cuánto lo siento.

—No se preocupe. Es inevitable —dijo Linda.

El hombrecillo tenía la cara delgada y llevaba unas gafas de concha. Se cubría con un sombrero negro, de alas un tanto deterioradas.

Poco a poco fueron acercándose al mostrador. Recogieron las bandejas y, lentamente, pasaron por donde repartían las viandas. Linda pidió huevos revueltos, sesos a la romana y de postre, tarta de manzana. Jimmy solicitó ensalada, un bistec con patatas y fruta. Estuvieron de pie, con la bandeja en la mano, durante cinco minutos, antes de que se desocupase una mesa.

Cuando se sentaron vieron al hombrecillo ir de un lado para otro en busca de sitio. —¿Qué le parece si lo invitamos a que se siente con nosotros?— preguntó Linda. —Bien... ¡Eh, oiga!

El hombrecito se detuvo, mirádoles.

—Sí, usted —repitió Jimmy.

El otro se acercó un poco turbado.

—Puede sentarse con nosotros. —Muchas gracias. Cuánto se lo agradezco.

Se sentó, desdobló la servilleta y la colocó sobre su pecho. Dirigió una sonrisa amable a Linda y Jimmy, y empezó a comer. No tardaron en imitarle los jóvenes. El hombrecillo dirigía de vez en cuando su mirada hacia el rincón de la derecha.

Cuando terminó el primer plato, frunció la frente y dijo:

—¿A cuál de ustedes le sigue? Linda y Jimmy lo miraron.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella—. Detrás de nosotros hay un hombre que no cesa de mirar hacia acá. ¡Cuidado! Estense quietos ahora. Aparenta unos treinta y cinco años, mide un metro setenta, ojos claros, nariz roma y barbilla saliente. Viste un traje marrón a cuadros y cubre su cabeza con sombrero del mismo color.

—¿Cómo diablos se ha dado cuenta? —inquirió perplejo Cronin.

El hombrecillo sonrió, sacó una sucia cartera y del interior extrajo una tarjeta que extendió a Jimmy. Éste la tomó y leyó en voz alta:

—Samuel Butler. Detective particular.

Investigaciones confidenciales. Máxima reserva. Teléfono 763 580.

Jefferson Norte 221, Nueva York... ¡Caramba! Es lo último que hubiera pensado de usted.

Butler estiró las mangas de la americana sin cesar de sonreír.

—Comprendo que mi tipo no cuadra con la idea general que existe del detective particular.

El rostro de Linda reflejó interés.

—¡Qué emocionante! No había tenido oportunidad de conocer a ningún detective particular. Llevo una vida tan monótona... Debe ser estupendo eso de cazar asesinos. Si hubiera nacido hombre hubiera elegido esa profesión relacionada con esas aventuras que continuamente leo en la Prensa...

—Sí, resulta divertido —dijo Butler—. Pero es una profesión muy ingrata. Yo llevo cinco años ejerciendo y jamás me han encargado de esclarecer un crimen. Todo lo que he tenido, han sido encargos de maridos para vigilar a sus esposas, órdenes de esposas para espiar a sus maridos... y otros clientes con peticiones de índole familiar... Daría cualquier cosa por un asunto en el que estuviesen en danza «gangsters», mujeres fatales, contrabandistas, espías... Pero me moriré con ese deseo. Por lo visto eso no ocurre más que en las películas...

—Y en las novelas —asintió Linda.

—Y en la radio —confirmó Jimmy.

—Pero no en la vida real —concluyó Butler.

Cronin echó una mirada hacia el rincón donde se encontraba el hombre del traje marrón.

—No lo conozco —declaró—. ¿Y usted, Betty?

Linda miró también a su compañero, el agente Gus Keat.

—Sí, es el mismo pelmazo de siempre.

Lo encontré casualmente hace una semana y el hombre está empeñado en que salga con él.

—Debe tener cuidado —murmuró Butler—. Ese tipo posee características del asesino pasional. Debe ser de ascendencia latina. Todo lo supedita a la consecución del objeto amado, quiero decir de la persona deseada.

—Eso lo arreglo yo en un momento —dijo Jimmy empezando a incorporarse. Linda lo contuvo sujetándole del brazo.

—Por Dios. No más escenas. Ya tengo bastante con la de esta mañana. Jimmy la miró y, al ver la súplica de sus ojos, se conformó.

—Me fastidian esos sujetos que se creen irresistibles —murmuró.

Butler irguió los hombros, despreocupándose del asunto y atacando un plato de ternera guisada.

Durante unos minutos guardaron silencio.

Cronin ofreció el paquete de cigarrillos a Linda y ésta cogió uno. Butler acercó el encendedor a los dos.

—¿Qué asunto lleva ahora entre manos, míster Butler? —preguntó ella.

—Nada de importancia. Una jovencita que se escapó de casa hace cinco días.

Esta mañana he dado con ella. Sus padre; se oponían a que se casase con el joven a quien ama y los muchachos han contraído matrimonio. Es una pareja feliz. No sabe con qué satisfacción voy a emitir el informe. A la madre le dará un ataque de histerismo pero dentro de cuatro días estará abrazando a su pequeña y al nuevo hijo. Siempre ocurre igual. En fin, un caso de los míos...

—¿Qué le parece si vamos a tomar café a otro sitio? —preguntó Jimmy, dirigiéndose a Linda.

—Yo sé de uno que está a dos pasos de aquí —intervino el detective—. Permítanme que los invite.

La joven asintió, incorporándose de la silla.

Cronin pagó toda la consumición y echó a andar detrás del hombrecillo y de la hermosa mujer.

El local elegido por Butler estaba dos manzanas más abajo. La concurrencia no era tan numerosa y parecía más selecta. Se sentaron y pidieron café al camarero que acudió a servirles.

Jimmy consultó su reloj. Las tres y quince. Ya debían estar en la calle los periódicos de la tarde. Levantó la mano haciendo señas a un botones.

—¿Qué desea, señor?

—Toma, tráeme el «Star».

Mientras el botones estaba fuera, el camarero sirvió el café. Cuando Cronin acercaba su taza a los labios reapareció el muchacho. Cogió el periódico y entregó veinticinco centavos de propina al chico. Dejó la taza y empezó a pasar las hojas del periódico con avidez. Linda y Butler sostenían una conversación que

parecía interesarles.

Jimmy recorrió con los ojos la columna dedicada a los anuncios personales. Allí estaba.

«Conformes con cantidad. Telefonee dando instrucciones entrega. Urgente. Olivia». Dobló el periódico colocándolo sobre la mesa.

—¿Buenas noticias? —preguntó Linda.

—Sí, dice que hoy firmarán en San Francisco el tratado de paz con el Japón. Pero no lo he comprado por eso. No me gusta la política. Quería ver los programas de cine. Creo que esa de Bob Hope del «Riverside» no está mal. ¿Le parece que vayamos?

—Bueno. Pero antes telefonaré a la oficina diciendo que no vuelvo —dijo Linda levantándose.

Se dirigió a la cabina, penetrando y cerrando la puerta. Marcó un número.

—¿Coronel? Aquí Linda. —Informe— dijo con voz ronca Bernard Smith.

—¿Tiene la Prensa de la tarde?

—Sí, la acaban de dejar sobre mi mesa. —Coja el «Star».

—Espere... Bien, ya lo tengo. ¿Y ahora, qué?

—Busque en la sección de anuncios personales a ver si encuentra alguno que tenga relación con nuestro asunto.

Linda oyó el ruido de las hojas del periódico al ser separadas.

—Aquí está —siguió el Coronel—. Anuncios personales. «Te espero esta noche a las once, vida mía». Nada. «Joven viuda solicita correspondencia hombre cariñoso». Tampoco. «Devuelve los mil dólares antes del jueves». Nada. «Patrick se marchó hoy, no volverá hasta la semana próxima. Te espero». Ni la menor relación. «Conformes cantidad. Telefonee dando instrucciones entrega. Urgente. Olivia». Olivia... «¡Olivia Bronfield!». Éste es. ¿Cómo lo consiguió?

—El Agente F X 3 acaba de comprar el periódico y ha buscado la sección de anuncios con interés. Estaba claro que iba algo importante.

—¡Se está usted superando, señorita!

—Gracias, coronel. ¿Quién es esa Olivia?

—Una mujer de una hermosura impresionante, a juzgar por los datos que llevo recogidos. Mister Hom se ha entrevistado hoy con

ella dos veces.

—Vaya, vaya... míster Hom no pierde el tiempo.

—Esa Olivia es una mujer de cuidado.

Según el informe que me ha facilitado el Departamento de Identificación, estuvo casada con el comandante Albert Huxley, agregado a nuestra embajada en París. Hace cuatro años Huxley pidió el retiro, cosa que causó impresión porque se trataba de un hombre pleno de vitalidad. Regresó con su esposa a los Estados Unidos y a los tres meses se pegó un tiro. He ordenado que me traigan todas las diligencias que se practicaron con motivo del accidente.

Los informes de la tal Olivia antes de casarse son más claros. Era bailarina y vocalista al mismo tiempo, de un *cabaret* de Los Ángeles. Se hizo famosa durante los años de la guerra, con el nombre de Tara Winters. Hizo furor entre nuestra oficialidad con un número muy parecido a la danza de los siete velos.

Probablemente conoció entonces a Huxley. El año de la invasión de Europa desapareció de California. Dentro de unas horas espero tener completa su biografía.

—Bien, jefe, me reintegro a mi puesto.

—¿Lleva la automática?

—No acostumbro a trabajar con ella. ¿Por qué?

—Porque esto cada vez me gusta menos. Anda liado en el asunto un sujeto de pésimos antecedentes. Danilo Benetti, un grandullón dueño de una cadena de *cabarets* y contrabandista, al por mayor, de estupefacientes. Hasta ahora la policía no ha podido echarle el guante. Tiene bajo sus órdenes una legión de pistoleros. Seguramente ellos fueron los que acabaron con Harmon. Cuídese mucho, Linda. Y no vacile en llamarme si las cosas se ponen feas.

—De acuerdo, coronel —dijo Linda, colgando a continuación.

Jimmy Cronin aprovechó los minutos que la bella Betty Adams utilizó para llamar a su oficina. En cuanto la vio penetrar en la cabina se dirigió al detective.

—Dice usted míster Butler, que con ese asunto de la chica que se ha casado quedará libre...

—Sí, los tiempos son muy malos... no tengo ningún otro caso en perspectiva. —Yo le daré trabajo, y en grande.

—¿Trabajar para usted?

—Sí, y completamente confidencial. No tiene que enterarse nadie. Ni siquiera la señorita que está con nosotros.

—Me parece bien. Pero aún no sé su nombre. —El mío Lewis Hom. El de la señorita, Betty Adams. El trabajo lo realizará probablemente esta noche.

—¿Probablemente? —preguntó escéptico Butler—. Eso quiere decir que puede no necesitarne.

—No. Quiero decir que no estoy seguro de que será esta noche. Yo le he de avisar cuando se tiene que poner en movimiento y lo que ha de hacer. ¿Está claro? —Clarísimo.

—De acuerdo. —Jimmy sacó el fajo de billetes—. Aquí tiene veinticinco dólares adelantados.

Butler tomó los billetes con rapidez, guardándolos en el bolsillo del pantalón. Carraspeó antes de hablar.

—¿Tiene que ver con el trabajo el espionaje de ese hombre que hemos visto en el restaurante?

—Ya oyó lo que dijo la señorita Adams.

—No me sonó muy convincente. Lo he visto pasar dos veces por aquella cristalera. Jimmy meditó durante un minuto, aprovechando que Samuel Butler estaba limpiando la cazoleta de su pipa.

—Váyase a su oficina y siéntese hasta que yo le llame no se mueva de allí aunque transcurran cinco horas.

—¿Cinco horas? Bien. Me compraré una botella de *whisky* para sobrellevarlas. —No, no se comprará *whisky*. Necesita tener en forma los cinco sentidos. Dijo usted antes que tenía deseos de que le encargasen un caso de «gángster», mujeres fatales...

—¿Yo?... Bueno, quizá lo haya dicho... —repuso titubeando el hombrecillo—. No irá a tener miedo ahora...

—¿Miedo? ¡Caballero!...

—¡Cállese! Ahí viene Betty... Márchese a su oficina en cuanto ella se siente.

Linda Donovan anduvo los pasos que la separaban de la mesa con la sonrisa en los labios y con una mirada que a Jimmy le produjo un cosquilleo en la garganta. —Todo ha ido bien— dijo la mujer—. El jefe me ha dado permiso. ¿Nos deja usted, míster Butler?

Samuel Butler, de pie, extendía su mano hacia Linda. Ésta la estrechó.

—A su disposición, Señorita Adams. Ya me ha dicho míster Hom su nombre. Si alguna vez necesita un buen detective para vigilar a su esposo me tiene a sus órdenes. Adiós, míster Hom, he tenido mucho gusto... ¡Mozo!

Acudió el camarero y Butler pagó el importe de los cafés. Dirigió una mirada a los dos jóvenes, inclinó la cabeza, con paso decidido se dirigió hacia la salida. —Un buen hombre, ese Butler— dijo Jimmy.

—Sí. Es confortador conocer personas amables. —Declaró ella con suavidad. Cronin se sintió aludido.

—¿De modo que le resulto amable?

—¿No le gusta?

—Pues no. Vera usted, Betty. En cierta ocasión conocí a un muchacho que estaba enamorado locamente. No dejaba de tener atenciones con su chica, ramos de flores, bombones, baratijas... Jamás pasaba un cumpleaños, unas Navidades, una fiesta, sin que él le regalase algo. Y para cada regalo que le hacía siempre tenía ella en sus labios una frase, una misma frase: «Qué amable eres, Bob». Cuando oía estas palabras el muchacho se sentía transportado al séptimo cielo.

Cierto día apareció por el pueblo un agente de seguros y bueno, se puede figurar el final... la muchacha se casó con el agente de seguros. El pobre Bob quedó solo con su amabilidad.

Moraleja: No consientas en ser amable con una dama.

Linda sonrió mientras sacaba la pitillera de su bolso. La abrió y tomó un cigarrillo, dejándola abierta sobre la mesa. Jimmy le ofreció fuego.

—De modo que no debe ser amable con una dama —dijo cuando hubo, encendido—. Fue peligroso para Bob... —Eso no quiere decir que lo sea para... todos.

Jimmy consideró que la conversación tomaba un giro peligroso y que aquel lugar no era el apropiado para tal conversación.

Sentía deseos de estrechar entre sus brazos a aquella criatura. De repente tuvo la sensación de que ella estaba jugando con él como el gato con el ratón. El descubrimiento lo dejó perplejo. Fío, era imposible. Aquel candor era natural. Sin embargo ciertas inflexiones de voz, aquellas pausas, algunas palabras dichas con una suavidad especial, encantadora... La miró a los ojos y ella sostuvo la mirada.

¿Cómo podía dudar de aquel ángel?

—¿Qué piensa? —volvió a preguntar la mujer.

—Nada importante. ¿Nos vamos?

—Bueno. ¿Al Riverside?

—Si le parece bien...

Cuando salieron a la calle estaba cayendo una lluvia fina que hacía brillar el pavimento. Jimmy dirigió una mirada a su alrededor buscando al hombre que los espiaba pero no lo encontró.

—Me gusta caminar bajo la lluvia —dijo Betty.

—Pero se calará hasta los huesos. Es preferible que cojamos un taxi.

—No. Iremos a pie. —Y acompañando sus palabras con la acción tomó a Cronin por el brazo.

Empezaron a caminar en dirección Norte. Jimmy sentía que algo marchaba mal. En su mente se confundían las ideas que inútilmente pretendía aclarar. En veinticuatro horas había protagonizado sucesos que jamás pudo imaginar. Y no estaba preparado para asumir tan importante papel. Hasta entonces, en la vida, no había pasado a desempeñar un modesto trabajo de simple extra.

Cruzaron una calle. Era bastante ancha.

El paso se hizo más lento. De pronto, Jimmy se detuvo. Ella quiso seguir pero los pies de él clavados en la tierra, se lo impidieron. Cronin dirigió la cabeza hacia atrás. Un coche acababa de doblar a toda velocidad la esquina y se les venía encima. Sólo tuvo tiempo de dar un empujón a Betty y saltar. El automóvil, un «Sedán» negro con las cortinillas echadas, hizo crujir el pavimento mojado. Jimmy fue enganchado por el guardabarros trasero. Pero estaba preparado y se desembarazó estirando las piernas. Su cuerpo rebotó tres veces por la calle, dando vueltas. Unos gritos de mujer pusieron la nota escalofriante en el suceso. El automóvil apretó la velocidad desapareciendo, en unos segundos, de la vista de los peatones que, aterrorizados, habían presenciado la escena. Media docena de hombres acudieron en ayuda de Linda que con el rostro manchado ya se incorporaba. Y tres más se dirigieron hacia Jimmy, el cual aún estaba exánime y boca abajo.

Linda creyó que el atropello había tenido funestas consecuencias para el Agente enemigo. Quienquiera que fuese el conductor de aquel «Sedán», había ahorrado balas al Gobierno. Sin embargo no

sentía la alegría natural que días antes le hubiera producido la noticia de la muerte del Agente F X 3. Se zafó de los que habían acudido en su ayuda.

—¿Y mi amigo? Él estará peor —dijo intentando salir del círculo que los hombres formaban junto a ella.

El grupo se abrió en abanico y ante sus ojos apareció la figura maltrecha de míster Lewis Hom. Tenía el traje destrozado y lleno de barro. En el brazo derecho una gran mancha roja y distintas erosiones en el rostro.

—¿Se encuentra bien, Betty? —dijo Jimmy.

—Perfectamente —contestó ella brillándole los ojos.

El murmullo de los testigos no cesaba a su alrededor. Pero ellos continuaban mirándose.

—Es necesario que salgamos de aquí —dijo Jimmy.

Un taxi se acercó para curiosear y Cronin lo aprovechó. Los peatones insistían en que debía ir al hospital pero Cronin dijo al conductor que pusiese el coche en marcha.

—¿Dónde quiere que la deje, Betty?

—Me alojo en una pensión de la calle 120, número 82.

—Ya oyó dónde vamos, chófer.

Jimmy se registró los bolsillos. Sacó el paquete de cigarrillos. Estaban completamente deshechos. Linda le ofreció su pitillera. Cada uno puso un cigarrillo en sus labios y encendieron. Durante un par de minutos fumaron en silencio. —No me explico...— murmuró la joven.

—¿Qué es lo que no se explica? —preguntó Jimmy.

—Lo que ha pasado... No pareció un accidente... Fue como si... como si...

—Como si hubieran querido eliminarme, quiere decir.

—Eso es.

Cronin lanzó una bocanada y separó el humo con la mano. Su cerebro trabajaba a toda marcha. Las ideas entrechocaban pero por fin parecía que se iban coordinando. Cada cual ocupaba su sitio como si se tratase de piezas de un rompecabezas. Había algunas que no encajaban y las abandonaba en un rincón para al cabo de un rato, intentar ensamblarlas de nuevo.

Al detenerse el coche, abrió la portezuela diciendo:

—La acompañaré hasta la puerta.

El edificio donde se alojaba Linda tenía un aspecto trístón: Una escalera conducía desde la acera hasta la puerta de entrada. Los dos jóvenes subieron los escalones. Continuaba lloviendo y el lugar estaba solitario. Cuando ella extendió la mano en ademán de despedida, él se recostó, ignorándolo. —¿Quién es usted?— preguntó con voz ronca Jimmy. Linda quedó unos segundos perpleja.

—¿Qué quiere decir? —Ya lo ha oído. He preguntado quién es usted.

—Creo habérselo dicho. Betty Adams.

—No me haga reír —replicó Jimmy escéptico.

—Me parece que el golpe del automóvil le ha perturbado sus facultades, míster Hom. Cronin se abalanzó sobre ella sujetándola por los brazos.

—¿Cree que soy idiota? —gritó colérico—. ¡Le gusta caminar bajo la lluvia! ¡El hombre del restaurante era un admirador! ¡Trabajaba en una Editorial! ¡Se iba a casar con Peter, el muchacho que siempre la llevó de mascota!... ¡Ahora me va a decir la verdad!

Jimmy la zarandeó fuertemente. Linda se echó a llorar mientras decía en voz alta:

—¡Suélteme!...

Cronin la dejó libre mirándola a los ojos.

—Oh... Oooh... es usted un bruto —siguió hablando compungida ella—. No volveré a salir con usted. Soy Adams, aunque crea que soy la emperatriz Josefina... ¡Claro que me gusta caminar bajo la lluvia! Hay miles de personas que les gusta. ¿Y por qué no he de tener un admirador que me siga? ¿Tan horrible le parezco?... Linda no pudo continuar hablando porque sus labios fueron sellados por los de Jimmy. Éste la abrazó con todas sus fuerzas y ella se sintió pequeña.

Cronin se separó bruscamente, bajó con rapidez los escalones y se metió en el taxi, que inmediatamente arrancó.

Linda lo vio alejarse. Y sintió algo raro en su pecho. Algo que no deseaba sentir.

No, ella no podía «hacer» aquello. Linda Donovan, Agente Auxiliar femenino del

F. B. I.

no podía enamorarse del Agente F X 3, enemigo de su patria.

Jimmy abrió la puerta de su habitación en el «Carlton». Cruzó el recibidor, pasó por el dormitorio y se detuvo en el umbral del cuarto de baño.

De la bañera pendían unos jirones de sábanas. Los mismos jirones que le habían servido para atar manos y pies del Agente F X 3 y para amordazarlo. Volvió al dormitorio y tomó el teléfono marcando un número.

—¿Olivia?

—Lewis, he estado llamándote desde hace media hora.

—¿Qué hay?

—Cooock me ha telefoneado. Esta noche, a las once y cinco, uno de los nuestros tiene que llevar el dinero a una fundición abandonada. El número 916 de la calle Gloucester.

¿Quién crees que debe ir? Míster Joyce llegará aproximadamente a las once con el medio millón.

—¿A dónde ha quedado en ir míster Joyce?

—Vendrá a mi casa.

—De acuerdo, Olivia. A las once estaré yo también. Quiero llevar el asunto personalmente.

—Hasta luego, querido. Procura venir un poco antes.

—Hasta luego.

Jimmy colgó sin soltar el auricular. Pocos segundos después estaba de nuevo hablando a través del hilo.

—Oiga, Almacenes Drogo...

—Sí, señor. —Soy el cliente que esta mañana se llevó el traje Príncipe de Gales...

—Ah, sí, míster... míster Hom, se aloja en el «Carlton» y pidió un nuevo traje. —Él mismo. Mándeme otro de la misma talla.

—¿Otro... traje?

—¡Sí, hombre sí! ¡Otro traje! ¿No sabe que en Cincinnati me llaman Lewis, el de los Tres Trajes Diarios?...

—Sí..., sí, señor, enseguida.

* * *

—¿Coronel? Aquí el agente Jessup. —Diga.

—Como sabe, estoy de camarero en el «Carlton». Hacia las dos y treinta he querido echar un vistazo en la habitación del Agente

F X 3 porque me había parecido oír ruido al pasar junto a la puerta. He entrado y encontrado dentro de la bañera a un hombre atado y amordazado. Lo he dejado libre y me ha contado su odisea. El pobre sujeto es de Cincinnati. Vino a alojarse al hotel y al ir a firmar en el libro de entradas vio escrito el nombre de Lewis Hom procedente de su ciudad. El conoce a un Lewis Hom y supuso que era el mismo que estaba en el «Carlton»; Subió al apartamento de nuestro enemigo y ya se puede figurar la escena. El Agente F X 3 lo agredió en cuanto se vio en peligro de ser descubierto. Lo dejó sin sentido y lo colocó en la forma que yo lo he encontrado en la bañera. Daba lástima verle. Se ha ido echando pestes del «Carlton» y diciendo que antes que quedarse aquí se alojaría en una mazmorra llena de ratones.

—¿Le ha tomado la filiación?

—Pues no... he creído que no estaba para filiaciones.

—Ni sabrá a dónde se ha dirigido.

—Bueno... no me ha parecido sospechoso.

—Pida a Dios que sea así, Jessup.

—Sí, señor.

—¡Y procure acordarse que es un agente del

F. B. I.

en acto de servicio!

—Sí, señor.

CAPÍTULO VIII

Dieron unos golpes suaves en la puerta.

Jimmy abrió dejando pasar a Samuel Butler. El hombrecillo llevaba un abrigo marrón más abajo de la rodilla. En su mano derecha esgrimía un paraguas como si fuese un palo de golf.

—Creí que no venía —dijo Cronin cuando hubo cerrado la puerta—. Siéntese. Butler le dirigió una mirada ofendida, guardando silencio, buscó una silla e hizo reposar sobre ella su escuálido cuerpo.

—¿Trae el plano? —preguntó Jimmy.

—Sí, señor.

Butler extrajo del bolsillo derecho del abrigo un papel fuerte que desplegó sobre sus rodillas. Era un plano de Nueva York.

—Déjeme ver... ¿Tiene un lápiz?... gracias... Bueno, no está mal. Creo que si salen bien las cosas... —Jimmy callo unos instantes mientras sus ojos escrutaban con detenimiento el lugar señalado por su interlocutor. Trazó un rectángulo enmarcando un sector de la calle Gloucester.

—Vea esto, Butler. A las once de la noche he de encontrarme en un punto indeterminado dentro de este rectángulo. A esa misma hora usted ha de estar en este chaflán de la calle 104. Supongo que tendrá coche.

—Claro que lo tengo. Está abajo...

—Bien. Pues ha de estar en ese chaflán dentro de su coche y con los faros apagados. La proa con dirección al sur.

—Entendido.

—A las once y cuarto detendré el automóvil en que viajaré yo, junto al suyo. Le alargaré un paquete que usted recogerá e inmediatamente partirá para el centro, en dirección a su despacho.

Una vez se encuentre en él espere mis órdenes. ¿Está claro? Fíjese bien que es este chaflán.

—No se preocupe, no se me olvidará. Podría ir con los ojos cerrados. Jimmy se levantó.

—Ahora, váyase. Y procure no llegar antes de las once. Prefiero que se retrase un par de minutos.

Butler enderezó sus cincuenta y dos kilos y se encaminó hacia la puerta.

—Ah, Butler —dijo repentinamente Cronin. El detective volvió la cabeza.

—Dígame.

—Si transcurriesen dos horas después de haber llegado usted a su despacho y no lo hubiera llamado... preséntese en la comisaría más cercana con el paquete en cuestión... y diga que es para el F. B. I.

—¿El

F. B. I.?

—Sí, puede agregar que es un regalo de Santa Claus. Eso es todo, Butler. Hasta luego.

El detective fue a preguntar algo pero se arrepintió antes de que empezase a pronunciar la primera palabra. Levantó los hombros en un gesto de conformidad y salió de la habitación. Cuando Jimmy iba a entrar en el dormitorio volvieron a llamar. Dio permiso para entrar y apareció de nuevo Butler.

—¿Olvidó algo? —inquirió Jimmy.

—Bueno, no es exactamente eso, pero desearía que me contestase a una pregunta. —Dispare.

—Esos hematomas y erosiones que aparecen en su rostro... ¿tienen que ver con el asunto... que me ha confiado?

—Le daré la respuesta de otra forma a la usual. ¿No dijo que deseaba algo serio que no fuesen esos espionajes de marido a mujer y viceversa?

—Sí... bien...

—¡Pues ya lo tiene!

Butler examinó una vez más el rostro de su cliente, hizo una mueca de amargura y se marchó, cerrando suavemente la puerta.

Jimmy dirigióse al cuarto de baño. Se peinó mientras contemplaba el rostro cubierto de magulladuras.

¿Cuántos golpes más recibiría antes de que acabase aquel endiablado asunto? Sonrió al darse cuenta de que contaba de antemano con salir vivo de él.

Aquel traje no le sentaba mal. Y era más bonito que los dos anteriores. Azulado con espiguilla elegante. Era una pena que Betty no lo hubiera visto con él.

Betty no lo vería más, ni con aquél ni con ningún otro traje. Debería estar enormemente resentida con él. Había dudado de la joven, la había llamado embustera, la había besado a traición... Betty estaría maldiciendo la hora en que se le ocurrió intervenir en aquella pelea entre prometidos, y la hermosa criatura era lo único bueno, espiritual y frágil que había encontrado en aquel berenjenal de ser seres corrompidos. Merecería ser abofeteado, pisoteado.

—No eres más que un pobre imbécil —murmuró, con los dientes apretados, a su imagen reflejada en el espejo.

—Yo no lo dudo —dijo una voz melodiosa.

Una voz que Jimmy reconoció al instante. Giró la cabeza hacia la izquierda denotando en su rostro el asombro. Allí estaba, en el umbral del cuarto de baño, más esplendorosa que nunca.

—¿Usted... aquí, Betty? —dijo Cronin tragando saliva.

—Ya me ve. He llamado un par de veces a la puerta y como no me han abierto he decidido entrar... ¿no estorbaré, verdad?

—En absoluto. Estaba distraído y no la he oído llamar... Bueno, ¿quiere que pasemos al recibidor?

La joven asintió precediendo a Jimmy en el camino. Tomó asiento en el diván, permaneciendo él de pie.

—Estuve con usted violenta. Perdí los nervios y no supe lo que dije...

—No se disculpe. Yo fui el que, con motivo del accidente del automóvil, perdí los estribos. —Iba a añadir sus excusas por lo del beso, pero pensó que era preferible no recordárselo.

—¿A dónde va? —preguntó Jimmy.

—Con usted.

—¿Con... conmigo? —Supongo que no estará comprometido. Y si me contesta afirmativamente creeré que me guarda rencor— dijo ella terminando sus últimas palabras con un mohín de falso disgusto.

Jimmy caminó unos pasos por la habitación en actitud

pensativa.

—El caso es que me alegra mucho estar con usted, pero... ha acertado, estoy comprometido. Mañana...

—¿Otra mujer? —le interrumpió la joven.

—¿Otra mujer? No... De ninguna manera. No se trata de una cita... amorosa, si es que se refiere usted a eso. Mire, Betty, estoy dedicado en un trabajo que requiere toda mi atención. Cuando lo termine...

Linda se levantó.

—Me he equivocado otra vez. Había pensado... por su actitud hacia mí esta tarde que yo... empezaba a significar algo para usted. Creo que todos los hombres son odiosos —bajó la cabeza, llevándose una mano a los ojos.

—Por Dios, Betty, no diga eso. ¡Claro que significa mucho para mí! Es usted Ja única... sí, eso es, la única persona simpática que he conocido en las últimas semanas.

—¿Es eso cierto? —preguntó, alzando el rostro Linda.

—¡Naturalmente! ¿Es que cree que yo beso a una mujer por cualquier motivo? —dijo Cronin acercándose a ella.

—¿Sí? ¿Cuántos motivos necesita?

Jimmy la rodeó con sus brazos besándola en los labios.

—Oh, Lewis... Lewis, eres maravilloso.

—Y tú eres encantadora, Betty.

—Ahora no nos podemos separar. Me llevarás contigo... ¿verdad?

—¿Y si me esperas en algún sitio? Te prometo...

—No. Iremos juntos a donde sea —murmuró Linda, besándolo rápidamente en la boca.

—Bueno. Si tú lo deseas... Pero me has de prometer una cosa.

—¿Qué?

—Que cuanto veas y oigas estando conmigo lo has de olvidar... lo has de olvidar, ¿me entiendes?

—Mis ojos no verán más que lo que tú quieras. Mis oídos permanecerán sordos y sólo prestarán atención a tus palabras.

—Buena chica. Eso es —dijo él.

—Tiene todo el aspecto de una aventura. Una aventura a tu lado, Lewis. Es un sueño. Ojalá tarde en despertar.

Jimmy no tuvo más remedio que besarla otra vez.

Tomaron un taxi en la calle y Cronin dio la dirección de Olivia. Durante el viaje permanecieron en silencio. Él se entregó a sus reflexiones. Pedía al cielo que su temeridad al consentir en ser acompañado por Betty, no acarreará fatales consecuencias. Se excusaba pensando en que era imposible negarse a los deseos de la bella muchacha. Y sobre todo si esos deseos se referían a permanecer con él. Cuando el coche iba a detenerse ante la entrada del edificio donde residía Olivia, dijo al conductor:

—Continúe hasta la próxima manzana.

La joven le dirigió una mirada intrigada.

—Tengo que hacer una visita, Betty. En menos de diez minutos volveré a estar contigo. Vas a portarte bien, ¿verdad? Linda asintió con una media sonrisa.

Jimmy bajó del taxi y caminó hacia la casa. Junto al bordillo de la acera había un «Sedán» negro. La puerta del apartamento de Olivia le fue abierta por Danilo. Cuando examinó sus ojos, se dio cuenta de la verdad que encerraban las palabras de la espía. Había en ellos una lucecilla de rencor y una esperanza de revancha. En la habitación estaban también Olivia y míster Joyce. Tenían en la mano sendos vasos de *whisky*. —¡Caramba, Lewis! ¿Se ha peleado con todos los gatos de la vecindad?— exclamó la mujer observando los hematomas que presentaba el rostro de Jimmy.

Cronin no habló hasta que llegó junto a ella.

—Los gatos no son peligrosos —dijo, mirando distraídamente a Danilo—. Fue un coche que me atropelló en la calle. No estoy acostumbrado al tráfico de sus ciudades. ¿Ha hecho un buen viaje, míster Joyce?

El aludido introdujo su mano libre en el bolsillo.

—Sí. Un viaje como me gusta a mí. Rápido y práctico.

—En ese caso estamos de enhorabuena.

El Alto Mando tendrá ese valioso plano.

—Sí, sí, lo tendrá.

—Bien, creo que es hora de marcharme. ¿Me da el dinero?

—Ahora se lo daré, míster Hom. Pero he de comunicarle que su vuelta al viejo Continente ha sufrido variación.

—¿Variación? —preguntó inquieto Jimmy.

—Exactamente. El personaje con el que me he entrevistado en Washington tenía órdenes concretas sobre su misión. Parece ser que

el Servicio de Contraespionaje Americano lo ha localizado a usted, míster Hom.

—No es posible.

—Sí, lo es, y en estos momentos tiene al

F. B. I.

pisándole los talones.

—Me tiene sin cuidado el

F. B. I.

—dijo Jimmy.

Acercó el vaso de *whisky* a los labios y bebió un trago. Míster Joyce sonrió.

—Es admirable su valor, míster Hom. Pero creo que en este caso sus superiores se han adelantado a un posible sacrificio suyo, que sería estúpido dado que se trata de la vida del mejor agente con que cuenta la causa.

—Es una consideración inmerecida —dijo Jimmy doblando el espinazo.

—Posiblemente ese accidente del automóvil a que se ha referido quiere decir algo más importante. Lo cierto es que, según las órdenes recibidas, usted recogerá el paquete que contiene el plano y deberá salir cuanto antes para Europa. Hemos convenido en que usted marchará de los Estados Unidos en un avión Dakota que tenemos camuflado en un lugar bastante alejado de Nueva York. Le daré todos los detalles cuando usted regrese con el carrete. El punto de reunión es el número 614 de la calle 67. Hay allí un salón donde se celebran bodas, recepciones, éxitos artísticos, etcétera... Esta noche, a las doce y media, se servirá una cena fría para festejar al comediógrafo Charles Fox, por haber conseguido mantener en cartel durante dos años consecutivos una de sus obras. Lo conocemos la mayoría de nosotros y es un sitio ideal para... solucionar conflictos, caso que surgiesen. De modo que allí lo esperamos, míster Hom. Danilo se dirigió hacia la puerta.

—Me marchó. Tengo una cita importante en el «Tiger». Le deseo mucha suerte, míster Hom.

Cronin inclinó la cabeza mirándole fijamente, Danilo le sostuvo la mirada un par de segundos y luego salió de la habitación.

Míster Joyce señaló a la mesita que estaba junto al diván, sobre la que había un maletín negro.

—Coja ese maletín. Dentro va el medio millón. Abajo tiene un «Sedán» negro para ir a la calle Gloucester.

—Hágame una descripción de ese Coock —pidió Jimmy. Olivia, que había permanecido callada, fue quien contestó.

—Según el agente que estuvo en contacto con él, tiene unos cincuenta y cinco años. Es alto y fuerte. De barba descuidada y cejas espesas. No lleva corbata y por el cuello de la camisa enseña abundante vello.

—Bien... ¿y esa lista o ese bloc?

Míster Joyce intervino.

—Ya me ha dicho Olivia que quiere llevarse una relación de nuestros colaboradores en los Estados Unidos. Me ocuparé de ello ahora y se la tendré preparada para cuando vuelva a la calle 67.

—Magnífico. Entonces, hasta luego.

Los dos espías le desearon suerte mientras se dirigía hacia la puerta.

Una vez en la calle, subió en el «Chrysler» y pisó el embrague. El coche se deslizó suavemente. Por un momento, pensó pasar de largo y no recoger del taxi a Betty, pero los sucesos se habían precipitado y le pareció demasiado ingrato dejarla abandonada. Era tan ingenua la pobre criatura... Colocó paralelamente el Sedán junto al taxi.

—Vamos, Betty, ¡rápido! Monta.

La joven se apresuró a cambiar de vehículo y Jimmy arrojó un par de billetes al conductor, por la ventanilla delantera.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —exclamó Linda, que se había sentado junto a Cronin, cuando el «Sedán» partió veloz.

—Si lo dices por el coche, no es mío. Me lo prestaron.

—Es igual. Se está tan bien a tu lado —dijo ella hundiéndose en el asiento.

Durante largo rato guardaron silencio. Cronin estaba realmente emocionado. ¡Cuán ajena estaba la cabecita que se apoyaba en su hombro a los peligros que a él le acechaban! Rozó con su mejilla la suave cabellera y se sintió mejor. Ella levantó los párpados y le miró con sus brillantes ojos. Se apretó más contra él.

Jimmy había estudiado bien el distrito y conducía con seguridad. Tuvo que disminuir la velocidad cuando pasaron frente a un teatro. Unos minutos más tarde se internaron en la calle Gloucester. Cuando pasó por el chaflán de la 104 miró a su derecha.

No observó nada que se pareciese a un automóvil detenido. Consultó el reloj del «Chrysler». Eran las once y un minuto. Empezó a pensar en Samuel Butler. Si el hombrecillo se había mostrado cobarde a última hora, las cosas se complicarían más de lo que estaban. La voz de la joven interrumpió sus cavilaciones.

—¿Puedo saber a dónde me llevas?

Jimmy maniobró los mandos deteniendo el coche.

—Ya hemos llegado, pequeña.

Linda observó por la ventanilla el lugar donde se encontraba. Había muy poca iluminación. A ambos lados de la calle se levantaban edificios no mayores de tres pisos. En la dirección norte se vislumbraban unos solares y hacia la izquierda una mole de ladrillo rojo.

La muchacha miró otra vez a Cronin sonriendo.

—Bueno, no me irás a decir que me has traído para presentarme a tus padres, que naciste en esta barriada y que aquí fue donde te enamoraste por primera vez de aquella pelirroja pecosa con trencitas que se sentaba a tu lado en la escuela... —No, no se trata de nada de eso— repuso Jimmy. —Nací muy lejos de Nueva York, mi único pariente es un viejo cascarrabias que caza serpientes de cascabel en el desierto de Mojave y mi primer amor, a los catorce años, fue una rubia de treinta y dos, que me cortaba la respiración cada vez que la veía.

—Un muchacho precoz.

—Siempre he sabido elegir lo mejor —dijo Jimmy guiñando un ojo.

—Bien —murmuró Linda cruzando los brazos—. ¿Dónde está la fiesta?

—La fiesta la tendremos cuando termine de arreglar un asuntillo. —Apagó las luces del coche y siguió hablando—. Vas a quedarte aquí. No tardaré más de diez minutos en estar de vuelta.

—¿Piensas hacer eso toda la noche? ¿Sabes que es la segunda visita?

—Soy un chico muy sociable. ¿Tienes cigarrillos? Me olvidé comprar.

Linda pulsó un botón situado frente a ella. Se abrió una pequeña plancha dejando al descubierto un depósito de cigarrillos.

—Estos coches tienen todos los adelantos —dijo ella.

Cronin se abasteció, colocando uno entre sus labios. Mientras encendía, observó que en la cartera de la portezuela situada a la izquierda abultaba algo metió la mano y sus dedos tropezaron con una pistola y con otro objeto metálico. Sacó este que resultó ser una linterna. Míster Joyce estaba en todo.

—Hasta dentro de un rato —dijo saltando a tierra con el maletín negro bajo el brazo.

Anduvo unos pasos y se volvió. Introdujo la cabeza por la ventanilla y besó en los labios a la mujer.

—Betty, si me necesitas, llama con el claxon.

—De acuerdo —dijo ella sonriendo.

Jimmy echó a andar. Eligió la parte trasera de la fundición abandonad: Un par de minutos después de haberse separado de la muchacha se detuvo y encendió la linterna para orientarse. Se encontraba junto a un muro de unos tres metros de altura. Apagó y continuó andando. El suelo estaba cubierto de un barrillo, producto del agua y nieve caída el día anterior, que amortiguaba el ruido de sus pasos. Proyectó la luz sobre el muro. A unos cinco metros de donde él estaba había una puerta. Caminó más despacio. Apoyó su mano sobre la puerta y ésta cedió con un chirrido. Se introdujo en el interior. Vio un garaje sin ningún vehículo. Cajones y trozos de madera diseminados por el suelo. Y otra puerta al fondo que debía comunicar con la fundición. Fue hasta ella y la abrió. Una vez dentro comprobó que había acertado. Se detuvo unos instantes, mientras su mano derecha sacaba del bolsillo de la americana la automática que había quitado al Agente F X 3. Había enormes calderas de las que arrancaban canales que conducían a unos hoyos.

De pronto un ruido le hizo apagar la linterna.

Aguzó el oído pero no percibió nada. Dio un paso hacia delante apoyándose contra la pared. De nuevo oyó el ruido. Hacia la derecha. Avanzó despacio llevando la pistola por delante con el dedo sobre el gatillo. Se encontraba a menos de tres metros del lugar donde estaba situado alguien. Notó que su frente transpiraba sudor. Sentía un hormigueo en los pies y que su respiración había aumentado de ritmo. Encendió la linterna gritando:

—¡Levante las manos!

Algo dio un bote pasando junto a su cabeza. Instintivamente se agachó, girando y siguiendo el objeto con el haz de luz. Se quedó en

cucullas observando un gato negro subido en lo alto de una caldera. El gato estaba mirándole, erizado, con sus ojos verdes y brillantes. Dio un maullido lastimero y salió disparado hacia otros lugares. Jimmy sonrió, incorporándose. Apagó la linterna y secó el sudor.

Buscó la pared a oscuras, y siguió en línea recta. Dos minutos más tarde se decidió a encender. Ahora se encontró en una nave en la que había grandes montones de chatarra, junto a una vía en donde contó hasta cinco vagones. Un sonido apagado, suave, le obligó a prescindir de la luz. Un sonido muy parecido al que produce una persona cuando anda despacio y con cuidado. ¿De dónde procedía? Movi6 la cabeza en todas direcciones sin resultado práctico. Seguía oyendo los pasos pero su oído se mostraba incapaz de localizarlos. Decidió avanzar junto a la pared con precaución. Cuando se detuvo de nuevo, reinaba el silencio. Maldijo a todos los diablos echando a andar con la linterna encendida. Llegó a un recodo y lo cruzó sin extremarse en cuidar su físico. Titubeó unos segundos antes de decidirse a seguir el camino de su derecha. No se amilanó al ver correr un par de ratas junto a la pared del otro lado. Se dio cuenta entonces que estaba andando sobre un piso cubierto por dos dedos de polvo. Siguió andando con la luz proyectada en el suelo. Al llegar a otro recodo se detuvo y el corazón le comenzó a golpear. Tenía los ojos fijos en unas huellas claras. Unas huellas producidas por un par de zapatos de hombre. Se preguntó por qué Bernard Cooch había adoptado tantas precauciones para cobrar el medio millón. La única respuesta era la de que no estaría muy seguro de que junto con el medio millón le diesen otra cosa.

Retrocedió siguiendo las huellas hasta encontrar una puerta adosada a la pared.

La abrió contemplando una escalera.

Prefirió seguir con la linterna apagada e ignorar por el momento a dónde conducía. Supuso que el hombre calzaba un número superior al cuarenta y dos y que era robusto. Lo cual estaba de acuerdo con la descripción que de Cooch le había hecho Olivia.

Oyó otra vez el ruido. Mucho más cerca que antes y quienquiera que fuese no estaba sino en el próximo recodo. Apagó y caminó de puntillas, con rapidez. Sus ojos se estaban acostumbrando algo a las tinieblas. Su mano tropezó con una esquina. La dobló con cuidado apretando su cuerpo contra la pared. Distinguió un bulto negro que

se movía lentamente. Era un ser humano y estaba de espaldas. A menos de ocho metros de él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Betty? —preguntó.

La muchacha dio un grito, volviéndose. En su mano derecha tenía una automática. —Dije que me esperases en el coche— habló Jimmy.

—Oh... Lewis. Estaba asustada. Vi algo que se movía cerca de esta casa y salí corriendo en tu busca.

—¿Y el claxon?

—Descubrí esta pistola en el «Chrysler». Jimmy la miraba pensativo. —No me riñas, Lewis, Estoy muy asustada. Es una casa horrible... No quiero saber por qué estás aquí ni me importa, pero desearía marcharme cuanto antes... De repente sonaron tres estampidos. Fueron casi simultáneos. El eco los fue proyectando contra las paredes. Linda tiró la pistola y se echó en brazos de Jimmy. Éste la apartó a un lado y quitó el seguro de su arma.

—¡Tírate al suelo si empiezo a disparar! —gritó Cronin apagando la linterna. Transcurrió un minuto angustioso. Jimmy sólo oía la respiración de la joven. Y pensó que su corazón hubiera servido en aquellos momentos para acompañar la orquestación de un mambo. Tam, tam, tam, tam.

—¿Se habrán marchado? —preguntó suavemente Linda.

—Cállate —dijo Jimmy con voz seca.

Tenía la lengua pastosa y las glándulas salivares se resistían a cumplir su cometido. De pronto, se encendieron las luces. Unas luces mortecinas, procedentes de unas bombillas colocadas en cada uno de los extremos de la amplia nave donde se encontraban ambos jóvenes. El haz de luz de cada bombilla era tan insignificante que las sombras de Linda y Jimmy se recortaban agigantadas en la pared de enfrente.

—Coge la pistola y ponte detrás de mí —ordenó Cronin.

Linda obedeció mientras Jimmy guardaba la linterna. Luego su mano libre cogió la automática de la joven quitándole el seguro.

—Lewis, tengo miedo... y nunca supuse...

—Calla. Esto no es más que un pasatiempo. Conviene correr una juerga de vez en cuando.

Linda iba a respirar pero no pudo. Sus ojos estaban clavados en una tercera sombra que había aparecido junto a las suyas. Apretó el

brazo del joven.

Cronin dio media vuelta empujando contra la pared a la muchacha.

En el fondo de la nave había un hombre. Un hombre alto y fuerte que caminaba hacia ellos con una pistola en la mano. Cuando estuvo a quince metros Jimmy vio que sus cejas eran espesas, que su barba estaba descuidada y que por el cuello de la camisa enseñaba abundante vello. Y los ojos de Bernard Coock eran grandes y brillantes. Con un brillo especial, de animal acorralado, de animal dispuesto a morir matando. Seguía andando hacia la pareja de jóvenes, con la mirada fija, y con los labios contraídos en una mueca de rabia.

CAPÍTULO IX

El coronel Smith ofreció cigarros a sus subordinados Mac Gregor y Jessup. Mac Gregor cogió la caja, tomó uno, y la pasó a su compañero. Éste dirigió una mirada comparativa a los habanos y por fin se decidió por el que le pareció de mejor aspecto. Sonrió y devolvió la caja al coronel. Smith entrelazó los dedos de sus manos sobre el estómago y se arrellanó en el sillón. Observó a los agentes mientras quitaban la cubierta de celofán, el anillo del habano y encendían.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Magnífico —dijo Mac Gregor.

—No los hemos fumado mejores —asintió Jessup.

—Pues ya saben dónde tienen la caja. Entren en mi oficina y cojan los que deseen. Jessup tosió. Y dicha los no se debía a que el humo del cigarro no lo hubiese encaminado por el conducto natural. Ni a que estuviese resfriado. Jessup sabía que cuando el coronel se mostraba tan solícito, tan cortés y gentil con los agentes, era porque preparaba una misión de muerte. Smith deseaba que, cuando uno de ellos lanzase el último suspiro con media docena de balas distribuidas equitativamente por su cuerpo, el último recuerdo que guardase de él fuese generoso. Que le recordasen, con aquella sonrisa paternal con las manos entrelazadas sobre su vientre, echado hacia atrás y diciendo: «¿No quieren más cigarros, caballeros?». —¡Caballeros!

Los dos agentes, sentados en sendos sillones, adelantaron el busto automáticamente.

—Caballeros —repitió el coronel con suavidad—. El asunto que la superioridad nos ha confiado toca a su fin. Como siempre, el Servicio de Ordenación Estratégica ha empleado su cerebro y su

actividad. El resultado está a la vista. Tenemos acorralado al espía más audaz del enemigo y, con él, a una banda de traidores que no tardarán en pagar la rastrera pasión que los condujo a tal monstruosidad para con la patria.

Las palabras de Smith resonaban en la habitación como un discurso dirigido a una masa de electores. Era cosa corriente en el coronel emplear énfasis al dirigirse al personal bajo sus órdenes.

—Es una satisfacción para mí el felicitarles —continuó—. En veinticuatro horas hemos desarbolado las defensas del enemigo. En unas condiciones ventajosísimas para nosotros. Éste es el momento en que no tengo la menor noticia de que se hayan dado cuenta de que están bajo el fuego de nuestras baterías. ¡Y que a una señal mía los haremos saltar a pedazos!

Mac Gregor y Jessup asintieron sonriendo, envanecidos.

—Hagamos un resumen de la situación. El Agente F X 3 llega a nuestro país y se pone en contacto con Olivia Bronfield y Danilo Benetti. De sobra saben la catadura de este tipo. En cuanto a Bronfield ya les adelanté esta mañana algunas noticias sobre ella. Ahora estoy informado para ampliárselas. Como sospechaba en la excedencia voluntaria de su marido el comandante Albert Huxley, había algo oscuro.

Confidencialmente se me ha dicho que la razón única y exclusiva de su actitud se debió a que durante su permanencia en París como agregado a nuestra Embajada, ciertos papeles importantísimos sufrieron extravío. Un extravío que duró setenta y dos horas. Estos papeles guardaban una estrecha relación con los proyectos de nuestro Gobierno en el Oriente Medio. Excuso decirles que esos planos tuvieron que ser suspendidos y modificados.

Coincidieron tales hechos con un viaje a Viena de la esposa del comandante. Lo que siguió es fácil suponerlo. No existían pruebas concretas, pero Huxley supo la horrorosa verdad. Estaba casado con una traidora. Con una mujer que no vacilaba en poner en peligro a su marido y a su país para satisfacer Dios sabe qué instintos inconfesables. Y aquel hombre sacrificó su carrera. Vio que el único camino que le quedaba para conservar a la mujer que amaba era apartarse de la vida pública. Pidió el retiro que se le concedió y vino a vivir con ella a los Estados Unidos. Pero aquí le aguardaba el más cruel de los desengaños. Su esposa trabó conocimiento con el

grupo de saboteadores de nuestra democracia y comenzó a trabajar para ellos valiéndose de las múltiples amistades de su marido. Huxley, con el corazón y el cerebro enfermos eligió la peor de las salidas. Se suicidó. Debió denunciar las maquinaciones de Olivia. Pero imaginó que la vida sin ella no valía la pena de ser vivida. Fue débil y faltó a su deber... más de humanos es el errar. Hay que perdonarle su ceguera y procurar hacer justicia. Esa mujer es más cruel que la peor de las víboras y tendrá su merecido.

El coronel guardó silencio unos segundos mientras sacaba una pitillera de piel de cocodrilo y sacaba un cigarrillo. Mac Gregor se adelantó ofreciéndole la llama de su encendedor.

Lanzó una bocanada de humo separándola con la mano y dijo:

—Como saben, esta tarde apareció un anuncio en el «Star». Es evidente que se refiere al objeto por el que el país tiene el honor de hospedar a un hombre tan inteligente como el Agente F X 3. En él se dice que se ha de entregar algo. No sabemos lo que es, pero está claro que se debe de tratar de un documento importantísimo para la paz del mundo y, por consiguiente, para la prosperidad de las naciones libres. El último comunicado de Linda es bastante optimista. Parece ser que el Agente F X

3 ha

mostrado un especialísimo interés por ella. Se ha atrevido a asegurarme que lo cree enamorado. Esto no es muy difícil que ocurra, conociendo como conocemos las características anatómicas de nuestra querida Linda y su maravilloso arte de la seducción. Lo cierto es que me ha dicho que se iba tras él, que retirase la vigilancia a que los teníamos sometidos y que esperásemos en este despacho su llamada en pie de guerra —consultó su reloj de pulsera y continuó—. Son las once y media, no creo que tarde mucho en avisarnos. ¿Quieren decirme mientras tanto los últimos resultados alcanzados?

—El Agente F X 3 llegó muy tarde al hotel, tenía el traje destrozado y algunas erosiones en el rostro con la sorpresa de que el pobre hombre que aporreó y amordazó se había esfumado. Telefonó a los Almacenes Drogo pidiendo otro traje y a un tal Samuel Butler. Como ya le dije en mi último informe, comunicándole lo de la calle Gloucester. Luego apareció ese detective particular que permaneció con él cerca de quince minutos

y finalmente irrumpió Linda con un flamante traje de noche. Se marcharon en un taxi.

—Él se apeó del taxi junto al domicilio de Olivia —continuó Mac Gregor—. Ella se quedó en el coche.

Anteriormente habían llegado Danilo Benetti y un respetable caballero con gafas. Salió Danilo y poco después el Agente F X 3. Éste montó en un «Chrysler» negro que había pegado al bordillo de la acera, recogió a Linda y se largaron. Dejé en mi puesto a Miller, cuando usted me álamó.

El coronel iba a hacer una pregunta, pero uno de los teléfonos comenzó a repiquetear. Acertó a la primera.

—¿Qué hay? —dijo.

La voz de Linda Donovan llegó a su oído.

—Tome buena nota de lo que le digo.

—Empiece.

—Tuve que emplearme a fondo para conseguir que me llevase con él. Cupido me ayudó en mi tarea. Se acarameló y todo fue como una seda.

—Lo sé todo hasta que partieron del domicilio de la Bronfield en un «Chrysler» negro —le interrumpió Smith.

—Bien. Fuimos a la fundición abandonada de la calle de Gloucester. Me dejó en el coche, pero en cuanto desapareció de mi vista salí en pos de él. Entró por la parte trasera y yo por la puerta grande. Alguien me había precedido y estaba abierta. Durante un rato caminé a oscuras hasta que tropecé con el Agente F X 3. No tuve más remedio que hacerme la asustadiza. Se oyeron tres disparos e hice el papel de la niña que no puede soportar el ruido de un cohete. Apareció un hombre, ese Coock que tenía que efectuar la entrega. Llevaba una pistola en la mano y parecía un loco peligroso. Nuestro querido míster Hom daba la impresión de estar hipnotizado por el hombretón y yo me encomendé al cielo. Pero Coock ya había andado demasiado en la vida. Se desplomó cuando estaba a cinco metros de nosotros. Fuimos a su lado, mas ya se le había escapado el alma por los tres agujeros que tenía en el estómago. El Agente F X 3, le registró sacando un paquete pequeño que guardó en el bolsillo. Nos marchamos enseguida. En uno de los chaflanes de la calle paralela a la Gloucester nos detuvimos. Nos estaba esperando un coche con las luces apagadas. Míster Hom se

apeó y yo no pude enterarme de lo que ocurrió. Puede que le diese el paquete o instrucciones. Volvió a mi lado y nos hemos detenido en el número 624 de la calle 67. Él ha entrado en el 614. Me ha dicho que lo espere cosa de media hora. En ese número, en uno de los apartamentos, se celebra una fiesta en honor de Charles Fox el autor teatral. Me figuro que nuestros amigos se han dado cita aquí. No debemos esperar más o de lo contrario volará el pájaro. El asunto ya está maduro.

—Estoy de acuerdo, Linda. Y yo también conozco a Charles Fox. Será un honor para nosotros asistir a su fiesta. Espérenos en el 624. No tardaremos en llegar. —Bien, jefe. Pero prefiero subir. Estaré arriba. El coronel colgó y se incorporó—. Usted, Jessup, vaya a casa de Samuel Butler, deténgalo y hágale entregar un paquete que se supone ha recibido del Agente F X 3. Enséñele la chapa y no tendrá dificultad. Llévelo al número 614 de la calle 67. Una vez allí avíseme con discreción. Estaremos en la fiesta de Fox. —Hizo una pausa, respirando profundamente—. Usted Mac Gregor espéreme abajo con seis hombres armados y decididos. Elijalos usted mismo.

Mac Gregor y Jessup se levantaron.

—Ahora verá ese F X 3 quiénes somos nosotros. ¡Adelante, muchachos! —exclamó el coronel.

* * *

Jimmy Cronin observó los rostros de las personas que había en la habitación. El de míster Joyce era una máscara. Danilo no podía disimular la emoción. Olivia sonreía abiertamente mirándole con fijeza. Cunigam se acariciaba el bigote mientras sus ojos hacían una cosa semejante con los hombros desnudos de la espía.

Cronin acababa de entrar y aún tenía la mano sobre el picaporte de la puerta. —Bienvenido— saludó Olivia.

Jimmy dio unos pasos hacia un sillón azul y se sentó dando la sensación de que estaba cansado.

—¿Tuvo algún contratiempo? —preguntó Joyce inquieto.

—Traigo solamente el dinero —dijo Cronin arrastrando las palabras.

—¿El medio millón? —inquirió con asombro Olivia.

—Eso es. Fue muy divertido. Antes de que pudiera entrevistarme

con Coock le hicieron tragar unos cuantos granos de plomo. Una faena sucia... ¿verdad, Danilo? Los ojos del contrabandista se desorbitaron.

—¿Quiere decir que no llevaba el carrete? —exclamó.

—No se haga el inocente y entréguelo.

Todas las miradas convergieron en Danilo. Éste hizo una mueca y se llevó las manos al pecho.

—¿Yo? ¿Se ha vuelto usted loco?...

—Así no adelantamos nada —murmuró Jimmy con indiferencia.

Durante unos segundos reinó el silencio. Danilo buscaba una mirada de comprensión en sus compañeros, pero éstos se mantenían imperturbables. No movían un músculo y en su actitud le invitaban a una explicación.

—¡Os juro que no he sido! ¿Lo entendéis? Es verdad que fui allí. En cuanto me marché de casa de Olivia me dirigí a la fundición. Tenía que matar a ese traidor. Y si resucitase lo volvería a hacer. ¡Medio millón por traicionarnos! Era un precio demasiado caro para su vida que no valía ni cinco centavos.

—Y ahora pretende el medio millón para usted, ¿no es eso? —dijo Jimmy poniéndose un cigarrillo en los labios.

Los ojos de Danilo fulguraron rabiosos.

Cronin encendió el cigarrillo y continuó hablando.

—Usted consideró que Walter Coock era muy poco personaje para cobrar medio millón por una cosa que tan insignificante trabajo le había costado. Usted fue a la fundición para matarle, robarle el carrete y hacer transacción con nosotros. Puede que hasta haya pensado subir el precio, ¿verdad?

Danilo hizo un movimiento con su mano derecha, pero no lo terminó porque ya míster Joyce lo apuntaba con una «Luger».

—¡Cuidado, Danilo! No quisiera enviarte al otro mundo sin aclarar este asunto. Se acercó al contrabandista y le extrajo la pistola de la sobaquera guardándola en un bolsillo.

—No pierdas los nervios y cuéntanos la verdad.

—Es lo que acabo de decir. Me introduje en la fundición pocos minutos antes de las once. Vi llegar a Coock y esperé a tenerlo en condiciones. Le hice tres disparos casi a bocajarro y luego me marché. Supuse que ya habría llegado míster Hom, que localizaría el lugar y se apoderaría del carrete. No quise quitárselo porque mi

único objeto era el de matarle y el de míster Hom traer el carrete.

—¿Y espera que nos lo creamos? —dijo Jimmy.

—Danilo dice la verdad, míster Hom —repuso Joyce con voz seca—. Lo conozco bastante bien y sé que podemos confiar en él. Tiene sus arrebatos y una buena prueba es esta de Cooock, pero su fidelidad a la causa es absoluta. Puede estar seguro.

—¿Entonces? —inquirió Olivia.

—Algo ha fallado. No sé, no sé... por otra parte es absurdo que Cooock se presentase a cobrar el medio millón sin el carrete. Sabía lo que le esperaba si nos engañaba.

—Puede que se hubiera decidido a correr el albur —dijo la mujer—. ¿Y si la fotografía no hubiera sido realmente hecha? Exigió que fuese uno solo a realizar la operación. Creyó que le sería fácil eliminarlo...

—No, no, el que a Danilo le haya sido sencillo el matarlo significa que no adoptó muchas precauciones. Debió creer en nuestra palabra, míster Hom, ¿qué dice usted?

Jimmy estaba en actitud pensativa. Al ser requerido por el arqueólogo levantó la cabeza.

—Creo que se me ha ocurrido algo interesante. Walter Cooock no murió en el acto. Cuando lo vi caminaba hacia mí con la pistola en la mano y dispuesto a disparar. Cayó fulminado antes de que pudiera hacerlo. Pudo extraviar el carrete desde el lugar donde recibió los impactos de Danilo hasta el que se desplomó cadáver.

—Sí, no está mal. No puede haber otra explicación —asintió Joyce.

—Yo le disparé en la segunda nave entrando por la primera puerta de la parte frontal —dijo Danilo.

—Lo encontré en la primera nave —murmuró Cronin—. De modo que anduvo unos veinticinco metros.

El arqueólogo guardó la «Luger».

—Vaya usted, Cunigam. ¿Has traído algunos hombres, Danilo?

—Sí, ahí fuera tengo mi pareja. —Diles que acompañen a Cunigam.

Cunigam salió de la habitación seguido por Danilo.

—¿Dejó el maletín en el coche? —preguntó Joyce a Jimmy.

—Sí. Había mucha gente a la entrada y no he querido llamar la atención.

—Bien. Es lástima que haya surgido este incidente que sabrá perdonamos.

—No tiene que preocuparse. Son cosas imprevistas. Todo se reduce a esperar unos minutos más. Mientras tanto, me puede dar la lista de los colaboradores en su país. Y Olivia preparará unos combinados. Tengo la garganta seca.

La espía se dirigió a una mesita en donde había botellas y vasos. Míster Joyce sacó una voluminosa cartera de su americana. La abrió y extrajo un papel doblado que alargó a Cronin. Éste lo tomó y extendió.

—Gustav Tmafpli, Kansas City; Henry Weldom, de Chicago... no está mal. —Jimmy continuó leyendo en silencio durante unos minutos—. Catorce miembros activos. El Alto Mando se sentirá satisfecho y agradecerá los servicios prestados por todos ustedes.

Dobló de nuevo el papel y lo introdujo en un bolsillo interior. Olivia se acercó a los dos hombres tendiéndoles sendos vasos. Cronin se levantó y bebió de un solo trago el contenido de su vaso.

—¿Qué le parece si damos una vuelta por la sala? —dijo Olivia—. Fox nos ha visto entrar y debe haber caído en la cuenta de que llevamos aquí cerca de media hora. —Sí, vamos— asintió Joyce. —Esperaremos a Cunigam fuera.

Salieron de la habitación y después de recorrer un pasillo irrumpieron en una amplia sala donde había medio centenar de personas. En uno de los extremos una orquesta atacaba con furia un ritmo de moda. Algunas parejas bailaban en una reducida pista. Pero la mayoría de las mujeres y hombres se apiñaban en cuatro o cinco círculos, gritando y gesticulando. Sobre una larga mesa de blanco mantel había un sinfín de bandejas repletas de viandas. Una docena de camareros circulaban de un lado para otro calmando a los sedientos. De vez en cuando, entre la algarabía, sonaba el taponazo de una botella de champaña. Predominaban los trajes de noche y los *smokings*.

—Ahí viene Fox —dijo Olivia.

Jimmy vio a un hombre de unos cuarenta y cinco años, entrecano, y de mirada brillante, dirigirse hacia ellos.

—Mi querida Olivia. Pensé que te habían raptado —exclamó estrechando la mano que la mujer le tendía.

—Aquí tienes al raptor, míster Lewis Hom.

Fox hizo una somera inclinación de cabeza y Cronin replicó en la misma forma.

—¿Me permiten?

El autor teatral pasó su brazo por la frágil cintura de Olivia invitándola a bailar. —Perdone que lo abandone, míster Hom. Tengo que saludar a un amigo— dijo Joyce dando una palmadita en el hombro del joven.

Jimmy se quedó solitario, cosa que le agradó muchísimo. Era la oportunidad para poner pies en polvorosa. Allí terminaba aquel condenado asunto. De pronto, su cuerpo se estremeció. ¿Era cierto lo que veían sus ojos? Allí, hablando con dos hombres, estaba Betty. Sí, era inconfundible. En el otro extremo de la sala. Recorrió el camino velozmente chocando con las parejas. Llegó hasta ella y sin dar ninguna explicación la atrajo hacia sí con violencia e inició los pases del bolero que la orquesta interpretaba.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó.

—Un amigo que me vio en el coche y me invitó a que subiese con él. He preferido esperarte aquí. Estaba cansad; de tanta visita.

—¿A qué obedece ese cambio? Hace una hora eras una corderita sumisa.

—Deseo ser original contigo. No quiero que me juzgues monótona. Jimmy arrugó la frente y apretó a la joven con rabia. —¿Sabes que empiezo a comprender a tu buen Peter? Me falta poco para abofetearte yo también.

—Puedes hacerlo si eso te ha de calmar. Siempre hay un caballero que me defiende —dijo ella recalcando las últimas palabras.

—No eres más que una niña estúpida. ¡Y ahora mismo vas a venir conmigo! Acompañando sus palabras con la acción Jimmy la tomó por la muñeca arrastrándola hacia la salida. Linda empezó a debatirse, pero lo seguía en su carrera porque, pese a sus esfuerzos, la presión de la mano del joven no cedía.

Cuando faltaban escasos metros para ganar la puerta Jimmy se detuvo, y Linda, extrañada, notó cómo automáticamente soltaba su muñeca. Observó el rostro del agente enemigo buscando una causa de aquel cambio brusco. Míster Lewis Hom tenía los ojos fijos en algo. Siguió su mirada hasta dar con un hombre que observaba, a su vez, a los dos. Un hombre de rostro con rasgos pronunciados y que

como señal más característica tenía la de llevar la cabeza vendada.

—¿Qué te pasa, Lewis? —preguntó Linda perpleja. Jimmy se volvió, la tomó de nuevo entre sus brazos y se alejaron de la puerta bailando.

—¿Qué has visto? —inquirió otra vez la joven.

Él la miró a los ojos y sonrió. Era curioso que por aquella mujer no se encontrase ya a salvo. Cuando se había dicho que el asunto estaba concluido... era cuando empezaba de verdad. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando vio que el hombre a quien estaba suplantando se dirigía con Olivia hacia donde se hallaba míster Joyce. Y pudo apreciar que el rostro de la hermosa espía estaba pálido. —Oiga, Betty. No tengo tiempo de explicarle lo que ocurre — empezó a decir velozmente. —No me haga preguntas. Ya se las contestaré en otro momento. Tiene que marcharse inmediatamente. Salga a la calle y coja un taxi. Váyase a su casa y acuéstese. Yo la veré mañana. ¿Me entiende?

Linda asintió con la cabeza.

—No la puedo acompañar hasta la puerta. ¡Dese prisa!

La hermosa joven se separó de Jimmy dirigiéndose hacia la salida.

No esperó a verla desaparecer. Hizo señas a un camarero que pasaba no muy lejos de él.

—¿El cuarto de aseo?

—La segunda puerta de la izquierda.

¡No tenía tiempo que perder! Cuando entró en el lavabo por poco tropezó con dos hombres que salían. Vio una percha en la que había un *smoking*. El dueño de la prenda asomaba los pies por unas hojas oscilantes. Sacó el papel que le había entregado míster Joyce y rápidamente lo introdujo en el bolsillo izquierdo del *smoking*. Sacó el pañuelo y secó el sudor de su frente. Subió el nudo de la corbata y decidido abrió la puerta.

Se encontró con un hermoso grupo. Frente a él, a unos cuantos metros, estaban el Agente F X 3, Joyce, Olivia y Cunigam.

Míster Joyce tenía la mano derecha dentro del bolsillo y a juzgar por lo que le abultaba era evidente que empuñaba la «Luger» dispuesto a disparar. Miró hacia la puerta que conducía a la libertad. Allí se encontraban los dos guardaespaldas de Danilo. El contrabandista era el único que faltaba en aquel comité de

recepción. Pero en aquel momento oyó su voz detrás de él.

—¿Es que no han dado con el carrete? —interrogó.

—Pregúntelo a míster Cunigam.

Danilo pasó al lado de Jimmy y se incorporó al grupo. Olivia le cuchicheó algo al oído que tuvo el efecto de hacerle enrojecer hasta la raíz del cabello. Dio un paso hacia Cronin, pero la mano férrea del Agente F X 3 lo detuvo.

En aquel momento Cronin se dio cuenta de la fatal verdad. ¡Había colocado el papel con los nombres de los espías enemigos en el propio *smoking* de Danilo! Su corazón se hizo pedazos al comprobar que sólo recordaba media docena de nombres de los catorce individuos. Pero se serenó rápidamente al pensar que de nada le hubiese servido el aprender la lista completa. ¡Se hallaba a merced de la banda!

Míster Joyce se acercó.

—Le sugiero que me acompañe —dijo.

Jimmy se encogió de hombros y echó a andar. El grupo de espías lo hizo tras él. Al cruzar la puerta se unieron los dos buitres de Danilo. Había un vestíbulo donde estaba instalado el guardarropía. Recogieron los abrigos. Míster Joyce no se apartó un solo segundo de Cronin. Un hombre vino de la sala dando traspiés. Su fisonomía no dejaba lugar a dudas sobre el estado en que se encontraba.

—Amigos... amigos todos —saludó a Olivia inclinando el cuerpo de forma que estuvo a punto de caer—. Señora soy su humilde esclavo... brrr... ¡qué nohecita!... hip... han tardado en venir, amigos... hip... son unos tíos... se han bebido todo el *whisky*... brr... y no han dejado para mí ni una sola gotita... hip...

Dio un paso adelante, falló y fue a caer sobre Jimmy. Éste lo sostuvo y los guardaespaldas de Danilo se lo quitaron de encima.

—¡Vamos! —ordenó Joyce.

El borracho levantó una mano y dijo:

—Los espero... hip... dentro. Dense prisa... brr... Se alejó oscilando de un lado a otro.

Jimmy sintió que le aplicaban algo duro en un riñón y caminó hacia la salida. El grupo bajó en el ascensor. Una vez en la calle se dirigieron hacia la izquierda. Junto al «Chrysler» que el propio Cronin había utilizado para ir a la fundición, había un hombre. Las

cortinillas del coche estaban echadas.

—¿Alguna dificultad? —preguntó el Agente F X 3.

—Ninguna. Está dentro —contestó el sujeto.

—Míster Joyce, Olivia, Danilo y yo iremos con ellos en este coche. Ustedes sígannos en el «Mercury».

Los pistoleros de Danilo se desplazaron hasta el otro automóvil que estaba detrás del «Chrysler».

Danilo abrió la portezuela y empujó a Jimmy hacia dentro. Éste quedó estupefacto. Betty Adams se hallaba sentada en el interior. La hermosa joven no podía reprimir la ira que la embargaba.

—Se salió con la suya, F X 3 —dijo Linda.

Cronin no replicó y tomó asiento a su lado. Pero a una indicación del hombre vendado, tuvo que cederle el privilegiado sitio. A su derecha se colocó Olivia. Míster Joyce se puso al volante acompañado por Danilo.

Los coches arrancaron a una velocidad prudente y pocos segundos después doblaron hacia la Avenida Madison.

Aún no habían transcurrido dos minutos cuando se detuvieron ante el edificio donde se celebraba la fiesta del autor teatral, los automóviles del Servicio de Defensa de Ordenación Estratégica. El coronel se apeó y empezó a dar órdenes.

Los pistoleros seguían a la zaga.

—¡Vigilen todas las salidas! Ustedes, Mac Gregor y Müller, síganme. Si se resisten hagan funcionar las armas. Y recuerden que se las van a ver con los elementos más peligrosos del país. —Smith echó a andar, erguido y con aire marcial.

—¿El coronel Smith? —preguntó el galoneado portero de la casa dirigiéndose a él—. ¿Cómo lo sabe?

—La señorita que me dio esta nota para usted; me lo describió perfectamente —dijo el portero alargándole un papel doblado.

Smith tomó la hoja y leyó:

«Acontecimientos grandes e inexplicables. Supongo me detendrán “Chrysler” matrícula Nueva York 6250. Los pájaros vuelan. L.».

El coronel lanzó un gruñido intraducible.

—¡Mac Gregor, retire a los hombres!

¡Que suban a los coches! ¡Nos vamos! En el momento en que Mac Gregor dio la vuelta para cumplimentar la orden llegó Jessup resoplando sudoroso.

—Coronel... no está.

—¿Qué quiere decir? —Que Samuel Butler, ese detective, no ha ido por el despacho.

¡Por cien mil diablos! ¡Venga con nosotros!

Los motores rugieron y los coches partieron a toda velocidad.

—¡Avisen a todas las estaciones!

Perseguimos a un «Chrysler» matrícula 6250 de Nueva York —dijo el coronel—. Y por nada del mundo tiren contra él. ¡Va dentro Linda Donovan!

* * *

Míster Joyce detuvo el «Sedán» y le hizo una señal a Danilo. El contrabandista bajó y un minuto después volvió a subir.

—¿Por qué ha parado? —preguntó el Agente F X 3.

—Una maniobra sin importancia —dijo Joyce pisando el embrague—. He creído conveniente cambiar el número de la matrícula de nuestro coche.

El rostro de Linda Donovan empalideció.

CAPÍTULO X

El coche conducido por míster Joyce corría por la carretera 22 del Estado. Treinta minutos después de haber abandonado la fiesta del autor teatral el coche se desvió en una bifurcación por una carretera secundaria. Los pistoleros de Danilo iban en el otro automóvil a la zaga.

El arqueólogo hizo disminuir la velocidad porque el estado del terreno no permitía hacer diabluras. El lugar que atravesaban se hallaba al Oeste de Nueva York 5 Jimmy Cronin hacía esfuerzos por no perder la situación geográfica. Observaba por el parabrisas cuanto éste le podía ofrecer a la luz de los potentes focos del automóvil. No sabía a ciencia cierta para qué le podía servir tal conocimiento, más quería agotar todas las posibilidades antes de que cavasen su tumba. ¿Pero, quedaba alguna esperanza de salvar el pellejo? Bien mirado todo aquello lo tenía merecido. Se había fiado de la mosquita muerta. De la candorosa Betty Adams. Y había resultado ser una «prójima» de picadura venenosa. A su lado, Olivia resultaba una pobre ovejita.

Por su parte, Linda Donovan, pensaba que había sido atrapada en sus propias redes. Confió demasiado en su seducción y no tuvo en cuenta que por algo míster Lewis Hom era considerado como el espía más audaz e inteligente que existía en tierra, mar y aire. Ahora se daba cuenta de que había estado jugando con ella. Su ira aumentaba al recordar sus besos, unos besos que ella aceptaba y aún brindaba, para que su trabajo obtuviese los frutos apetecidos. Y lo más gracioso del caso era que ella, envanecida y contando con el éxito final, había pedido al coronel que retirase la vigilancia de los espías. Ni siquiera serviría para nada la nota que había dejado al portero destinada a su jefe. En aquellos instantes estarían rascando

un coche con una matrícula que no era la del «Chrysler» en el que viajaba. Se preguntaba quién sería aquel hombre de la cabeza vendada. Había instado a Lewis a que le cediese el sitio junto a ella. Por lo que juzgaba debería ser del espionaje enemigo.

Las cavilaciones de Jimmy y Linda tuvieron su punto final cuando el coche se detuvo. Abrieron las portezuelas y todos los ocupantes saltaron a tierra. La luna llena alumbraba en todo su esplendor. Cronin miró con curiosidad un chalet de color azul rodeado por un jardín de amplias dimensiones. Una empalizada de troncos de pino lo separaba del camino. El coche de los pistoleros paró en seco balanceándose de abajo arriba.

Míster Joyce aplicó una llave al candado de la puerta y la abrió mientras Danilo hablaba en voz baja con sus secuaces.

—Pasen —dijo el arqueólogo.

Atravesaron un pasillo, bordeado por setos.

Joyce abrió también la puerta del chalet y encendió la luz. A la derecha de un pequeño vestíbulo había una habitación amueblada rústicamente. El hombre de la venda indicó con la mano a Linda un diván floreado y a Jimmy una silla de anea. Ellos se sentaron y permanecieron en pie los demás. Dos pistoleros habían quedado guardando los automóviles.

Danilo fue hasta un pequeño bar situado frente a la puerta y cogió una botella de *whisky*. Joyce le hizo una seña negativa con la mano y sólo preparó tres vasos. Se quedó con uno Olivia y el hombre de la venda tomaron los otros. Bebieron el primer trago y continuaba el silencio. Jimmy se miró las uñas y empezó a considerar que algo raro pasaba. Betty no recibía el trato adecuado. No le habían ofrecido de beber. ¿Habría cometido algún error?

—Señor agente, el juego ha terminado —dijo el verdadero agente F X 3.

Cronin levantó la cabeza, mirándole.

—¿Usted cree? —inquirió con indiferencia.

—Lo va a ver ahora, Entrégume el carrete... y la nota que míster Joyce le dio en la fiesta de la calle 67.

Linda Donovan mostró signos de perplejidad.

—Es muy difícil eso que quiere —repuso Jimmy.

El agente F X 3 echó una ojeada al contenido de su vaso.

—¿Tengo que recordarle que viene acompañado por una dama?

—dijo en voz alta—. Dos damas, caballero..., y déjenme que les felicite por la magnífica selección que hacen ustedes entre el elemento femenino —replicó Cronin mirando por primera vez a Linda.

Para la joven la conversación que se sostenía era poco menos que ininteligible. —¿Quiere tomarnos el pelo?— preguntó en tono exasperado el hombre de la venda. Jimmy, por toda respuesta, le dedicó una sonrisa irónica. El agente F X 3 dirigió una mirada al pistolero gordo que se hallaba apoyado sobre el respaldo de una silla.

El buitre se puso en movimiento.

Atravesó la habitación y al hacerlo pasó junto a Cronin. Cuando llegó a su altura, le descargó en el rostro un derechazo que levantó al joven del asiento. Linda no pudo reprimir un grito de horror. Juntamente con el grito, se oyó un segundo chasquido al golpear el otro puño del guardaespaldas la mandíbula de Jimmy.

—Basta ya por ahora —dijo el agente F X 3.

Cronin, semiaturdido, movió la cabeza de un lado para otro. Le costó reponerse unos segundos. Pasó la mano por la boca y la vio manchada de sangre.

—Es usted duro de pelar —murmuró la voz del otro—. Pero si quiere hacer méritos para el ascenso, nosotros le ayudaremos... Lo lamentable será que después de haber terminado con usted, solamente estará para ascender a los cielos.

Linda, con las manos en el rostro, empezó a entender algo. Sus ojos iban de Jimmy al hombre de la cabeza vendada. Precisaba contestación urgente al sinfín de preguntas que se amontonaban en su cerebro.

—Formaban una buena pareja —siguió el agente F X 3—. Deben haber trabajado muchos años juntos. Se compenetran. Es inverosímil que mister Joyce u Olivia o Danilo no se hayan dado cuenta de la suplantación. Sobre todo, si se tiene en consideración que Danilo casi desde el primer momento destinó un hombre para que lo siguiese.

Jimmy miró a Danilo, que bebía el segundo *whisky*.

—Ese contrabandista de baja estofa me vigilaba por motivos personales... ¿no lo sabe?

—¿Sí?

—Sí. Uno de sus hombres lanzó contra mí un sedán negro. Pero pude librarme. —Es verdad que uno de los míos intentó cargárselo. Y ojalá lo hubiera hecho. No tendríamos que estar soportando sus impertinencias. Sólo pretende ganar tiempo—. En cierta ocasión, le surtió efecto. ¿No es verdad, agente? —dijo el hombre vendado.

—Habla usted como si hubieran transcurrido varios meses —le replicó Jimmy—. ¿No sabe que aún tiene un ojo amoratado?

El otro pudo reprimir la ira a duras penas.

—¡Deme ahora mismo el carrete! —gritó.

—No lo tengo.

El agente F X 3, observó a Linda Donovan.

—Si no lo tiene usted, lo lleva su compañera. Jimmy lanzó una carcajada.

—¿Compañera?... ¿Es que quiere continuar la farsa? Sé perfectamente que es una de las suyas.

Durante unos segundos, sólo se oyó su risa. El enviado especial no quiso seguir escuchando. Sacó rápidamente una «Smith y Wesson» con culata de nácar y le quitó el seguro.

—Quizá esto le ayude a entrar en razón. Y les juro que estoy dispuesto a utilizarla... ¡contra los dos!

Su voz fue ronca y tan dura que Jimmy sintió un ramalazo helado por la espalda. Miró a la que el hombre de rostro anguloso había llamado «su compañera» y entonces ya no tuvo dudas de que se hallaba en un error. La joven tenía el rostro completamente blanco. Y en sus ojos se reflejaba el pánico que las palabras del agente enemigo le habían producido. Sus ideas se aclararon repentinamente. —Acierta usted— contestó. —Eso es lo único que me hace entrar en razón—. Pues venga el carrete y la lista.

Jimmy tragó saliva y pidió al cielo que el otro no se pusiera nervioso.

—Le he dicho la verdad cuando... le he asegurado que no los tengo conmigo. —¡Póngase en pie! Cronin obedeció.

—¡Danilo!... ¡Regístrele! Y. usted, Olivia, pase a esa otra habitación con la señorita y haga lo mismo con ella.

Olivia echó a andar, invitando con la mirada a Linda para que la precediese. Entraron en una habitación situada a la derecha del bar y la espía cerró la puerta.

Durante cinco minutos, Danilo se entretuvo en registrar a

Jimmy, sin resultado. El contrabandista se volvió hacia el agente F X 3 con gesto cansado y dijo:

—Es cierto, no los tiene. A menos que se los haya tragado.

—Prepare una respuesta rápida y lógica, agente —exclamó el enviado enemigo. En aquel momento, reaparecieron las dos mujeres.

—Nada de nada —murmuró Olivia.

—¡Estoy esperando! —gritó otra vez el que dirigía el festival.

—El carrete y la lista de colaboradores los tiene un hombre de los que había en esa reunión de la calle 67.

—¿Quiere que lo creamos? ¡No tuvo usted tiempo ni de encender un cigarrillo! Con la única persona que habló fue con su compañera y ella tampoco lo tiene.

—No necesité hablar con nadie ni acercarme a nadie. El hombre se acercó a mí. —¿Quién es y dónde está ahora? ¡Y demuestre que tuvo oportunidad para dárselos! Jimmy dibujó una media sonrisa en su rostro.

—Fue ante sus propias narices —empezó a decir.

La mano que esgrimía la «Smith y Wesson» pareció apretar más la culata y Cronin se apresuró a replicar:

—Me estoy refiriendo al borracho.

—¿Al borracho? ¿Quiere decir...?

—¡Exacto! Al borracho que apareció en el vestíbulo cuando veníamos. Aproveché el momento en que se echó sobre mí para meter los dos objetos en el bolsillo de su americana.

—¿Quién es?

—No lo conozco. Vi una posibilidad y me agarré al clavo ardiendo. Durante un rato sobrevino un silencio que rompió la voz de Olivia.

—Son las doce y cuarenta y cinco. La fiesta de Caries Fox no terminará hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Ese borracho dormirá allí el exceso de alcohol que lleva en su cuerpo, si es que aún está de pie. Podían ir los muchachos de Danilo y aligerarle los bolsillos.

—Creo que es lo oportuno, míster Hom —inquirió míster Joyce—. Entretanto, podemos marchar al aeródromo y esperarlos allí. Tendremos el avión preparado para el caso de una marcha... urgente.

—Sí, me parece que es la única solución. Mande a dos de sus hombres, Danilo. Y vaya usted con ellos, Cunigam —ordenó el agente F X 3. Dio unos pasos por la habitación mientras Cunigam y los dos buitres salían, y luego dijo mirando a Cronin:

—Si esta vez también es un engaño no tendrá oportunidad de volverlo a repetir.

—¿Es que piensan dejarnos con vida si dan con el carrete y lo otro? —inquirió sonriendo Jimmy.

—Le contestaré dentro de sesenta minutos —replicó mister Hom—. Y ahora nos permitirá que les dejemos solos.

Olivia, mister Joyce, y Danilo salieron al jardín. El agente F X 3 en el umbral de la puerta, antes de cerrarla, se volvió y dijo:

—Es inútil que intenten escapar. Junto a cada ventana habrá un hombre... con orden de tirar a matar. En seguida estaré con ustedes.

Cuando los dos jóvenes estuvieron solos se miraron en silencio.

—Bueno, creo que los dos nos hemos colado —dijo la mujer. Jimmy asintió con la cabeza.

—Y pensar que me creía tan lista. El primer asunto de importancia que me han confiado.

—No tiene usted la culpa —habló él—. La idiotez es del hombre que espera algo de una mujer.

Linda abrió los ojos ofendida.

—Nos cree inútiles... ¿eh?

—Poco más o menos.

—¿Y usted que ha hecho? ¡Embrollar todo para facilitarles lo que ellos persiguen! —¿Facilitarles?

—¡Naturalmente! Ha impedido que el
F. B. I.

actúe con toda su potencia. ¡Ha querido jugar a detective! ¡Ha suplantado al agente F X 3 y nos ha llevado a la confusión más atroz! ¡No ha hecho otra cosa que cooperar con el enemigo!

—¿Quiere cesar de decir tonterías? —dijo Jimmy sacando un cigarrillo del bolsillo—. Conque tonterías... Ese carrete debe contener algo muy importante para nuestro país...

—El plano de los depósitos de bombas atómicas.

—¿El plano de...? —empezó a decir Linda.

—Ajá... y lo otro es la lista de los colaboradores del enemigo en

Estados Unidos. —La lista de... ¡Y se atreve a decir que son tonterías! ¡Usted está loco!... ¡Merecería que lo fusilasen! ¡Es usted un... un...!

La furia que la arrebató le impidió terminar la frase. Dio media vuelta dando las espaldas a Jimmy, sollozando.

Cronin se quitó el cigarrillo de los labios que aún no había encendido, y lo guardó en el bolsillo. Dio unos pasos, tomó a la joven de los hombros y la hizo girar violentamente.

—¡Estese quieto! ¡Pediré socorro! ¡Pediré soco...!

Jimmy la besó en los labios con fuerza.

Cuando separó su boca, la zarandó.

—¿Quiere no ser estúpida? ¡No dice más que majaderías!

La joven lo miraba con los ojos humedecidos en los que brillaba una lucecita de rabia.

—¿Cómo se atreve a besarme? ¿Es que no se ha dado cuenta de que aquello formaba parte de mi trabajo?

—¿Y por qué no se olvida de la situación y vuelve a su trabajo? —dijo Cronin sonriente.

—¡Es usted un insolente! Y en cuanto volvamos a Nueva York presentaré una querrela contra usted... eso es, una querrela por... ¡por lo que sea!

Del rostro de Jimmy desapareció la sonrisa.

—Nueva York... —murmuró soltando los brazos de la joven—. No se haga cuenta de volver por Nueva York.

—Cuando vuelvan esos pistoleros con el carrete y la lista nos dejarán marchar... o, mejor dicho, nos dejarán en ese aeródromo donde deben tener esperándoles un avión. Saben que es mal negocio asesinar a un agente del

F. B. I.

y tiene la suerte de que lo han confundido con uno de los míos... Estoy tentada de sacarles de su error...

—¿Sí?... ¿Y por qué no lo hace? Linda titubeó unos segundos.

—Quizá porque, al fin y al cabo, es usted un compatriota. De todas formas su situación no la envidio. ¿Ha pensado en lo que ha de declarar sobre su maravillosa actuación en este asunto cuando estemos en Nueva York?

Jimmy frunció la frente y replicó muy serio:

—No, sinceramente no lo he pensado. Y usted... ¿Ha pensado en

la posibilidad de que «no regresemos nunca a Nueva York»?

La joven le miró sorprendida.

—¿Nunca? Le acabo de decir...

—Sí, sí, que estos respetan la vida de los agentes. Pero eso sólo ocurre en determinadas circunstancias. Por ejemplo, ayer mismo oí cómo se daban órdenes para hacer desaparecer el cadáver de uno de los suyos...

—¡Harmon!

—Y debo añadir que las circunstancias en que fue pulverizado ese Harmon no son peores que las que rodean nuestra presencia en esta casa.

—No veo semejanza.

—Ahora la verá... Los pistoleros de Danilo no regresarán nunca con el coche ni con la lista de colaboradores.

—¿Qué...? ¿Quiere decir...?

—Ajá... que los he engañado. Ese borracho que tropezó conmigo en el vestíbulo no tiene nada mío.

—Entonces...

—Entonces, inteligentísima y eficiente agente del F. B. I., ellos no tendrán el coche ni la lista, y nosotros... en cuanto a nosotros, no sé qué fin nos reservarán... ¿Cuál imagina que será?

—¡Oh, Lewis! ¡Nos matarán!

—Mi nombre no es Lewis y en cuanto a lo otro, creo que ha acertado.

—Tenemos que salir de aquí. ¿Y tu pistola? La que llevabas en la fundición. La mía me la quitaron esos pistoleros cuando salí de la fiesta.

—La dejé en el coche cuando subí a por la lista de colaboradores...

Linda se llevó una mano al rostro dando un sollozo. Jimmy creyó llegado el momento de encender un cigarrillo. Así lo hizo y se sentó en el diván floreado lanzando una bocanada de humo.

—¿Es que no vas a hacer nada? ¿No tienes sangre en las venas? —gritó la joven. Cronin chasqueó la lengua.

—No, no, no quiero que me echen a perder este traje. Es el tercero en veinticuatro horas y sería una lástima que lo agujereasen esos pistoleros.

—¡Lewis, querido! ¡Eres tan valiente...! —dijo Linda sentándose

al lado de Jimmy y tocándole el brazo—. ¡Tú puedes hacerles frente por una ventana y mientras yo escapo por la otra! ¿Verdad que lo harás, querido?

Jimmy la miró con indiferencia.

—En primer lugar te repito que no me llamo Lewis. En segundo lugar, le confesaré que no soy ningún valiente. Cuando hay tormenta escondo la cabeza bajo las sábanas. Y por último, no veo la necesidad de que me tutee ni de que me llame querido cada cuatro palabras... Recuerde que ha de querellarse contra mí...

—¡Es usted el peor bicho que he podido ver en mi vida! ¡No tiene la más libera idea de la caballerosidad! ¡Y no me importará morir si me conceden el privilegio de ver cómo le parten por la mitad con una ráfaga de ametralladora!

La puerta fue abierta y en el umbral apareció el agente F X 3.

—¡Salgan! —ordenó una voz seca.

Linda salió seguida por Jimmy y por el otro.

Entraron en el «Chrysler». Míster Joyce ordenó a los pistoleros que aguardasen al coche que había ido a la ciudad y que en cuanto llegasen saliesen a toda velocidad hacia el lugar que ya sabían. Danilo se puso ante el volante y pocos segundos después el automóvil partió.

El nuevo viaje duró más que el primero.

Cuando bajaron, los ojos de Jimmy tropezaron con un edificio de dos pisos a cuya derecha había un garaje. Danilo llevó hasta él el coche mientras los demás se dirigían a la casa andando. Cronin pudo ver que tras ella abundaba el follaje. Ascendieron una escalinata y de nuevo míster Joyce fue el encargado de abrir con llave.

Atravesaron un corredor siguiendo las indicaciones de Olivia. En la habitación que penetraron existía olor a humedad. Había unos muebles oscuros, una mesa y una docena de sillas. Dos ventanas daban al lugar donde Jimmy había vislumbrado los espesos matorrales.

—Vaya y haga la señal, míster Joyce —dijo el agente F X 3. El arqueólogo salió de la habitación.

—Será mejor que saque las cuerdas —gruñó Danilo. El hombre de la cabeza vendada le miró y asintió.

Pocos segundos después volvió el contrabandista, trayendo en

las manos las cuerdas. Colocó dos sillas de espaldas a las ventanas y separándolas una de otra, poco más de un metro. Luego, se dirigió a los dos prisioneros.

—Vamos, siéntense aquí. Se portarán mejor estando quietecitos.

Linda y Jimmy obedecieron y el propio Danilo ató a los dos a su respectiva silla. —No creo que tengan que esperar mucho— dijo con voz suave el agente F X 3. Cronin le enseñó los dientes. Conocía perfectamente el fin que les tenían preparado. —Vamos fuera a respirar aire puro— sugirió Danilo.

—Yo me quedo. Tengo que aclarar unas cuantas cosas con nuestro valiente agente —murmuró Olivia.

El enviado especial y Danilo salieron, cerrando la puerta. Olivia comenzó a pasear por la habitación con los brazos cruzados. Al cabo de un par de minutos se detuvo, con la mirada fija en Jimmy. —¿Tiene un cigarrillo?— preguntó.

—Si me suelta le ofreceré.

—Qué gracioso. ¿Dónde los tiene?

—En este bolsillo —dijo Cronin, inclinando la cabeza hacia la izquierda. La espía siguió su indicación y extrajo un par de cigarrillos.

—No tiene más.

—Suficiente para los dos.

Olivia se colocó los dos pitillos entre los labios y los encendió simultáneamente. Luego, tomó uno y lo puso en la boca del prisionero.

La espía, frente a él, fumaba con delectación.

—Desempeñó muy bien su papel —dijo.

—No era muy difícil —repuso Jimmy con indiferencia.

—Es usted muy modesto. Sobre todo, en las escenas de amor es verdaderamente un super as.

Linda dirigió al hombre una mirada furiosa.

—¿Se entrena antes con sus colegas? —preguntó Olivia señalando con la mano a la muchacha que estaba atada.

—No es necesario. Hay mujeres muy complacientes que no desean más que uno se insinúe.

La mano derecha de Olivia abofeteó dos veces consecutivas el rostro de Jimmy. El cigarrillo rodó por la habitación. La espía lo tomó del suelo y mientras lo colocaba de nuevo entre los labios del

hombre dijo:

—¿Por qué no deja de decir impertinencias?

—Porque me gusta recibir golpes cuando no puedo replicar.

—O será porque quiere pasar por un héroe ante su amiguita —dijo intencionadamente la espía.

—No soy su amiguita... ¡gata vieja! —exclamó Linda forcejeando con los brazos. Olivia dio un paso hacia ella.

—¡No le pegue! —gritó Jimmy. Olivia se detuvo y sonrió.

—Qué cuadro más enternecedor —dijo con ironía—. Los dos agentes del

F. B. I.

enamorados y en poder de la banda que los conducirá a la felicidad deseada. —¿Quiere callarse?— exclamó Cronin.

—Bien, bien, jefe. Hay conversaciones que molestan... ¿verdad?

—Tan molestas como si yo le hablase de su marido, señora Bronfield —murmuró Linda. Olivia dio un respingo y dirigió una fría mirada a la otra mujer.

—¿Su marido? —interrogó Jimmy.

—Bueno, su difunto esposo. Estuvo casada con el comandante Albert Huxley, agregado a nuestra embajada en París —declaró Linda—. Sustrajo unos importantes documentos y ello obligó a su marido a pedir el retiro. Vinieron a Estados Unidos porque él la quería y supuso que si quitaba la ocasión... pero fracasó porque ella lo llevaba en la sangre. Se puso en contacto con los agentes enemigos y él, se suicidó.

Olivia escuchaba a la joven con mirada relampagueante de furia. Cronin observaba la reacción de la espía.

—¿Qué hará ahora, señora Bronfield? —preguntó con ironía Linda—. ¿Volver a cantar en los *cabarets*? En Europa tendrá más éxito que en California. Gustan las mujeres como usted.

La otra mujer no soportó más. Cruzó el rostro de la agente auxiliar del

F. B. I.

Ésta guardó silencio, pero sus ojos no pudieron ocultar la rabia que la poseía. —Dejen ya de hacer chiquilladas— dijo Cronin escupiendo el cigarrillo. —Cada vez entiendo menos, por qué un hombre ha de confiar un asunto de tanta envergadura, a mujeres que no saben lo que se traen entre manos.

—Usted no confiaría, ¿verdad? —dijo Olivia, tirando el cigarrillo al suelo.

—En la única hembra que confío es en Diana. Ella es comprensiva, cariñosa. Se hace cargo de cuando estoy triste y me consuela con sus caricias. Comparte mis alegrías y mis esperanzas.

Linda lo miraba asombrada. Y Olivia con interés. Él miraba al techo como recordando tiempos pasados y daba a su voz inflexiones de susurro.

—Cuando me hirieron en Guadalcanal, estuve un mes en casa y allí pasé las mejores horas de mi vida junto a Diana. Tengo ganas de volver a mi pueblo, en Virginia, solamente por estar a su lado.

—¿Y tiene hijos? —preguntó Linda.

—Ocho hijitos.

—¿OCHO?

—Ocho preciosos hijitos de todos los colores.

Linda con los ojos abiertos de par en par y el pecho conturbado por la furia gritó:

—¿Y usted se ha atrevido a...? ¡Ha osado acercarse!... ¡Usted con ocho hijos! El asombro era también patente en el rostro de Olivia.

Jimmy miró a las dos y lanzó una carcajada.

—Pero... ¿se han creído?... —Volvió a reír con ganas.

—Estaba hablando de los hijos de Diana. Me falta aclarar solamente que Diana es mi perrita... La mejor perra del Estado de Virginia.

Linda quedó muda y perpleja. Olivia dio unos pasos acercándose.

—Es usted encantador, agente —puso sus manos sobre los hombros de Cronin y miró a Linda—. ¿Me permite, pequeña?

Y a continuación besó la boca de Jimmy. Éste sintió cómo la espía clavaba uno de sus incisivos en su labio inferior. Dio un aullido de dolor. Olivia se separó de él viendo la manchita roja, que iba aumentando de tamaño.

—Esto es para que se acuerde de mí —dijo encaminándose hacia la puerta. Cuando se hubo marchado, Jimmy escupió la sangre.

—¿Le duele? —preguntó Linda.

—Son gajes del oficio. No me puedo quejar. Hay un porcentaje abrumador de besos imborrables.

—Es usted un presumido.

Cronin sonrió y Linda levantó orgullosamente la barbilla.

—No creerá que si le permití besarme fue porque lo deseara... —dijo.

—En absoluto. Comprendo que tenía que sacrificarse. La paz y prosperidad del país lo exigía. Es digno de encomio el que soportase tal martirio. —Naturalmente que lo fue— repuso ella.

Cronin asintió sin hablar. La agente lo miró extrañada de que no le contestase con una impertinencia.

—Aún no sé cómo se llama ni quién es.

—Lo mismo digo de usted —murmuró él.

—Bueno, sabe que soy del

F. B. I.

Mi nombre es Linda Donovan.

—El mío es James Cronin. Jimmy para los amigos.

—No es necesario que añada la aclaración, míster Cronin —dijo Linda con voz que pretendía ser seca, sin conseguirlo.

—Llámeme como guste. Parece que no va a haber oportunidad para que tenga la confianza de decirme Jimmy.

Linda se estremeció.

—Pero es preferible que no hablemos del porvenir —siguió diciendo Cronin—. Nunca se puede saber lo que ocurrirá en el minuto siguiente.

—Ya no puede ocurrir nada... en nuestro favor —dijo ella en un susurro.

Un ruido a sus espaldas, apenas perceptible, hizo volver la cabeza a Jimmy.

—Mire hacia atrás, Linda y verá lo que nos depara el minuto siguiente.

La joven no pudo reprimir una exclamación de asombro cuando obedeció. Tras los cristales de la ventana se hallaba Samuel Butler, y en aquel momento, el hombrecillo maniobraba en la parte inferior con el evidente afán de abrirla. Se servía de una pequeña linterna que tenía en la mano izquierda y en la derecha empuñaba una automática. De vez en cuando dirigía una mirada de perfil.

—¡Dios mío, no podrá libertarnos! —exclamó Linda—. ¡Entrarán de un momento a otro!

—Esperemos que la suerte esté de nuestro lado.

Un leve crujido de la madera les dio a entender que Butler había conseguido su objetivo.

El aire fresco de la noche les acarició la nuca.

—No mire hacia atrás ahora, Linda.

Oyeron el roce del traje del hombrecillo y el ruido de sus pies al caer sobre el suelo.

—¡Butler! ¡Desate primero a ella!

El detective se puso inmediatamente a trabajar.

—Fue un acierto el que cambiase de táctica, míster Hom —dijo con voz emocionada—. Lo seguí con mi coche y cuando subió usted a esa fiesta entregué el paquete a la Comisaría de la calle 67. Volví y estuve un rato esperando. Cuando los vi salir y contemplé su rostro, supuse que las cosas no marchaban. Los he seguido detrás de esos pistoleros. Ya está, señorita...

Linda se puso en pie frotándose las muñecas. Y mientras tanto, Butler empezó a cortar las ligaduras de Jimmy.

—¿Los ha visto fuera? —preguntó.

—Cuando me acercaba oí voces hacia la puerta frontal. Me dirigí hacia aquí. Había uno de esos tipos junto a la ventana. He tenido que esperar más de diez minutos hasta que se ha presentado la ocasión de atizarle en la cabeza. Ahora está durmiendo.

—¡Cuidado! ¡Se oyen pasos que se acercan! —exclamó Linda, arrimándose a la pared. Samuel Butler se enderezó apretando con mano firme la pistola.

—¡Si entran estamos perdidos! —dijo Jimmy intentando romper las cuerdas que aún le ataban a la silla—. No dispare. Amenácelos con la pistola. Es nuestra única salvación. Ellos son muchos.

El ruido de alguien que se acercaba a la puerta se fue haciendo más intenso. Linda se llevó ambas manos al rostro. Butler reculó hacia la izquierda y Jimmy cesó de hacer inútiles esfuerzos para desprenderse de la cuerda que lo tenía atenazado a la silla. Tan sólo podía mover libremente las piernas.

Los pasos se detuvieron junto a la puerta. El picaporte empezó a girar.

En aquel momento se oyó la voz del agente F X 3.

—¡Danilo!... ¡Venga un momento!

El picaporte se detuvo un instante y volvió a su situación primitiva. Los pasos se fueron alejando.

—¡Vamos, Butler! ¡Rápido!

El detective siguió cortando velozmente. Un minuto bastó para que Jimmy se incorporase.

—¡Marchéense todo lo deprisa que puedan! —dijo Cronin. Linda y el detective lo miraron estupefactos.

—¿Es que se piensa quedar? —preguntó la joven acercándose a él.

—Debo hacerlo. Es por la lista de colaboradores.

—¿La lista?

—Sí. Se la metí a Danilo en el *smoking* en los lavabos de esa casa de la calle 67. No sabía que el *smoking* era de él.

—¡Déjese de listas ahora, Jimmy!... digo míster Cronin ¡Tenemos lo importante! ¡Ese carrete con el plano...!

—¡Buena agente es usted! Sin esa relación de traidores no hemos hecho nada. Hoy ha fracasado el plan de llevarse la situación de los depósitos de las bombas atómicas, pero mañana, se llevarán eso mismo o cualquier otro dato, quién sabe si más trascendental.

¡Es a ellos a quienes hay que destruir!

—¡Lo matarán! ¡No podrá hacerlo! ¡Ni siquiera tiene un arma!

—No la necesito para el plan que he trazado. Además los entretendré y ustedes podrán escapar fácilmente. ¡Y no pierdan más el tiempo!

Jimmy cogió por un brazo a la joven y la empujó hacia la ventana. Butler los siguió. —Vamos, salte fuera— dijo Cronin.

Linda contempló su rostro con mirada triste. Le tomó una mano y se la apretó.

—Suerte, Jimmy.

Él sonrió mientras decía:

—¿No recuerda que he de presentarme en Nueva York para que pueda usted querellarse? Por nada del mundo le impediría esa satisfacción.

Linda lo besó rápidamente y se descolgó por la ventana ayudada por él. A continuación lo hizo Butler. El pistolero que se hallaba junto a la ventana se movió inconscientemente, empezando a salir de su letargo. El detective le propinó un nuevo golpe en la cabeza y retornó al mundo de los sueños. Los dos fugitivos saludaron con la mano y se internaron tras el verde follaje. Jimmy quedó unos segundos contemplando el lugar por donde habían desaparecido. Al

mirar hacia abajo distinguió un destello.

Era la pistola del hombre derribado.

Pensó saltar para apoderarse de ella. Pero oyó de nuevo los pasos que se acercaban por fuera. Se llamó estúpido e imbécil por no haberse dado cuenta antes de que aquel hombre tenía un arma que él podía utilizar. Corrió a colocarse junto a la pared en la parte izquierda de la puerta.

Todo sucedió rápidamente. La puerta se abrió y Danilo dio dos pasos hacia dentro. Jimmy empujó la puerta con el hombro y descargó un puntapié en la boca del estómago del otro. El aullido de Danilo fue apagado por el ruido de la puerta al cerrarse. Cronin se arrojó encima del contrabandista que le llevaba siete centímetros de estatura y veinte kilos de peso. Danilo le recibió con un derechazo en el plexo solar. Jimmy cayó de espaldas y su rival echó mano a la sobaquera. Más Cronin desde el suelo se volvió y propinó un patadón en la espinilla al grandullón.

Danilo se contorsionó de un lado a otro, intentando zafarse del castigo, pero su habilidad como boxeador era nula y Jimmy pegó a placer. La precisión de sus golpes no dejó lugar a dudas cuando el otro no tuvo más remedio que agarrarse para no dejarle actuar. Le fue fácil a Cronin introducirle la mano en el bolsillo interior del *smoking* donde había dejado la relación de colaboradores con el enemigo. Dio un suspiro de alivio cuando lo sacó y guardó en el pantalón, mientras con la otra mano no cesaba de atacar al contrabandista. Una vez cumplido el fin de la pelea dio un paso atrás y lanzó un gancho con la derecha. Danilo levantó la cabeza alcanzado en la mandíbula y cayó con ambas rodillas en tierra. Y en aquel momento Jimmy sintió que le metían un objeto duro por la paletilla. —¿Terminó ya la sesión?— preguntó la voz de Olivia a su espalda. Cronin se volvió a medias.

—¡No intente hacer una jugarreta, agente! ¡Levante las manos!

Jimmy alzó los brazos lentamente.

Se oyó el motor de un coche fuera y muchas voces. Pocos segundos después llegó mister Joyce corriendo. Quedó perplejo al contemplar la escena. Danilo se estaba enderezando.

—¡No hay tiempo que perder, Olivia! —gritó el arqueólogo—. Acaban de llegar los hombres de Danilo. El

F. B. I.

viene detrás de ellos. Vamos a marcharnos en el avión. Yo ayudaré a Danilo. Vaya usted delante y ya le ajustaremos las cuentas. No lo pierdas de vista, Olivia.

—Descuida.

Salieron de la casa. Entraron inmediatamente en el «Chrysler» donde ya esperaba el agente F X 3 frente al volante.

—¡El campo de aterrizaje está a menos de medio kilómetro! ¡Siga por la derecha! El agente F X 3 pisó el embrague y el coche arrancó a toda velocidad seguido por el que tripulaban los pistoleros de Danilo.

* * *

Linda Donovan y Butler se colocaron en medio del camino dando gritos. Los tres coches, uno detrás del otro, frenaron.

—¡Pero si es Linda! —exclamó el coronel Smith.

—¡No se entretengan! —dijo la muchacha subiendo al automóvil —. ¡Suba al de detrás, Butler! ¡Adelante, coronel!

Los coches arrancaron de nuevo aumentando la velocidad.

—¿Cómo dio con nosotros, coronel?

Cambiaron la matrícula del «Chrysler».

—Nos lo figuramos cuando recorrimos medio centenar de kilómetros por la carretera 22 y ningún coche de la policía nos echó una mano. Volvimos a la calle 67 y, estando allí se presentaron los amiguitos de Danilo. Di orden de que los dejásemos hacer y cuando salieron se organizó una ensalada de tiros.

Escaparon y aquí estamos tras ellos.

—¡Pobre, Jimmy!... Lo matarán.

—¿Quién es Jimmy?

—Él agente F X 3.

—¿Se ha vuelto loca? ¿Y dice pobre Jimmy?

—Es que Jimmy no es el agente F X 3... quiero decir que no es el verdadero. A continuación, Linda hizo una relación de los extraños hechos que habían concurrido en el caso.

Cuando terminó su relación, llegaron a la casa donde había estado prisionera con Cronin. Y en aquel momento se oyó el ruido inconfundible del motor de un avión. —¡Se escapan!— gritó Linda exasperada.

El automóvil aumentó la velocidad hasta los cien, arriesgándose el conductor a volar o estrellarse en aquel camino tortuoso. Al tomar las curvas, los frenos chillaban y el coche se inclinaba de un lado hasta recobrar la posición sobre las cuatro ruedas. —¡Mire allí! — exclamó Linda, señalando un puntito de luz que avanzaba en el espacio al mismo tiempo que se elevaba.

Era el avión de la banda, que se escapaba.

Cuando segundos después, llegaron al campo de aterrizaje sólo encontraron dos coches abandonados. El ruido del avión fue perdiéndose poco a poco.

—¡Coronel! ¡Avisé inmediatamente a los aeródromos! ¡Hay que salvar a ese hombre! —dijo Linda.

Smith puso una mano en el hombro de la joven.

—Sabe que no puedo hacerlo. Conoce las órdenes superiores. Si perdemos hay que saber perder. Hemos conseguido recuperar ese plano... y si no tenemos la relación de traidores, ya los iremos desenmascarando poco a poco...

—Pero Jimmy no era uno de los nuestros. ¿No comprende su sacrificio? Samuel Butler se acercó a Linda.

—Ese muchacho tenía un gran corazón. Nunca pensó en él mismo. Ése es su mérito.

La joven sintió que los ojos se le humedecían. El coronel pasó el brazo por sus hombros.

—Sí..., era un gran muchacho —sollozó Linda, inclinando la cabeza sobre el hombro del coronel.

CAPÍTULO XI

Linda Donovan penetró en el despacho del coronel Bernard Smith. Estaba más hermosa que nunca con aquel vestido azul oscuro, liso, completamente ferrado hasta el cuello. Su busto, se insinuaba en unas suaves curvas. Y sus finas y atractivas piernas se revalorizaban con unos zapatos de cabritilla con tacones altos, del mismo color que el vestido.

—Buenos días, coronel —saludó.

Smith examinó el rostro de la joven. Las ojeras no habían hecho otra cosa que aumentar su belleza. Y la seriedad que mostraba desde la noche aquélla en que se libró de la banda de espías, le daba un interesante aspecto de viuda de la última hornada. Habían transcurrido siete días desde que terminó aquel endiablado asunto.

—Siéntese, Linda.

La joven así lo hizo.

El coronel dio unos pasos por la habitación con un periódico en la mano.

La agente extrajo un cigarrillo de la pitillera y ofreció a su jefe. Éste rechazó el ofrecimiento y le acercó el encendedor. Ella inhaló un par de veces y luego miró a Smith.

—¿Qué desea de mí?

El coronel miró el periódico que tenía en la mano y carraspeó.

—Bueno, Linda... quizá será mejor que lo sepa ahora...

La muchacha prestó atención, interesada. El coronel desplegó el diario y lo abrió por la segunda página.

—Ejem... escuche esto:

«Pistwouth. —(Escocia)—. Urgente. —En un monte, a

cuarenta y dos kilómetros de esta localidad, han sido encontrados los restos de un “Dakota 154”, entre los que se hallaban los cuerpos calcinados e imposible de identificar de cinco hombres. El origen y destino del aparato se hallan envueltos en el mayor misterio, puesto que se supone el accidente ocurrió hace una semana y no se tienen noticias de que el citado avión haya sido reclamado por ningún aeropuerto».

El coronel dobló de nuevo el periódico y miró a Linda. El rostro de ésta, daba muestras de la impresión que le había causado la noticia.

—No hay duda... —balbuceó—. Es... el avión donde iba Jimmy.

Aplastó el cigarrillo contra un cenicero de cristal, mientras su mirada se hacía lejana. Smith se acercó a su lado y le dio unas palmadas en el hombro.

—Lo siento, Linda. Pero he preferido... decírselo aquí...

—¿No conoce más detalles?

—He puesto un cablegrama y en la central están intentando establecer contacto directo. Pero me temo que no puedan añadir mucho a lo que dice el periódico... Los cadáveres... bueno, debe tener paciencia. Es usted joven y tiene mucha vida por delante.

—¡Pobre Jimmy! ¡Tan optimista como era! ¡Y morir así!... ¡Oh... es horrible! Linda sollozó cubriéndose el rostro con las manos.

El dictáfono empezó a zumbar. Smith dio la vuelta a la mesa y conectó.

—Bien, Mabel.

—Aquí hay un hombre raro.

—¡No estoy para hombres raros!

—Insiste mucho en que le pregunte si le interesa a usted la pesca al por mayor y... —¿Se ha vuelto loca usted también?

¡Tire a ese sujeto a la calle!

—Dice que cuando vea usted los peces gordos que él ofrece se le hará la boca agua... ¿no quiere recibirlo?

El coronel gritó exasperado:

—¿Pero qué diablos le ocurre? Mire, Mabel, ha trabajado mucho esta semana.

¿Por qué no se va a casa a descansar?... ¡Le doy vacaciones durante todo el día!

—Está bien, coronel, ya se va. Dice que su Diana es más comprensiva.

—¡Que se vaya al cuerno!

—¿Su Diana? —gritó Linda levantando la cabeza.

El coronel puso cara de asombro y extendió su brazo derecho, con la mano abierta, como queriendo detener los pensamientos de la joven.

—No, Linda, no vaya usted a desvariar también. Ya tengo bastante con Mabel. —¡Su Diana!— repitió la joven con un destello de alegría en el rostro.

El coronel dio otra vuelta a su amplia mesa de roble. Pero antes de llegar junto a Linda, ésta se levantó y echó a correr hacia la puerta.

—¡Jimmy!... ¡Jimmy!

Smith se llevó las manos a la cabeza mirando al techo.

Linda abrió la puerta y, desde el umbral quedó contemplando la figura de Jimmy Cronin recostada sobre la baranda que separaba el escritorio de Mabel del pasillo. Corrió hacia él procurando no descubrir su emoción.

—¡Jimmy!... ¡Lo creíamos muerto! El periódico...

—Lo he leído —dijo él sonriente—. Pero aquí me tiene en carne y hueso dispuesto a presentarme ante el jurado acusado de... ¿En qué va a fundamentar su querella?

—En que es usted tonto —repuso ella con un mohín.

—¿Por qué?

—Hum... no sé. Me lo parece a mí.

Jimmy la abrazó y besó en los labios.

Mabel dio un silbido de asombro y dijo:

—¡Caramba! ¡Cómo está el Servicio de Defensa!

Una los repetida separó a los dos jóvenes. El coronel Smith estaba en la puerta del despacho con las manos atrás.

—¡Linda!

—¿Qué hay, coronel?

—¿No sabe que no me gusta que trabaje horas extraordinarias?

La joven sonrió, cogió de la mano a Jimmy y lo condujo hasta su jefe.

—Coronel, le presento al héroe del día, James Cronin Jimmy, el coronel Bernard Smith, del Servicio de Defensa de Ordenación Estratégica.

—Muchacho, le felicito. Ha hecho usted el trabajo más sensacional de la posguerra —dijo el coronel estrechando la mano que Jimmy le tendía.

—Es un gran honor, señor.

—Pase, pase usted. Tendrá que contarme muchas cosas. Usted delante, Linda. Los dos jóvenes se sentaron en los sillones y Smith lo hizo tras su mesa, en la silla giratoria.

—Realmente es fantástico que haya podido escapar de las garras de esos espías.

¿Cómo lo consiguió?

—Fue más sencillo de lo que parece. El avión salió de aquí y se dirigió a Islandia. Una vez allí llegaron a la conclusión de que debían dividirse. Los pistoleros de Danilo votaron por embarcar hacia Río de Janeiro Olivia tomó el avión de París. Cunigam decidió marchar a México para esperar a que se calmasen las aguas para entrar de nuevo en los Estados Unidos con nombre, supuesto. De modo que sólo quedamos, el agente F X 3, Joyce, Danilo y yo. Como ellos seguían creyendo que era del

F. B. I.

pensaron llevarme a Europa para convencerme de que debía desembuchar cuanto sabía de los depósitos de bombas atómicas y demás secretos de los que me suponían enterado por mi cargo. No sé si ustedes conocen que yo, ocupando el puesto del agente F X 3, tenía que entregar medio millón de dólares a Walter Coock a cambio del coche que contenía la fotografía del plano. La operación se tenía que realizar en esa fundición abandonada de la calle Gloucester. No pude entregar el dinero porque a Coock lo asesinó antes Danilo. En el aparato iban dos tripulantes. Me figuré que eran un par de sujetos sin escrúpulos y me propuse someter a cualquiera de ellos a una prueba que, de resultar, sería altamente beneficiosa para mí. En Islandia aterrizamos en un aeródromo particular como el que tenían aquí. Me encerraron en una habitación y me pusieron de guardián a uno de los pilotos. Con toda la habilidad y discreción que me fue posible fui exponiéndole mi plan. El medio millón de dólares estaba en el aparato. Yo me podía

escapar, dejándome la puerta libre, y quedándose él tumbado en tierra como si lo hubiera atacado. El precio de mi huida era el medio millón de dólares. Él cogía el maletín que los contenía, lo escondía, y luego aparecía que yo me lo había llevado. Juzgó precisa la colaboración de su compañero porque estaba de guardia en el avión. Acordaron repartirse el dinero. Para mayor seguridad, pues no se fiaban de mí, sustrajeron el maletín antes de poner en práctica el plan. El piloto que me custodiaba se dejó caer en el suelo. Yo salí y me encaminé hacia el avión. Tenía que hacer como si le pegase en la cabeza, igual que a su colega. Pero a este Je aticé de verdad. Luego, se lo pueden figurar. En el ejército aprendí algunos conocimientos rudimentarios de aviación y estuve manipulando durante cinco minutos en el avión de los espías. Cuando consideré que estaba preparado para un largo vuelo, salí rápidamente de allí. La embajada de nuestro país me pasaportó para acá.

—¡Formidable, muchacho! ¡Les averió el aparato y fueron a estrellarse en Escocia! Entonces los cinco hombres son...

—El agente F X 3, míster Joyce, Danilo y los dos tripulantes. No me gustó mucho la faena que les hice, pero me ayudó a decidirme los millones de vidas que peligrarían si sus ambiciosos planes tuvieran éxito.

—Exacto, Cronin. No sabe usted el servicio que le ha prestado a su patria. Es una lástima que el trabajo no haya sido completo. Ya me dijo Linda que usted escondió sin darse cuenta la relación de espías norteamericanos en el bolsillo del *smoking* de Danilo. Jimmy extrajo de su americana un papel que tiró sobre la carpeta del coronel.

—Ahí tiene la relación... son los peces gordos... la pesca mayor de que le habló su secretaria.

—¿Peces gordos? ¿Pesca mayor...? ¡Claro, debí suponerlo! —exclamó el coronel tomando el papel.

Lo desdobló y pocos segundos después de empezar a leer su contenido dio un silbido admirativo.

—¿Cómo se lo quitó a Danilo? —preguntó.

—Poco después de marcharse Linda y Butler entró Danilo y nos enzarzamos en una lucha. Yo la empecé con el fin de quitarle la lista de colaboradores...

—James Cronin, permítame que le felicite de nuevo. ¡Es usted genial! Esta relación de espías es algo que conmoverá los cimientos del Departamento. Precisamente dentro de una hora tengo que visitar al Subsecretario de Defensa. Lo voy a electrizar cuando le muestre esta lista. Naturalmente, será recompensado como merece... Jimmy hizo signos negativos con la mano.

—¿Es que vive de rentas? —preguntó Linda.

—No.

—¿Y a qué se dedica entonces?

—Bueno... a nada.

—Quiero decir cuándo se metió en todo este jaleo.

—Buscaba empleo.

Y a continuación Cronin hizo un relato de los sucesos que constituían su gran aventura.

—¿Y qué va a hacer ahora? —inquirió la joven.

—Hace un rato, cuando he llegado, he telefoneado a Samuel Butler anunciándole mi vuelta y mi próxima visita para liquidarle lo que le debo por su trabajo. Me ha ofrecido un puesto en su Agencia de Detectives... Bueno, yo he aceptado.

—¿Va a trabajar como detective? —Nunca me lo había imaginado pero después de esta aventura creo que es lo que va mejor con mis... mis facultades.

—Triunfaré, hijo mío —dijo el coronel—. Tiene usted valor e inteligencia. Y si se enrola en el
F. B. I.

le prometo traerlo aquí en cuanto salga de la Academia Jimmy negó con la cabeza sonriendo.

—No. Eso sí que no lo puedo hacer. Siempre he sido indisciplinado y me ha gustado trabajar cuando he tenido ganas. Como detective particular... podré seguir haciendo esa vida.

Cronin se incorporó.

—Bien. Creo que no me queda más que decir. Estrechó la mano del coronel. —Ya sabe usted dónde tiene un amigo, muchacho.

—Y usted un detective particular —se volvió hacia Linda—. Adiós, señorita Donovan, ha sido un placer...

—¡Jimmy Cronin! —gritó la joven poniéndose en pie—. ¡Eres el hombre más fresco que he conocido en mi vida! ¡Hace un momento me besabas en el pasillo y ahora me largas «señorita Donovan», ha

sido un placer!... Jimmy sonrió.

—Creí que formaba parte de tu trabajo.

—¡Te estrangularía, Jimmy Cronin! ¡Te estrangularía!

Jimmy caminó hasta la puerta y Linda se lanzó en pos de él colgándose de su brazo. —¿A dónde vas?— preguntó la muchacha.

—No he comido desde hace diez horas y me quedan dos dólares en el bolsillo. No hay más que para un almuerzo democrático. ¿Vienes conmigo?

Linda lo besó y dijo después:

—¡Prueba a librarte de mí, Jimmy Cronin!... ¡Prueba a librarte!
Jimmy Cronin sonrió diciendo:

—¿Quién habla de librarse de ti?... ¡Si de aquí salgo encadenado para toda mi vida! Abrieron la puerta y se olvidaron cerrar.

El coronel Bernard Smith vio alejarse por el pasillo a la pareja. Dio un suspiro y comenzó a leer de nuevo la lista de colaboradores con el enemigo. Tardó nueve segundos en darse cuenta que tenía la relación del revés.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).